

EL DIARIO DEL BUEN AMOR

RITXARD AGIRRE

Ritxard Agirre
<https://ri2chard.wordpress.com/>

El Diario del Buen Amor

Ilustraciones
Mónica Conde

EL DIARIO DEL BUEN AMOR de Ritxard Agirre Fernández
2015

ritxard@yahoo.es

<https://ri2chard.wordpress.com/>

ISBN:978-84-944058-3-9

Depósito Legal: BI-856-2015

Diseño de cubierta: mundopalabras.es

Fotografía de portada: Txema León /txemaleon.com/

Modelo: MJ

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para Ray, y para mis aitas, que hicieron lo que pudieron.

Agradecimientos:

Quiero agradecer a MJ y Txema León por cederme tan fabulosa instantánea para la portada, a Mónica por su colaboración y generosas ilustraciones y, especialmente, a mis gatos: Pituso, que fue el primer gran maestro felino para mí. Ray, que se fue demasiado pronto y al que dedico este libro, y para los que aún me acompañan, Micifú y Kuka.

Eskerrik asko!

CONTENIDO

Ray.

FUEGO

Karrantza.

Shopping.

El Regato.

Ira.

Rutina.

Arrestado.

La turista.

El albornoz.

GUERRA

Suerte.

Examen.

Soledad.

El sándwich.

Caprichos de mujer.

Gays.

El infierno es para los cobardes (El Regato II).

El viaje.

El sol.

LIBERACIÓN

«Quiero estar contigo».

Esto no va a funcionar.

Instinto.

«¡Ay, doctor!».

O ella o nadie.

La editora.

Crepúsculo.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



RAY

Llegaste a mi casa con tu negro hermano Micifú y, a los pocos días, ya dejó de ser mi casa para ser la vuestra; y yo vuestro invitado. Mientras tu hermano era la calma; tú eras la inquietud. Si Micifú era el *Yin*, tú eras el *Yang*. Dos piezas de puzle que se combinaban y seducían. Yo creía que cuidaba de ti, pero no era cierto. Tú me guardabas y me dabas todos los días una lección, y cuando te fuiste lo vi claro; la venda se cayó. Cuando comías, comías; cuando dormías, dormías; cuando jugabas, jugabas; cuando mimabas, exigías concentración absoluta, tal y como me enseñabas en todo momento que pasábamos juntos. Cada cosa que hacías en ese instante era la más importante y no existía otra. Tú y tu silencioso hermano erais mis maestros de que la vida es para vivirla en cada momento. Me enseñaste que el futuro no existe, solo el presente es real; el aquí y el ahora. Tuviste que irte para darme cuenta de lo mucho que me decías. Te tenía delante y no entendía. Ahora sí, y te doy las gracias. Intento aplicar tu lección, y Micifú está ahí, con sus poderosos ojos color miel para recordármelo, con esos ojos que son los tuyos; porque él no es sin ti, ni tú eres sin él, y yo no soy sin vosotros. Siempre contigo, Ritxard.



FUEGO



KARRANTZA

«Una derrota peleada vale más que una victoria casual»

José de San Martín

Lamentable. De patético notable. Ese es mi estado físico. Dando vueltas a barrios en una carrera perdida en el culo del mundo. Y es que no podía salir bien ni desde el principio. Llegué en coche mareado, de tantas subes y bajas y curvas, por esas carreteras de Dios en Vizcaya para llegar a un pueblo limítrofe en las faldas casi de Cantabria. El trayecto hasta aquí era un aviso. Las primeras vueltas eran un infierno, de volver a subir y bajar, por asfaltos rurales que comunicaban este amplio municipio que no daban descanso; y, además, de curvas peligrosas y estrecheces en el camino. Y, los más de doscientos *txirrindularis* que éramos, era un milagro que no hubiera caídas. Tal vez, por pericia. O puede que, simplemente, por la dureza del perfil, ya que casi íbamos en fila india; sin descanso. El único respiro fue cuando pasábamos por la calle principal del pueblo, en donde una de las últimas vueltas, antes de acontecer el puerto final a la ladera de este valle. El director de mi equipo se acercó a mí y me dijo que me pusiera a tirar en cabeza. El pelotón ya iría por la mitad de «invitados». Uno

a uno éramos eliminados por el sufrimiento inhumano que nos había infligido la organización. La verdad es que ni entendía cómo seguía entre los supervivientes; y la sola idea de llegar a cabeza de pelotón y ponerme a marcar ritmo a los demás me parecía una broma pesada. Gastando unas fuerzas que no tenía y, quién sabe para qué, ¿para que el líder del equipo se quedará sin rivales en el tramo final? ¿Se creía que con mi risible pedaleo iba yo a eliminar a los «gallos de pelea» de otras formaciones? Así que le dije que se fuera a «tomar mostos». El director pisó el acelerador y se fue enojado, sin decir nada. Debí callar, solo asentir y, luego, al final de etapa, cuando me pidiera explicaciones, rogar «sopitas» y comentarle que, simplemente, las piernas no me daban. Creo que herí su sentido de la importancia y, en ese momento, me sentí mal. Muy mal. Pero ya no había tiempo de pensar en eso. Tomé una curva a la izquierda tras pasar un puente por el río del pueblo. ¿Cómo se llamará este afluente? Siempre me han gustado los ríos. Su única misión de desembocar en el mar me ha fascinado. Me transmite calma. Ver fluir el agua consigue que me tranquilice y pare mi mente loca. Cuando llegue a casa lo miraré en la enciclopedia y lo anotaré. Otra curva, esa vez a la derecha. Todos nos estiramos más. Y delante el puerto sorpresa. El desnivel temido y la carretera mala. Muy mala. Llena de gravilla y adoquines. Yo me quedo. No tengo fuerzas para rendir más; subiré como pueda y llegaré, si es posible, de una pieza. Es la hora de los «gallitos»; los mediocres nos despedimos. A un lado de la carretera oigo a la gente vitorear, gritar, animar; con el rabillo del ojo empapado en sudor oigo y distingo una pareja de aldeanos que, compasivamente y con ironía, me dicen: «¡No te queda nada majo!». Y sigo encima de mi bicicleta, retorciéndome. Este puerto, que no conozco, tiene pinta de ser una dura batalla. Poco más adelante otra pareja, más joven, con niños que parecían de picnic; les oigo reírse mientras me señalan: «¡Mira cómo va ese! ¡Jajaja...!». Una atracción de circo debía de ser en ese momento. Estoy seguro de que iba último y el puerto debía llamarse «dolor». El desnivel seguía subiendo y la carretera empeorando. ¿Es que no

arreglan estos asfaltos de mierda? ¡Cada vez había más gravilla! Curvas de herradura con sabor a muerte a cada metro; ya ni sabía si ponerme de pie o sentado. Tuve el valor de alzar la mirada y, mejor que no lo hubiera hecho, solo observé la carretera que no acababa; el monte sin fin.

Los coches de los equipos me iban rebasando uno por uno. El mío llegó el último y el director me volvió a hablar a pesar del desaire de antes: «¡Vamos, ánimo!», exclamó. Yo, como un subnormal integral, le dije que esta vez se fuera a tomar *txakolís*, ¿qué hostias me pasaba? No se merecía esa respuesta. La impotencia me hacía hablar así. El enfado disfrazaba mi dolor externo e interno. El director pisó acelerador y siguió adelante. Sabía que mi reacción tendría consecuencias; y ya las temía. Sudaba. Otra curva de los demonios. Me apego al sillín y tiro de «testiculina» para poder salvarlo. Creo que debería dejar este deporte, ¿qué satisfacciones me daba? ¿Pasarlo como un culo? Otra curva. Esta vez me levanto, me abro, y balanceo con el manillar la bici, buscando la forma más cómoda de volver a librar el pellejo. Me siento vacío. «El hombre del mazo», como se conoce en el argot ciclista, me había golpeado sin piedad, y no era más que una sombra de mí mismo. Es curioso cómo la cabeza trabaja en los momentos de más dolor y sufrimiento. Me cuestionaba si mi afición a la bici no era más que una forma de evadirme de las dificultades de relacionarme con los demás, sobre todo con las mujeres; al fin y al cabo, el ciclismo, aunque se corre en equipo, es un deporte individual donde solo dependes casi exclusivamente de ti. Recuerdo el año pasado, en clase de primero de bachiller, cuando la chica pelirroja de clase me dirigió la palabra nada más empezar el curso.

-Hola, guapo.

-Hola.

-¿Qué tal si quedamos una tarde?

-Para hacer, ¿qué?

-Ay, no sé, guapo -respondió, coqueta, mientras jugaba con su poblado cabello rizado y rojizo-. Podríamos ir al cine. ¿Qué te parece?

-Pues, no sé... -contesté inseguro.

-Mmm... ya sé lo que te pasa. Tú prefieres quedar para «otras cosas» -sonrió pícara. y la verdad es que tenía razón, pero una mujer tan atrevida me empezaba a asustar; no me habían educado para esto-. Pero entiende que antes deberíamos conocernos...

-¿Conocernos? Bueno, la verdad es que no aspiro a tanto -indicé como un panoli.

Más tarde comprendí que la honestidad sexual con las mujeres no casa bien y, aquella cita de Cela: «masturbarse es divertido, pero follando se conoce gente», está muy bien, pero, exclusivamente, entre hombres y con unas cervezas.

-¡Imbécil! -me calificó la linda adolescente de fuego en el pelo, y se sentó en su pupitre dándome la espalda..., para siempre.

Otra curva. Intuyo que esta es la última. Veo delante de mí el final del puerto con un regalo de otro desnivel de caballo. Bajo la cabeza y me dispongo a afrontarlo. Mientras sigo recordando a la pelirroja aquella. No volvió a dirigirme la palabra. Y deseé que lo hiciera todo el curso restante. Demostrar que había aprendido la lección y, que los rituales con el género femenino, hay que cumplirlos si quieres sacar a pasear la «piruleta». Creo que algún día escribiré sobre las dificultades de ligar, al menos, en mi noble villa. ¡Vaya! ¡Ya llego a la cima! No siento ninguna alegría, ni siquiera dolor. No siento nada. Solo quiero bajarlo. Llegar a meta y pirarme para mi casa a llorar mi mierda de día. ¿Cómo se llama esta putada de puerto? Lo buscaré y lo escribiré en un «Diario», sí, eso es lo que haré; si el infierno existe tiene nombre de puerto de montaña.

La bajada no es mucho mejor. Peligrosa. Apenas puedo coger velocidad. Los adoquines y las piedras siguen por todos los lados. Parece más una carrera de ciclo-cros; vaya basura de itinerario. Seguro que la han ideado gente que jamás se ha subido a una bicicleta. ¡Malditos! Respiro. Abro mis pulmones; esto va a terminar pronto. No obstante, en una décima de segundo mi percepción cambia al terror absoluto. El tiempo se detiene. Mi rueda delantera revienta. Delante de mí otra curva de herradura y una valla de alambres hacen de escudo colina abajo. Entonces, el silencio. La desmemoria de un segundo que se detiene, y la que visión se nubla.

Abro los ojos. Estoy boca bajo; algo me sujeta. Mi pierna derecha esta enganchada en las puntas alambradas de la valla. La sangre de mi extremidad derecha recorre hasta mi cintura. No intento despegar la pierna. Me ha salvado de rodar colina abajo. No grito, pero sí gritan unos hombres que bajan apresuradamente de la ambulancia que siempre va en cola del pelotón. No han tardado nada, claro que no me extraña, quién iba a estar detrás de mí. Sería el último loco que seguía vivo en carretera. Los demás supervivientes ya estarían en meta comiéndose un bocata de jamón o de tortilla de patatas, si es con cebolla mucho mejor. Uno de ellos sujeta mi pie desde la carretera y el otro salta la valla. Desde el otro lado, suelta mi pierna chorreante de glóbulos rojos. Me pongo de pie, y uno de los enfermeros me indica que suba a la ambulancia, la ira surge desde dentro y me hace gritar.

-¡No!!! ¡Qué hostias! ¡Voy a terminar la carrera!

-Pero, campeón, estás con la pierna herida, ¡y la rueda pinchada!

-¡No importa! ¡Estoy casi en la meta! ¡No voy a tirar la toalla estando tan cerca!!!

-Ya no hay coches para cambiarte la rueda -respondió el otro enfermero, como último cartucho para convencerme.

–Bajaré despacio –dije en un suspiro ahogado, que debió ser más convincente que mis gritos, pues ya no insistieron más.

A día de hoy, mientras escribo estas líneas, no sé cómo me dejaron terminar. Monté en mi fiel compañera de metal, con suma precaución afronté la última recta del puerto, y me encontré en la calle principal del pueblo de Karrantza. Crucé meta escoltado por la ambulancia. Un espectáculo, tal vez, pelín escabroso, ya que en ese mismo momento me di cuenta de que sollozaba mientras la gente aplaudía al último, al farolillo rojo, con su pierna teñida del mismo color. Los compañeros de mi equipo, los que habían sobrevivido a la escabechina, y los que no, ya estaban cambiados y aseados; el director se acercó a mí como un cohete.

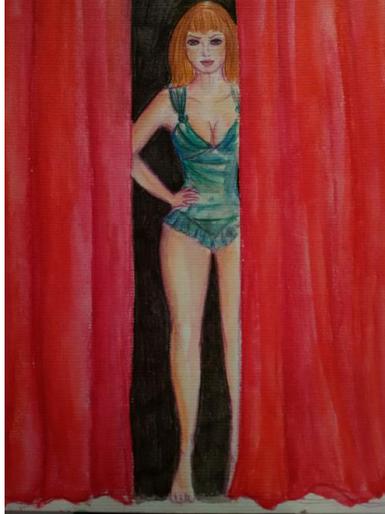
–¡Cómo te atreves a mandarme a hacer puñetas en carrera! –me grita encolerizado. No respondo. Tiene razón y no tengo verbo-. ¡Te iba a dejar volver a casa en bici como castigo! –brama, aún más elevadamente. Yo ni le miro. Mi silencio es mi forma de pedir perdón. Entonces se relaja. Tal vez, se da cuenta de que no todo es blanco o negro, y concluye–: ¡Porque soy buena gente que pase por esta vez! ¡Coge tu bici y cuélgala en el coche! ¡Nos vamos!

Me pongo algo encima. Un compañero, con alma caritativa, se encarga de colocar mi bicicleta; yo bastante tengo con levantarme de mi pesadumbre y mi derrota. Otro compañero, que viene con las dietas de la carrera, me comunica que solo han acabado cuarenta ciclistas y que yo he sido el cuarenta y uno; pero fuera de control y, por lo tanto, no tengo derecho al dinero. Eso me duele. No por el metal en sí, sino porque no se da valor al sacrificio que he hecho. Ningún reconocimiento hay. Mi nombre no aparecerá en la lista oficial. No soy nadie allí. Sólo un fantasma teñido de rojo. Ni pregunto quién ha ganado, a lo mejor es de mi equipo, aunque lo dudo. Puede que suene egoísta, pero me importa un carajo.

Solo quiero llegar a casa.

Mi amado director deportivo arranca y vamos dirección Bilbao, por fin. Desde la ventanilla veo el valle alejarse y, después de la guerra, la paz. No hablo en todo el trayecto de vuelta. A día de hoy no he vuelto jamás a ir por allí, pero algo de mí sí quedó en aquel pueblo. Recuerdo mis pensamientos de cómo en esos momentos de pesadumbre decidía colgar la bici para siempre; o, al menos, la competición. Unas curvas más adelante, y unos kilómetros más allá, lo reconsideraré. Puede que tal vez siguiera un año más, o por qué no dos, o pensándolo aún mejor...

..., mejor toda la vida.



SHOPPING

«Hay que tomar a las personas como son, no existen otras»

Adenauer Konrad

–¿Y ese pensamiento recurrente cuál es? –preguntó Sol en medio de la sesión.

–Pienso en alguien indeterminado con los pantalones bajados. De cucullas. A punto de defecar. Y, debajo yo, con la boca abierta esperando tragar lo que me eche... –confesé–. Es un pensamiento que no puedo quitarme de la cabeza. Me siento mal por tenerlo. Es como un bucle del que soy incapaz de deshacerme.

–¿Piensas que tienes que tragarte la mierda de los demás? ¿Que no tienes opción?

–Pues, qué pollas, no había caído en esa posibilidad.

–Reflexiónalo y dentro de dos semanas volvemos a vernos –ordenó con la frialdad que le caracterizaba.

Eso me hacía desearla. En el fondo me la cascaba en casa pensando en ella. Sol, mi psicóloga, era una cuarentona de muy buen ver. Pelo castaño largo, labios prominentes y boca grande donde poder soñar. ¿Qué hacía siendo un blandengue con esta

pedorra? Seguro que anhelaba que le penetrara sobre todos esos informes de otros locos, que como yo, tenía. Ella era todo dogma, teoría y cordura, ¡cómo me ponía eso! ¡Las mujeres con las que no tengo nada en común son las que más me gustan! En ese instante me di cuenta de que por enésima vez mi atención se perdía en el sexo y volví, con esfuerzo, al aquí y el ahora.

–¿Sigues con la medicación que te receta el Doctor Castaños? –me interrogó.

–Sí, doctora.

–No la dejes. Es importante que sigas con ella.

–De acuerdo.

–Y permítete cosas buenas. Pensar cosas lindas sobre ti. Saber decir que «no» cuando es necesario. Negarse a lo que no te apetece hacer puede ser un arte del cultivo de la autoestima.

–Sí, doctora –repetí como un autómeta.

Por *Crom* que estaba deseando salir de allí ya.

–Recuerda que no eres ningún Superman.

–Cierto –asentí mientras me levantaba y me ofrecía su mano a modo de despedida. Siempre hacía el mismo gesto al entrar y salir de su despacho.

Escopetado hui del centro de salud mental. Y decidí, nada más cruzar la puerta de salida, renovar mi vestuario. Me agobia ir de compras. Ese es el problema. Siempre he tenido esa admiración por las mujeres de estar en tiendas de ropa como si fuera el Edén. Así que me visto desde hace años con los trapos que me regalan. Ya desde niño me negaba. Era solo entrar en unos grandes almacenes, y ver la gente desfilar como en un baile loco y caótico, ya me producía malestar, mareos e incluso vómitos. Tanta energía condensada en tan poco espacio no puede ser bueno. Será que soy hipersensible, misántropo o simplemente no tolero las masas.

Lo que pasa es que, a veces, esa jeta vagante de ponerme solo lo regalado no cuela o no llegan tan ansiados presentes, entonces toca bajar a los infiernos y adentrarme por los ultramundos de la moda. Así que ahí estaba bajando al centro de la ciudad a por tan estimulante faena, y en el trayecto me encontré a una antigua amiga, que por supuesto, al contarle que me iba a renovar ropero no pudo reprimirse las ganas de hacerme de asesora de imagen. Las mujeres no se pueden aguantar cuando de vestimenta hablamos. Es un estímulo natural en ellas.

Supuse que con compañía se me haría más liviano pasar por tal trance. Además, la nena no estaba nada mal. Era una de esas mujeres que, aunque pasaban sobradamente los cuarenta, vestían como si tuviera quince. Como las maduritas famosas de la tele que no aceptan que su tiempo pasó. Con la salvedad de que esta no hacía el ridículo como muchas que salen en la caja tonta y revistas. Era menudita y gozaba de gran *sex appeal*; muy delgada y a la vez con un busto más que satisfactorio, con pantalones ajustados y jersey de rayas de cuello alto gris y negro que se amoldaba a su figura.

Pero aquello fue una mala idea.

Me hizo recorrer toda la ciudad porque nada le convencía para mí. Fuimos a todos los que conocía y desconocía. Desde *Timofield* hasta *Cara* pasando por la *Raja-Inglés*, *Corteinfiel*, *Mangando*, *Massimo Putti* y yo que sé más. Encima lugares llenos de gente que apuraba las compras de Navidad. Unas fechas penosas, por cierto. Así que «harto de estar harto» como cantaba Serrat, solicité que entráramos en uno cualquiera, de cuyo nombre ya ni vagamente recuerdo, y en cuanto vi un par de *jeans* de mi talla los agarré y fui a probármelos.

–Esos no te van a quedar bien, querido –dijo la susodicha, cuya compañía en mala hora acepté.

–Bueno, qué cojones, entra conmigo si tan «profesional» eres con la ropita –desafié.

Juntos, cerrando la puerta del probador me bajé los pantalones y, en efecto, los *jeans* no solo eran horribles, también me quedaban más prietos que un traje de luces.

–¿Ves, rey? ¡Ya te lo dije! –soltó muy satisfecha de sí misma. Y es que estas niñas no se pueden aguantar quedar por encima de uno.

Me quité el vaquero ya casi con ganas de mandarlo a tomar por el ojal todo y, para mi sorpresa, observé que tenía el nene juguetón. No sé si era por el enojo, por la festividad del niño Jesús o por ambas cosas. El caso es que ella también se fijó en mi calzoncillo, que pedía aire a gritos.

–¿Sabes qué diantres creo? ¡Que vamos a ver si mi biberón tiene la talla justa de tu boca!

–¡Qué dices! ¡¿Estás loquísimo?! –dijo indignada. Indignación que se le pasó al instante que le enseñé el «DNI» y exclamé–: Mira, esto es así, si me quieres ayudar, tengo que ver ropa que me siente bien tanto cuando estoy en reposo como en «euforia». Y tú no dejarías que me fuera con unos pantalones que fueran insatisfactorios para mi dragoncito, ¿verdad? –solté con toda la seriedad que me fue posible.

–Estás de remate y de atar.

–Venga, anda, o tendré que decir por ahí que de moda y ropa dejas mucho que desear.

–¡Ah, no! ¡Eso no lo voy a permitir, querido! –replicó con mucho amor propio.

Y es que la vanidad es mi pecado favorito. Qué arma más maravillosa, oigan. De rodillas acercó sus prominentes labios y su boca de «Gargantúa» a dar buena cuenta de mi sexo en ciernes.

En un santiamén pasó de prometedor querubín a dragón alado de siete cabezas.

–¡Veo que se adapta perfectamente! -exclamé.

Y es que esto de ir a comprar me estaba empezando a gustar. Desde luego, qué curiosa es la vida, de repente sucede algo y lo que es odioso y tedioso se convierte en gozo ilimitado.

Pero, de repente, para mi desgracia salió de mí, y levantándose me dijo un sorpresivo: «espérame aquí, querido». Salió cerrando la puerta y ahí me quedé yo, chafado en el probador, con los pantalones en los tobillos. Empalmado frente al espejo y reflexionando lo ridículo que estaba ahí esperando a la cordera. Rezando que no hubiera cámaras de control interno para disfrute de pajilleros de seguridad con el show en vivo y directo. Aproveché a mirar los mensajes de mi móvil. Mi amiga *txirrindulari*, Ainhoa, me dejó un *WhatsApp* para salir mañana por la tarde en bici. Le dije que sí, con la esperanza de jodérmela en algún monte perdido. Para que luego digan que los hombres no podemos pensar en dos cosas a la vez. Pues yo, sí. Mientras me follo a una, voy pensando en el próximo polvo con otra. Gracias a Alá volvió como un rayo. Menos mal, porque yo ahí seguía con el pene mirando a Teruel.

Para mi sorpresa me trajo una camisa de cómic con el Increíble *Hulk* amenazante y verde estampado en el centro.

–Póntela, mi rey. Consiénteme, anda. De niña le robaba a mi padre los tebeos y siempre imaginé que me jodiera bien *Lou Ferrigno*. ¡Hoy esa fantasía se va a cumplir por fin! –sonrió ansiosa.

–Nada, mujer, qué menos que satisfacerte después de todas las molestias que te has tomado –respondí condescendiente mientras pensaba las mentiras cochinas que puedo llegar a soltar cuando el «amor» llama a mi bragueta.

Se bajó los vaqueros y me puso el culo en pompis frente al espejo, agachando la cabeza lo suficiente para ver ya puesto en mi pecho *The Amazing Hulk*, con esa cara de ira y estreñimiento que pone cuando el pobrecito se enoja. Bueno, no sé, supongo que también este superhéroe tiene un trastorno adaptativo de emociones y conducta. «...y con posterior manifestación de psicopatía de características depresivas» añadiría mi sexy «loquera».

–Estoy preparada, querido. Dame fuerte, duro, y enfadado, como haría mi verde *Hulkito*, quiero que se desahogue dentro de mí – musitó.

Y yo obedecí.

Resbaló mi *lingam* dentro de ella. Chorreando que estaba de deseo su *yoni* de mí... o de *Hulk*. Tampoco era momento de ponerme celoso. Aparte ya lo dice mi psicóloga. No soy ningún Superman. Bueno, ¡qué rayos sabrá ella! ¡Si tiene cara de que nunca la han echado una buena corrida en toda la cara! Tendría que verme. Seguro se pone cachondísima, me suplica que la sodomice y se deja de tantas pamplinas de que me permita o no permita... Pensar en mi doctora me animó más el dragoncito, y ya me puse como un vaquero del *Far-West* montando una yegua salvaje.

–¿Te parece suficientemente fuerte? ¡«La Masa» cada vez está más y más grande y enfurecida!

–¡Sí..., siento su enojo!

–Por mil centellas, nena. Te voy a dejar más verde que tu superhéroe.

–¡Sííí! ¡Sííí! ¡Más, más fuerteee...!!!

Esto ya se pasaba de castaño oscuro, pero la cogí de su lacio pelo negro con una mano. Mientras, con la otra, la agarré de la cintura para penetrarla más violentamente.

Joder, qué cachondas se ponen las nenas cuando se trata de que las folle su «superhéroe» de la niñez.

-¡Ahí me tienes! ¡Soy tuya, querido!

-Te gusta que te cubra así, ¿verdad?

-¡Sí, por favor! Termíname en el culo, mi rey. ¡Termíname!!!

Me gusta obedecer. Descargué mi semen sobre su duro, y ahora rojo de los golpes que la regalé, trasero. Y, mientras yo intentaba normalizar mi respiración, ella gimió de felicidad suprema. No hay mayor satisfacción que cumplir los sueños de una mujer. Nos vestimos y nos acicalamos para salir al mundo exterior, ahí donde los Superhéroes faltan y los villanos sobran. Abrí la puerta del probador con la esperanza de que no hubiera moros en la costa. Pero, no. Tres empleadas con caras de reprobación nos esperaban en silencio.

Durante unos incómodos segundos nadie dijo nada...

Supongo que tampoco ellas sabían cómo actuar ante tan sublime escándalo. Bueno, al final acerté a decir:

-Me llevo esta camiseta de *Hulk*. Me sienta fantásticamente. ¿Aceptan tarjeta?



EL REGATO

«La única cosa seria es la pasión, no la inteligencia».

Oscar Wilde

No solo era la subida. También el sol de justicia que nos castigaba. Y es que aún en octubre salen días de infarto que invitan a pedalear. A mí me gustaba este tipo de ascensos, por carreteras olvidadas, de asfalto pobre, de curvas imposibles... sí, me gustaba más subir que bajar, marcaba un ritmo cansino pero constante y disfrutaba. Cada vez que la altitud era mayor, mayor era mi goce. Mi compañera era más sufridora, no conseguía mantener un golpe continuo y su pedaleo era irregular, pero, a base de bemoles vaginales, arribó el puerto conmigo. Por fin llegamos a la cima, se acababa la carretera, junto a la casa del guarda y a su izquierda, un pantano imposible de rodear. Me bajé de la bici y empecé a orinar. Ella hizo lo mismo. Tras satisfacer nuestras necesidades corporales nos pusimos a mirar el paisaje y, al no haber moros en la costa, la abracé por detrás acariciando sus opulentos senos. «todas las precauciones son pocas», pensé; y la ocasión era que ni pintada. Ainhoa era una mujer menudita, de morritos que

prometían placer y culazo glotón. Vamos, canela fina. Y, para mí, eso era más que un notable en mi escala de valores. Además, le gustaba el mundo de la bicicleta. En resumidas cuentas, tenía mi eterno respeto.

–¡Cómo me gusta que me toques las tetas! Hoy necesito que entres en mí...

–Pues, qué hostias, busquemos un descampado y nos metemos en el ajo –acerté a decir. Ya estaba erecto, y el culote empezaba a molestar

–Sí, por favor. Hoy lo necesito especialmente.

Volvimos a montar y gozamos de la bajada. El descenso era bastante técnico y nos cuidamos de no darnos el castañazo padre. No obstante, seguimos descubriendo nuevos caminos. El calor del día seguía subiendo y mi entrepierna era fuego. Tenía que penetrarla ya o me suicidaría. En un sendero que interpretamos como poco concurrido nos desviamos y nos tumbamos sobre la maleza. Generalmente, le hubiese dejado hacer sexo oral. Pero estaba tan excitado que directamente la puse sobre la hierba y raudamente le quité el culote y el maillot. Al contemplar sus grandes pechos aún se me puso el sexo más duro. Tanto que dolía. Ainhoa me miraba sin decir palabra, muy fijamente, esperaba que la poseyera cuanto antes. Yací sobre ella. Noté el calor de su cuerpo y de sus senos rozándome. Sin dilación entré y la humedad de su vagina me dio la bienvenida con vítores y aplausos.

Ella gritó.

–¡Sí! ¡Te quiero ahí!

–¡Dios, qué ganas tenía! –aullé.

Por fin, mis instintos eran complacidos.

–¡Sigue, por favor, no te pares! ¡Entra más dentro! ¡Así, así...!!! – reclamaba mientras le invadía su cuerpo con sacudidas cada vez más fuertes.

Notaba con ardor guerrero cómo el sol se cebaba con mi espalda, que junto con el sudor sexual ya sufría cierto picorcillo. Consciente de que iba a tener quemaduras severas como no me detuviera. Y, claro, yo no soy hombre de un polvo de cinco minutos.

–¡Cógeme las piernas con tus brazos y ábreme bien! –ordenó–. ¡Me gusta fuerte!!!

Cumplí los deseos de mi pareja. Cada vez que le poseía más violentamente, más rápido se movían sus estupendas glándulas mamarias. Eso era algo que me fascinaba observar alucinado y con los ojos dilatados. Entiendo que ella era consciente y, gracias a ello, jamás me ha increpado no mirarla a los ojos. Por cierto, soy un alcornoque, no recuerdo ni de qué color eran. Este detalle me hizo recordar una de mis últimas sesiones con Sol, mi loquera. Aquel día, hizo hincapié en que mi suspicacia impresionaba. Además, rehuía el contacto visual ¿Se daría cuenta de que a ella también le miraba las tetas? Aparte apuntaba mis problemas de «heteroagresividad», ataques de ira, la soledad, mi inexistente relación con mi familia, el aislamiento social, mi trabajo donde evito el contacto humano, etcétera. En conclusión, parece que tengo la cabeza llena de detritus.

–¡Me gusta asíí...!

–¡Relámpagos! Como nos oigan nena... –bramaba.

–¡Estás hermoso ahí! ¡No te pares! ¡Me gusta sentirte!

Ya había decidido que me iba a correr en sus lolas. Creo que era un homenaje más que merecido. La naturaleza había sido generosa con mi amiga así que, agresivamente, salí de ella y de forma

inmediata exploté. Sobre mis dos hermosos objetivos apenas cayó nada. Casi todo mi «romanticismo» fue al rostro y al pelo, con la consiguiente carcajada cómplice mientras me derrumbaba sobre su cálido cuerpo. El esfuerzo y el calor habían pasado su factura. Cuando mis pulsaciones volvieron a la normalidad nos empezamos a vestir. Nos quitábamos hierbas, hormigas y bichos de toda índole de nuestros cuerpos desnudos.

–Me he dejado los guantes de la bici arriba cuando me los quité para mear –dijo Ainhoa, sonrosada y haciendo pucheritos.

–Habrá que subir otra vez...

–¡No, no...! Lo dejamos para el próximo día –sonrió.

Nos dimos un beso cariñoso y volvimos al sendero que abandonamos. Pronto retomamos la carretera para continuar disfrutando de un estupendo día de bici rumbo ya a la Villa bilbaína.

Sin embargo, aún tenemos que regresar a por los guantes.



IRA

«No hay incendio como la pasión, no hay ningún mal como el odio»

Buda

A veces, los estados mentales me juegan una mala pasada. El fuego interior alimentado por las preocupaciones, la ansiedad, la envidia e incluso el odio muchas veces me consumen, me agotan; el ego me rompe y revienta... y la ira, sí, la ira, es un animal insaciable que nunca se calma. Mi psiquiatra, mi amadísimo Doctor Castaños, me había advertido de una posible y evidente reagudización en intensidad psicopatológica, con riesgo importante de impulsividad agresiva a conflictos de índole social. Por supuesto, el matasanos me recetaba un *cóctel molotov* sicofarmacológico para resolver la papeleta.

Y en uno de esos días, así estaba yo, como un individuo más de la sociedad por fuera pero un volcán por dentro. ¿Las razones? Ni me acuerdo. Tal vez el otoño afecte por su sorpresiva melancolía, sus cambios constantes en el tiempo, ya que puedes ir en manga corta como joderte de frío. Pero es que son tantas veces ya que ni me planteo de dónde viene. Solo quiero apagar el sufrimiento y

suelo recurrir a la comida. Tragar compulsivamente cualquier cosa que se me ponga a mano, sea salado o dulce, líquido o sólido. Lo que haga falta, vamos. Agotar los recursos que tenga disponible a mano. En esta ocasión, lo que sea por llevar mi mala energía a mi estómago y que abandone mi cerebro. Un descanso, una tregua; echar tierra donde hay erupción.

Ese día en concreto estaba en mi lugar de trabajo. Un espacio amplio con diferentes departamentos y oficinas. La mía era individual, cosa que agradecía porque siempre me ha tocado los cojones ir a trabajar, así que al menos, tener un mínimo de intimidad y soledad. Me levanté de la silla y salí buscando la máquina de *Vending*. Vacíé el aparato de todos los sándwiches que había. Cerciorándome bien de que nadie me veía y, con todo a punto, volví raudo a la seguridad de mi mesa. Uno por uno los engullí, ya fueran de bonito, vegetales, tortilla, *txaka*, etc., todo por aliviarme de las llamas de mi dolor interno, aplastarlas y ahogarlas. En verdad, sé que tengo una avería bien gorda. A veces, siento que vivo en el ruido. Sin embargo, ese mismo ruido no existiría fuera del planeta. En el Universo vacío no hay más que silencio. Y, en el silencio, la nada. ¿Y si la nada fuera la respuesta? ¿Es el silencio la verdad y el ruido la mentira? Quién sabe. Mientras, yo, viviendo en esa mentira lleno de tanto ruido. Supongo que estas reflexiones son intentos infructuosos con los que deseo evitar destrozarme más el estómago. Sin embargo, esta vez era tan intenso que según tragué el último bocado supe que era insuficiente, y, cuando eso pasa solo me quedan dos acciones más a las que echar mano: violencia o sexo. La primera, por descontado, estaba descartada al ser un lugar poco idóneo donde buscar jaleo, así que, solo me quedaba los más bajos y estupendos instintos pasionales.

Fuego con fuego. Sacarlo fuera de mí; vaciarme de algún modo.

Fijé mis ojos en mi compañera de trabajo. La verdad es que pocas había y todas eran poco deseables para mi gusto. Una de ellas, la

más joven, sin ser tampoco la *Bardot* con la que nuestros *abueletes* se pajeaban, decidí que podría servirme. Obviando que me arriesgaba a un expediente por comportamiento indecoroso, si me pillaban con la bragueta abierta, en el lugar donde me mal ganaba la vida. Pero ya se sabe que cuando los instintos llaman, la razón se esconde. Gracias a Dios, Buda, Cristo o cualquier iluminado que a uno le dé la gana reverenciar, siempre supe que a esa nena le ponía, y si no fuera por mi estado crítico jamás posaría mis manos en ella. Madre soltera, de poco más de treinta años, separada, delgadita, pelo corto moreno, estatura media y, en definitiva, poco sexy. Tampoco ella ayudaba mucho con un vestuario poco agraciado. Supongo que era de esas que se piensan que con su simpatía y naturalidad un hombre se enamora. En fin, cosas de mujeres idealistas, qué se le va a hacer. Y mientras escribo estas confesiones, me pregunto si no estoy peor de la chaveta de lo que imagino; está claro que mi loquero debería ponerme la camisa de fuerza, si me escuchara. ¡Pobre!, ¡le miento tanto! Aunque estoy seguro de que lo sabe.

Mientras daba rienda suelta a tales pensamientos decidí salir de la oficina y al cruzarme con ella me dice sonriendo:

–¿Qué? ¿Estirando un poco las piernas? –dijo intentando ser amable.

–Pues sí, qué rayos, ¿y vos?

–Yo voy al baño –dijo haciéndose la interesante.

–Bueno, pues te acompaño si te parece. Hay un paseo hasta allí – me ofrecí.

Por falta de presupuesto y de féminas en nuestra empresa el excusado de las señoritas estaba fuera, en una caseta contigua.

–Oye, Lina –que es como se llamaba la susodicha– si quieres entro contigo. Siempre quise saber cómo es vuestro pequeño retrete – dije con fingida inocencia.

-Ah, ¿sí? Dudo que te atrevas -retó ella. La pobre no sabía lo que decía aún.

-De acuerdo, pero si subo me tienes que hacer una mamada de campeonato.

-¡Sube si tienes lo que tiene que tener un hombre!

Y así fue como entré tras ella y yo mirando que nadie nos viera. Mofándose dijo:

-¿Y bien? -seguía sin creerse nada.

-Cierra la puerta con llave -dije ya sin un ápice de risa en mi cara.

Automáticamente, se impresionó un poco al ver que cambiaba mi energía facial y darse cuenta de que había dejado entrar al lobo estepario. Me bajé la bragueta. Ahí estaba mi pene recto y duro. El lugar donde había ordenado que todo el fuego de mi interior se condensara en ese mismo instante.

-¡Ah, pero hablabas en serio! -exclamó mitad sorprendida, mitad asustada ante mi inesperada reacción.

Sin embargo, no dudó en cerrar con llave por dentro y, tal vez, esperaba que la besara o algo parecido. Pero pronto le hice saber que no iba a haber cariño en este acto. La cogí de la coronilla y enseguida supo donde tenía que dirigir su boca, sus labios y su atención.

Y mientras me la comía con más hambre que *Carpanta* comprendí que una mujer necesitada de *amor* te puede hacer una felación de infarto. Puso tanto empeño y ganas, me sacó tanto brillo, que por un momento me alegré de estar ahí. Si es que no hay mal que por bien no venga. Y creo, que después de unos años, cuando, si por un casual leo mi *Diario*, me voy a dar un pelín de asquito por mis pensamientos y actos. En resumidas cuentas, sé que me sentiré como una lombriz inmunda.

-¿Te gusta?

-¡Calla y dale al biberón! -exclamé.

Y es que no estaba para coloquios.

-¡Quiero que te corras en mi boca!

Como no estaba para sexo maratoniano, ni podía quedarme mucho tiempo antes de que alguien me echara de menos en mi puesto, me dejé de juegos y apoyé su cabeza contra la pared. Empecé a follarle violentamente su garganta hasta el canalillo. Me encantaba hacer eso. Supongo que, igual que los médicos tienen sus enfermedades favoritas, los pirados sexuales, como el menda, tienen también sus locuras *erótico festivas* predilectas.

-¡Vas a tragar todo el requesón! -aullé con furia visigoda.

Aquella nena musitaba aguantando como podía mis embestidas. Chillé sintiendo como todo mi semen era tragado obedientemente. Se notaba que la chica tenía sed de macho y no dejó gota.

-¿Te ha gustado? ¿Soy buena? -preguntó pidiendo aprobación.

-No lo haces mal; nada mal. Ahora, sal tú primero y mira a ver que no haya moros en la costa.

La observé estaba encantada de la vida tras tener alguien a quien limpiarle el rifle. Obediente, salió discretamente y cuando se cercioró de que no había peligro me avisó y pude escapar.

Ya llegando a mi oficina reflexioné si me faltaba un tornillo o simplemente necesitaba esa camisa de fuerza a gritos. Menos mal que llegaba el fin de semana y podría parar un poco de hacer tonterías. No quiero ni pensar qué ocurriría si me pillaran haciendo el percebe. Decidí, para mi vergüenza, que en el futuro

evitaría el contacto y el saludo con Lina; mi amiga de boca complaciente. Justo mientras decidía tal sabia reflexión sonó el teléfono. El lector me indicó que era uno de nuestros mayores, y más importantes, clientes. Descolgué con el convencimiento de cumplir mi deber laboral y con la profesionalidad que me caracteriza.

Y es que relajado rindo más en mi trabajo.

-Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?



RUTINA

«La mente cotidiana es el Tao»

Nan Chuan

Me gustan los domingos porque no hago nada. Otras personas aprovechan para hacer todas esas cosas que desean y no pueden el resto de la semana. Yo, no. Mi quehacer es no hacer nada. Estar conmigo mismo y mi sublime mismidad. Como todos esos días sin horario ni concierto, al abrir el ojo y ver la ciudad desde mi ventana con desgana; me levanto, me preparo una infusión muy caliente, limpio la arena de mis amados felinos, les cambio agua y renuevo su comida. Hago de vientre y ya se sabe que si cagas con regularidad llegas a la felicidad. Me ducho, me visto y tomo el desayuno tal vez con alguna onza de chocolate; todo ello, siguiendo un ritual muy bien orquestado y silencioso; y cuando ya estoy preparado suele ser casi mediodía. Una máxima que tengo es que «Dios es perezoso». Por eso hay que hacerlo todo muy lento; por si las moscas, para no enojarle.

Bajo a la calle. Me gusta el silencio de mi día festivo. Ese silencio interno y la paz que siento de que han pasado ya horas. Y a nadie

he hablado, a nadie he escuchado; solo el sentir de mi ser latir. Felicidad. Andando lentamente, soy consciente de cada paso que doy en armonía con mi respiración. La prisa no existe y esa sensación me llena de gozo. Ninguna responsabilidad, ningún compromiso, ni otras zarandajas. Solo mi divino derecho a mi pequeño nirvana existencial. Lo veo como una luz de intensa tranquilidad. Nada deseo y nada sufro. Solo el ir y venir de la eterna llama de mi existir. Estoy en «casa».

Entro en la panadería. Estos días son días de celebración y como soy goloso pido cualquier cosa que lleve cacao.

–Deme esa napolitana rellena, por favor –pedí a la panadera.

Una chica joven de un cuarto de siglo como mucho; rubia, de pelo lacio hasta los hombros, de fina escultura, ojos grandes y verdes y, aun con el uniforme de obradora, deliciosamente deseable.

–¿Y no prefiere mejor probar este par de bollos de mantequilla, señor? –sugirió ella bajándose los botones y descubriéndome el nacimiento de sus bonitos y jóvenes senos.

Así que doy mi conformidad y de la mano me lleva a las máquinas de hacer el pan. Y, ahí, con el éxtasis del olor de las magdalenas y los dulces recién hechos, lamo la mejor bollería que no se puede comprar con dinero

–Es un euro con veinte, señor –dice la niña despertándome de mi bonito sueño.

–¡Oh, sí! ¡Cóbrese, por favor!

Le di el dinero con los ojos que pone un niño cuando vuela con su imaginación. Y es que tengo una fantasía que se cobra sus intereses a cañonazos.

Degustando el bollo caliente, y suave en mi paladar, sigo andando sin rumbo fijo bajo el cielo otoñal. Ya es sobradamente la hora de comer, pero me da igual. Decido ir a un bar. Nada quiero hacer y solo deseo que se me sirva. Entro en el primero que el destino me ampara en mi andar. El bar está vacío. La hora del vermut ha pasado y no hay nadie. La camarera es una chica morena, poco más de metro y medio, pelo ondulado, amplia sonrisa y dentadura perfecta, de rotundas y voluptuosas curvas. En ese momento pienso que lo mejor para el vacío existencial, al menos el mío, es la locura y la diversión. Este pensamiento me hace creer en la supervivencia del espíritu después de la muerte, aunque todos los fenómenos que nos rodean sean, y deban ser, materialistas.

-¿Qué le pongo? -pregunta amablemente.

-Me pones a tope -respondo.

Ríe con ganas. Supongo que me ve «inofensivo».

-Una menta poleo, por favor -acerté a decir.

-Enseguida. ¿Y no le apetece comer algo? Tenemos un menú fantástico, con muy buena carne de segundo.

-¡Qué leches! ¿Y a ti no te apetece este otro tipo de carne? -le sugiero mientras me bajo los pantalones y saco el «dragoncito» que ya venía feliz con la fantasía de antes.

Ella, al ver tal oferta irrechazable, me llevó a la cocina rauda. Cerró la puerta y de cuclillas probó el mejor «solomillo» de su vida.

-¿Entonces va a comer aquí? -insistió sacándome del letargo.

Tengo que pedir cita con Sol y pronto. ¿Ni en domingo descansa el deseo? Yo es que me troncho. Tal vez, hubiera sido mejor decisión irme en bici hoy. Total, a «esa», la monto siempre que quiero.

-¡Eh! ¡Ah, no, gracias! Solo la menta está bien.

-Muy bien.

Después de tomar mi consumición, y de dar buena cuenta de la Interviú, salí rumbo a mi casa. Mi templo y refugio donde iba a terminar tan maravilloso y prieto día. Ya sería cerca de media tarde cuando entré por la puerta. Me cogí todas las chucherías que tenía y me puse un viejo film de cine negro que tanto me gustan para ver en la cama. Dos horas después, pasada la película, con todas las bolsas vacías y ya sin nada que llevarme a la boca, observando por la ventana cómo se iba este día perfecto, apurando el sol con su luz en la ciudad, cuando se rompe el momento idílico con el móvil sonando a todo tren. Atiendo, y al otro lado del aparato está mi abogada y asesora.

-Te refresco la memoria de que mañana me tienes que traer todo para la declaración y, como te conozco de hace años, sé que te ibas a olvidar -me recuerda amablemente.

-Vaya, qué confianza tienes en mí -respondí, fingiendo molestia.

-Venga, anda, sería novedoso que te acordaras de algo tú -me señaló con la complacencia de quien tiene razón.

-Lo que sería novedoso es que te quitaras ese aire de mujer independiente y de carrera de una puta vez, y te sodomizara bien duro en la mesa de tu despacho.

-¿De veras harías eso por mí? Me excita solo imaginarlo. El aburrido y snob de marido que tengo es incapaz siquiera de pensarlo -respondió cachondísima-. ¿Por qué no te pasas ahora mismo? He tenido que venir a terminar trabajo pendiente y estoy sola en la oficina.

-Mejor otro día, yo también tengo trabajo atrasado y me es imposible ir.

¡Qué coño! ¡Los domingos nuestro señor Jesucristo los puso para descansar! Si es que muchas veces es mejor quedarse en la ficción. Ya solo tenía en mente dormir como un lagarto hasta mañana.

-¡Sí que eres un cobarde calienta bragas! Pues muy bien, ¡que te den y hasta mañana, tontaina!

Me colgó sin oportunidad de réplica. Su vanidad femenina se había sentido insultada. Se había enfadado de verdad y con razón..., y bueno, yo qué puedo decir; solo que me encantan los domingos porque no haga nada, nada, nada.



ARRESTADO

«Si la pasión, si las locuras no pasaran alguna vez por las almas...
¿Qué valdría la vida?»

Jacinto Benavente

-¡Adelante, muchacho!

-Gracias, Doctor...

-¿Qué tal los últimos quince días? ¿Mejor?

-Pues...

-Sabes que me puedes llamar cuando quieras... ¿Has tomado la medicación?

Siempre insistía en ese punto mi queridísimo recetador de químicos antidepresivos.

-Sí... -repliqué tímido.

El especialista, el doctor Castaños, me tenía en terapia y medicado casi dos años. Tiempo suficiente para darme cuenta de que mi vida era una puta mierda. Me subió la química que me metía en el cuerpo al ver las «señales» que me hacía en las muñecas con las

cuchillas de afeitar. Por las noches, cuando los demonios de mi mente más me invaden. Cuando intento no pensar y descansar. Entonces me atacan. Es su momento de invasión; sin piedad. Tengo una cuchilla al lado de la mesilla de mi cama. Hacerme daño y ver unas gotas de sangre me hace olvidar esos pensamientos de muerte y miseria. El leve dolor al que me someto ayuda a llevar mis pensamientos a un lugar concreto de mi cuerpo y a controlarlo. Tiene guasa, pero eso me hace reconfortarme y sentirme bien. Sin embargo, la persistencia de mi psicopatología, como dice mi psiquiatra, me lleva irremediabilmente no solo al mantenimiento del tratamiento psicofarmacológico sino que, además, a aumentarlo de manera continuada con una trilita de neurolépticos, antidepresivos e hipnóticos. Preferiría tener los ligamentos cruzados rotos o cualquier otra cosa física. Como dice mi loquero «la mente también es una parte de nuestro cuerpo» y puede enfermar. Lo que pasa es que tarda demasiado en curar. Siempre que salía de allí debía sentarme en un banco de un parque y, durante un tiempo indeterminado, llorar sin lágrimas. Sollozo seco para alguien que es incapaz de sentir. O, más bien, de sentir sin exteriorizarlo. Un inmaduro emocional. No es que me lo haya dicho el matasanos este. Tristemente, me he dado cuenta yo solo estos dos años de sesiones ininterrumpidas. Es lo que hay. Un zombi necesitado de amor y atención. Un «pagafantas» disfrazado de alfa. Un ridículo hombre de pies de barro.

Ese soy yo.

-¿Muchacho, has traído ese famoso *Diario* del que me hablaste la última sesión?

-Sí, doctor Castaños -contesté mientras sacaba el libro de mi mochila.

Venía de nadar. Me gustaba ir a la piscina antes de las terapias. Me machacaba duramente el físico. Eso relajaba mi mente algo y podía tener más paz en estos duros momentos que eran, para mí,

con el especialista. Desnudarme ante un desconocido. El que soy. No el de la careta que llevo ante los demás.

-¿Sigues también tratamiento con Sol, verdad?

-Sí, aunque a veces creo que le caigo mal.

-¿Por qué crees eso?

-Siento que me mira como diciendo: «¡qué hace éste aquí!». Que no tengo derecho a estar ahí, que hay más gente que realmente necesita su ayuda; que lo mío son bobadas y habría que echarme a patadas -confesé.

-Eso es porque llevas toda la vida no permitiéndote no estar mal. Como si no tuvieras derecho -apuntó.

Y su afirmación llegó a mí como una flecha atravesándome. Tenía razón. Nunca me tomaba la libertad de aceptar que no siempre podía estar bien. Desde pequeño. ¿Por qué tenía ese sentimiento de culpa cuando me encontraba enfermo? Sol era mi psicóloga y me alternaba las visitas con el doctor Castaños. Uno me drogaba y me daba un poco de cháchara; y la otra intentaba nadar en las profundas y turbias aguas de mi alma, buscando respuestas y sanación.

La verdad es que estaba un poco hasta el cogote.

-Qué hostias, pues no lo había pensado...

-No importa, muchacho -dijo como lamentándose de haberlo dicho.

Creo que se arrepentía. Ya era muchas sesiones con él y ya sabía que su dogma era intentar que me diera cuenta yo solo de las cosas. De todas maneras, hay verdades *impepinables*. Esta era una de ellas.

–Abre tu Diario por cualquier página y léeme un capítulo al azar. Entiendo que es muy personal. Si hay algo que no desees que escuche, lo saltas.

–Lo leeré todo, doctor Castaños –maticé firme.

El doctor Castaños era un hombre afable, de unos cincuenta años, regordete y con barba canosa. Transmitía una energía paternal que conseguía que confesara toda la basura que llevaba dentro. Era doloroso porque incluso a la mierda nos apegamos los seres humanos. Pero, más tarde, ese peso que me quitaba era acercarse, tal vez, un poco más a un esperanzador sanamiento.

–Como quieras, muchacho. Si cambias de opinión no te sientas obligado. Recuerda siempre que tienes derecho a ello.

–Lo recordaré –intenté decir de forma convincente.

Me lo dije a mí mismo. «Darme la oportunidad de cambiar de parecer si así lo deseaba». Abrí mi *Diario* y me encontré con un pasaje de la época de mi servicio militar.

–Antes de empezar, doctor, quiero decirle que en mi *Diario* escribo de forma inconstante. Puedo escribir un mes casi todos los días y luego tirarme seis meses sin escribir una línea.

–De acuerdo –sonrió–. Te escucho, muchacho.

‘Arrestado. Por llevar las botas sucias. Puta mili. Tuve la «suerte» de ser miembro del último reemplazo de este país de befa y sainete antes de la profesionalización militar, y también tuve unos padres «maravillosos» que siempre me dijeron que en el ejército «te haces un hombre»; pues un hombre no sé, pero la sensación de ser un gusano no te la quita nadie y, encima, es que jamás soporté la autoridad; o sea, era una bomba e iba a explotar. Pero, a veces, la vida tiene sus momentos «kármicos», y donde algunos te joden, el destino te recompensa por otro lado. Me explico: allí estaba, todo el puto fin de semana de noviembre privado de libertad y de

imaginaria en el asqueroso cuartel. Fumando, a troche y moche, un chiflo bien fuerte que tenía escondido para sobrellevar la pena cuando un grito me bajó a Tierra del «vuelo» que llevaba encima, escondiendo ipso facto el «porrete» lejos de los superiores.

–¡Soldado! –rebuznó el suboficial.

–¡Sí, mi sargento!

–¡Deje lo que está haciendo y lleve este petate de ropa limpia a la casa del comandante!

–¡A sus órdenes!

Encima a casa del oficial que me había privado de salir de putas. Obligándome a cascármela en la litera muchas más tristes noches de las recomendables. Para colmo, encima, tenía que llevarle la ropa a ese desgraciado. Encima, tenía que darle la satisfacción de que me vea llevarle los calzoncillos limpios al gordo seboso ese. Encima que pesa la jodida mierda esta. Y es que, encima, cualquier día se me pone encima y me da por culo; si es que en el ejército cuando el tema es joderte nunca se cansan. Allí estaba yo frente a la casa del botarate ese, llamando a la puerta, cuando una voz femenina me invita a entrar: -«Adelante, está abierto»-. Pasé el hall y al fondo de un largo pasillo se vislumbraba de nuevo la voz: -«Déjalo aquí en la cocina, acércate»-. Tímidamente me acerqué hasta la cocina y me encontré con la parienta, ¡y joder cómo estaba la niña! Supuse que sería de esas mujeres que les ponen los uniformes porque no me explicaba que semejante aborto, como era el oficial, pudiera montarse una hembra tan imponente. Una morena andaluza de enorme boca, ojos azules, pelo larguísimo y negro, camisa negra pelín desabrochada para locura del que les escribe, que dejaba entrever unas lolas de campeonato; y, por si fuera poco, unas mallas negras ajustadísimas que le hacían un culazo que dejaría a la Jennifer López a la altura del betún... y, yo encima, con un «globo» aún de olimpiadas romanas.

-Hola, guapo -dijo cariñosa-. Déjalo ahí mismo. ¿Quieres un vaso de agua?

-Sí, señora, hace mucho calor para esta época del año y estoy sudando, aunque no quiero molestar -acerté a contestar con ganas de salir de ahí pitando porque la «maritxu» me pone muy cachondo y, ahora mismo, era una cerilla en un polvorín.

-Sírrete de esa jarra con hielos que está encima de la mesa -dijo sin darse la vuelta del fregadero; y es que desde que entré seguía jabonando una buena pila de platos y cacerolas-. Yo aún tengo para un rato aquí. Han venido los amigotes de mi marido y han comido de lo lindo, y claro, luego toca limpiarlo a la chacha de su mujer -suspiró con resignación.

Me senté y me serví un vaso de agua bien fría mientras observaba el pandero de la mujer moverse tarareando una canción. Me tragué de un sorbo el primero y me serví otro, el cual siguió los pasos del anterior, y me serví de nuevo un tercero. Ella me preguntó sin darse la vuelta y moviendo más y más la retaguardia, o eso me parecía a mí de lo flipado que estaba. ¡Vamos, que tenía la braguita a punto de reventar!

-Dime, nene guapo, ¿se te está haciendo duro el servicio a la patria?

Debió de darme el sentimiento patrio ya que salté como un resorte de la silla. Agarré como un animal sus caderas, bajando de cuajo las mallas, y descubriendo ante mí un culo duro y redondo como le gustan al «nene». Y es que las drogas y las mujeres son combinaciones letales. ¡Puedo dar fe!

-¡AH! -gritó-. ¡Nene, que te vas a meter en un lío muy gordo!

-¡Dispéñseme, señora, solo quiero que sienta dentro de usted lo «duro» que es para mí estar aquí, y lo gordo que le voy a meter ahora es un lío que, sin duda, merece la pena pasar! -amenacé pegando mi hinchado «lingam» a su trasero.

Al instante, vi en la encimera una botella de aceite de oliva virgen extra. Y mientras la agarraba fuerte con una mano para no dejar escapar mi presa con la otra impregné bien los dedos con el líquido. Automáticamente, introduje tres dedos en su ano con decisión.

–¡Estás más loco de lo que creía! ¡Por favor, para ya y no diré nada a nadie! –insistía en que me detuviera.

–Espere que lo piense un momento –respondí.

Sin dilación saqué los dedos, rugió de mis entrañas el «dragón» a tomar aire y la penetré brutalmente.

–¡Ahhh...! ¡Ahhhhh...!!! ¡Neneeeee...!!!

–Pues veré, como ya se puede imaginar, creo que va a ser que no. Está usted siendo sodomizada, ¡porque, qué hostias, ha nacido para que le rompan el culo!

–¡Serás cabrón!!! ¡A nadie he permitido esto! ¡Sácala de una vez o te espera la cárcel militar!

–Espere que lo piense otro momento –fingí meditar un segundo y empujé mi pene más duro, y más adentro, mientras abofeteaba violentamente sus nalgas.

–¡¿Has perdido la razón, nene?! ¡Para...!!!

–¿Quieres que pare? ¿O quieres que me corra dentro de ti? – cuestioné.

–¡NO! ¡Ya termina dentro, maldito malnacido! –suplicó.

Era la forma que esa zorrita confesaba lo satisfecha que se sentía.

–¡Muy bien, puta!!! ¡Es hora de izar la bandera!

–¡Sí! ¡Sí...! ¡Dámelo, cabrón! ¡No dejes nada fuera! ¡Conquista la tierra virgen en donde nadie ha estado!

–¡Ahhh! ¡Ahhhhh...!!! –grité de gozo dentro de ella.

Fue una corrida antológica; digna de un desvirgamiento anal como mandan los cánones.

-¡Ay, sí, nene! ¡Ay, sí! -gemía complacida.

Durante unos segundos nos quedamos quietos, sudando la gota gorda yo encima de ella y, poco a poco, salí de ella. Me subí los pantalones y me excusé. Reflexionaba, ya por aquel entonces, que una camisa de fuerza era el uniforme que mejor me quedaría, ¿qué demonios intentaba demostrar? Al final acerté a decir:

-Debo marcharme, estoy arrestado y de guardia -dije mientras me disponía a irme-. Gracias por el agua. Me ha refrescado.

-Un momento, nene -me reclamó.

-¿Sí, señora?

-¿Mañana sigues arrestado? -preguntó.

-En efecto -respondí, desconsoladamente.

Ella se puso de nuevo las mallas, se acicaló el pelo y, pasándose la mano por la frente, dijo sonriendo:

-Mañana pediré que me traigas más ropa. ´

Acabé mi relato. El barbudo bonachón de mi doctor se quedó callado con los dedos entrecruzados. Pensando. ¿Qué pasaría por su cabeza? Seguro que piensa que soy un gilipollas que escribe sus absurdas hazañas sexuales en un más absurdo *Diario*. Donde cada follada, mamada o enculada no era más que otra estrella que sumar a mi «uniforme de militar». Por hacer una analogía, vamos. ¡Qué patético soy! Como olvidando todo lo que le había contado, empezó a recetarme lo que debía seguir tomando en el futuro. Esperaba que se diera prisa porque me estaba meando como un buey y deseaba tomar las de Villadiego ya.

-Recuerda mjuchacho: Cymbalta de 60mg y Zyprexa de 10mg por las mañanas. Y, a la noche, otra Zyprexa de 10mg y un Noctamid de 2mg.

-Pero, ¿y lo que acabo de contarle? -dije irritado.

Supongo que por, aparentemente, no provocarle ninguna reacción visible en él. La indiferencia me mata.

-Una historia muy excitante, sin duda.

-¿Le parece excitante? -pregunté lleno de tonta vanidad.

-Sí, claro, para ti, sobre todo.

-Es que vaya morenaza...

-No -me interrumpió-, no por la mujer. La mujer no es lo interesante ahí. Es la simbología, muchacho.

-¿Simbología? ¿A qué rayos se refiere? Me he perdido.

-La simbología representada en esa mujer. Esposa de un oficial. En el fondo no te estas «follando» a la mujer. Lo que realmente te excita es lo que representa esa fémina al ser quien es. Lo que toda tu vida has deseado hacer y nunca te atreves; excepto, en el sexo.

-Ya, ¿y qué narices me estoy pasando por la piedra entonces? -interrogué deseoso.

El doctor Castaños abrió los ojos y me miró. No pudo reprimir una risilla. Me hizo gracia. Supongo que no se aguantó. ¿Qué era lo que realmente me la ponía dura según él? ¿Lo que ese día me pasé por la piedra? Y, a modo de sentencia, mientras terminaba de sellar mis recetas, me lo soltó por fin:

-La autoridad.



LA TURISTA

«No se puede contemplar sin pasión. Quien contempla desapasionadamente, no contempla».

Jose Luis Borges

Un domingo de agradable invierno en la villa paseaba con la fresca, pero no fría, brisa de una tarde que moría. Caminaba lento. Lento, muy lento, la vida es mucho mejor. Aprendí que despacio se llega a todo, y rápido a nada. Absorto en mis pensamientos, analizaba las últimas sesiones con mi admiradísimo psiquiatra. Toda la vida, incluso mis padres desde crío, me han llamado egoísta. Me lo he terminado casi creyendo. Pero elegir mi propio camino, tengo dudas de que lo sea. Tal vez, egoísta sea más bien el que pretende agradar a todos en pos de objetivos propios, y eso es mirar el beneficio individual de cada uno.

De todas maneras, siempre intento no tomar muy en serio mis reflexiones.

Creo que el ego siempre me engaña y va a donde a él le interesa. Soy un deseo con patas. Seguro que me reencarné en ser humano

porque anhelaba algo, pero una vez conseguido mi objetivo, el ego ya se encarga de buscarme otro deseo diferente. Así es el bucle eterno.

En conclusión, tan egoísta es el que intenta agradar a todo el mundo, como el que elige su «propio camino». Ambos desean lo mismo, pero siguen diferentes tácticas. Al final, cuando quiero parar mi mente en un caso de estos sin solución, me repito un mantra que es la polla en vinagre y reza así: «a nadie le importa»; y eso se convierte en una liberación. Total, si los demás están en otra parte, mejor ocuparse de uno mismo.

Menos mal que para arreglar lo que quedaba de día, en la terraza de un bar cerca del Guggenheim, fijé mi vista en una mujer absorta en su lectura, sola, de pelo caoba, media melena lisa a capas con volumen, brillante y limpia; bien arreglada, sin pasarse, con un aire de intelectual liberal y bohemia, ya en la madurez de su vida seguía con cierto aire juvenil irresistible. Para los que nos chifla las mujeres fuera de las normas que marcan la moda.

Me acerqué a ella, tenía ganas de un zumito de cebada, y si era con una chica jamona, mejor que mejor.

–¿Puedo acompañarte? Hace una tarde genial para tomar algo con un perfecto desconocido, ¿verdad? –sugerí con una sonrisa.

Ella me miró con cara de haba, con su camiseta negra sugerentemente abrochada; a la niña le gustaba dejar entrever el «tetamen». ¡Qué caramba! Eso me gustó. Joder, la cosa prometía.

–Claro –dijo apartando de nuevo la vista y fijándose de nuevo en su novelita barata–. Aunque me voy en un rato. Mi bus sale en una hora.

–Tiempo suficiente para una charla espontánea y de fácil olvido –indiqué–. ¿No eres de aquí verdad?

–¡Jodo!, pues no –dijo secamente–. Vengo cada cierto tiempo. Tengo una relación aquí. Bueno, más bien es un «rollete» –aventuró a explicarme mientras se colocaba esas gafas verdes de diseño que llevaba, ¡y que piden a gritos una eyaculación en pleno rostro!

Pensaba en esa travesura divertido y recordaba aquel dicho de Samuel Beckett de que «todos nacemos locos, y que algunos para siempre». Yo debía estar en el segundo grupo. Por fin había tenido ya cita con el loquero, hacía unos días. Me había recetado unas «pirulas» con la continuación y seguimiento de terapia con Sol, que, por cierto, ya os había comentado que también estaba buena y quería jodérmela.

–¿Y dónde está el susodicho?

–Pues me ha dejado tirada para irse con sus amigotes de cena –respondió dolida–. ¡Jodo!, encima que vengo casi cada solsticio desde Zaragoza, es incapaz de atenderme como mujer –ironizó con cierta ira contenida, y yo casi hasta sentí compasión.

Se levantó excusándose para ir al baño y aluciné con los *leggings* negros, que le marcaban culazo, y unas botas altas marrones que me elevaron la temperatura corporal hasta el nivel del Popocatépetl en erupción. La veía alejarse para ir al excusado y me fijé en que estaba leyendo «Portero de noche» de Liliana Cavani. Aquello actuó como un resorte en mí, igual que una bomba del catorce. Estaba claro que el batracio de su amante no le daba lo que merecía, que gustaba de emociones fuertes, y fui tras sus pasos.

Entré en el lavabo de señoras. No había nadie. Solo ella que me miraba en silencio. La cogí de la mano con decisión y nos metimos en una de las cabinas individuales. Este tipo de acciones «violentas» siempre me ha dado un gran placer. Supongo que la violencia es innata en el ser humano por el gozo inmediato que

otorga. La agresión contra el trato educativo con nuestro prójimo me es agradable. Es como si todo el humo existencial se disipara. La decisión de ver las cosas como son. Un hombre mostrando su sexualidad ante una mujer que desea romper esas reglas establecidas, que tomamos como reales, y no son más que nubes que impiden ver el sol. Nos meten desde pequeños un montón de sentimientos artificiales, y los tomamos como si viniéramos con ellos. No conozco ningún ser vivo, aparte del ser humano, con sentimientos como vergüenza, culpa, odio... mis gatos no conocen de esas energías tan negativas. Solo pretenden comer, dormir, contemplar y actuar.

La vida es así de sencilla; ellos sí que son maestros espirituales.

–Mira, nena, ¡soy un patriota!, y no quiero que te vayas de mi ciudad con «hambre». Si ese anormal no sabe satisfacerte, yo te voy a dejar opíparamente saciada –saqué mi *lingam* ya más duro que un disco de *Manowar* y ella sin quitarse esas gafas de zorrита sedienta, tras su sorpresa inicial, lo engulló complacida-. ¡Muy bien!!! ¡Qué lengua tienes! – refrescaba su fuego interior con lo que el calzonazos de su amante no la había dejado apagar; calmaba su «sed» de hombre.

¡Joder, qué banquetazo se daba! La muy lista iba de seria pero ante un buen argumento varonil se transformaba, y yo sabía que haría lo que quisiera.

–Quiero que me sodomices –rogó– quiero irme a mi ciudad con el culo roto, ¡pero feliz!

Y, como yo soy muy cristiano, porque como decía Jesús: «En verdad, en verdad os digo que más satisfacción hay en dar que en recibir», bajé violentamente sus apretados *leggings* negros, sin quitar las botas, y la complací penetrándola. Secamente. Sin

prolegómenos. ¿Quería enculada? ¿Quería sentir intensamente? ¿Quería irse feliz? Pues toma «Nirvana falócrata».

–¡Ahhh...!!! ¡Bestia!!! –aulló la bohemia intelectual mientras yo goteaba de sudor sobre su espalda. Me había convertido en una máquina de follar, y no podía más que entrar y entrar en su durito culo, que cada vez cedía y cedía más–. ¡Espera! ¡Espera! ¡Más despacio!!! –pedía clemencia la extranjera.

–¡Aquí no se espera a nada! ¡Aquí se abre y se penetra! –ya no era yo o, tal vez, era yo de verdad; el que tenemos todos escondido y nos asusta cuando sale.

Salí tan violentamente de ella como había entrado. Agarré su pelo que ya no era liso de peluquería sino ondulado del propio sudor de la jodienda. La volteé hacia mí y le ordené que me mirara

–Ahora me voy a correr en tus gafas de niña bien.

¡Cómo me ponía eso! Ella me miró absorta. Nada hacía falta decir. Solo deseaba más que la regara con mi semen; con mi «chi vital»

–¡Nenaaa! ¡Toma tu cuajada con «label»!!! –vociferé loco de placer ante la corrida y el orgasmo que le regalé, ya que ella, lista que era, se estuvo tocando también.

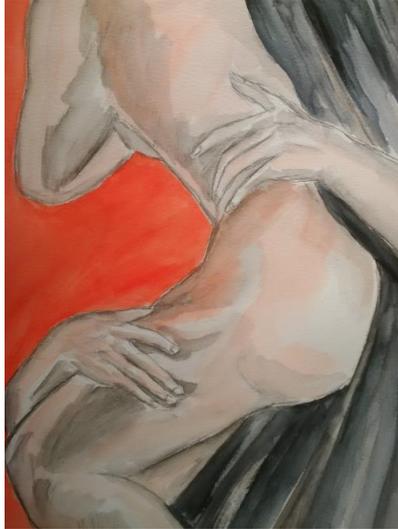
Satisfecha, y carcajeándose, embadurnó bien su rostro. Y, yo, jadeando, intentaba coger aire a bocanadas para recuperar el resuello perdido.

–¡Ay, sí! –dijo agradecida–. ¡Jodo! Ahora, sí que me voy gozosa.

Con la satisfacción de haber cumplido con mi responsabilidad, me ajusté la ropa. Aquel encuentro fue más «bomba» que la de Nagasaki. Con el deber de dejar bien, excelentemente diría yo, como no podía ser de otro modo, mi país y mi «bandera».

Un sacrificio que había merecida la pena y, acertadamente, como quien dice amén; me atreví a señalar:

-Otra turista satisfecha...



EL ALBORNOZ

«Si así fue, así pudo ser; si así fuera, así podría ser; pero como no es, no es. Es cuestión de lógica»

Lewis Carroll

Tengo un amigo. Gay para más señas. Me gusta estar con él. Supongo que porque mi corazón se relaja y mi pito ni te cuento. Este colega, Narciso de nombre, siempre me ha echado los tejos. Presumo que por la excitación humana de lo inalcanzable que idealizamos; porque queda en un bonito sueño y ya está. En la mente todo es perfecto. En el universo de la imaginación. Estaba en su casa charlando. *Papitxuli*, que es como le llamaba, era un chico que rozaba la treintena, moreno, estatura media, ojos grandes y verdes, y guapo, por qué no decirlo. Le gustaban las conversaciones esotéricas y dualistas y, bueno, yo que soy un ser más bien básico creo que nunca pasé del chakra raíz.

–Opino que somos como niños –disertaba él mientras nos tomábamos un *Yogui Tea* en el *leaving* de su casa–, como niños que se pelean por ver a quién quiere más Dios. Como los hermanos que se pelean de forma inconsciente para ganar la

atención de su padre. Compitiendo por su aprobación. ¿No te parece?

–Me parece que existe otro grupo –repliqué–. Un grupo de personas a las que no les importa si Dios les quiere o no, y solo desean jugar y divertirse. Yo siento que pertenezco a ese grupo.

–Eres un inmaduro emocional. Lo sabes, ¿verdad?

–Siempre me dices eso cuando te echo al traste tus reflexiones.

–Necesitas encontrar tu yo más interior. Autoconocimiento. Te escondes tras un personaje que no eres tú y además te hace sufrir. Ya sé que vas al psicólogo, pero un maestro espiritual te haría bien.

–Querido Narciso, los maestros espirituales no existen –sentencié.

–¿Perdona? –preguntó incrédulo ante mi afirmación.

–Lo que oyes. Aparte de que son palabras incompatibles, como «inteligencia militar», «envidia sana», «guerra santa», etc. Si entendemos espiritualidad como algo libre y sin dogma; un maestro siempre es un rol y una autoridad. No casan.

–De veras que no puedo contigo. Si sintieras «la verdad» que solo se halla en el autoconocimiento... Una vida sin la búsqueda de uno mismo es una vida desperdiciada –insistía mi querido *Papitxuli*.

–No quiero polemizar –mentí maquiavélicamente. ¡Por supuesto que quería polemizar! Me causa mucho placer escandalizar a estos «guerreros de la luz» de las narices –pero cada vez que tienes ocasión me sueltas un montón de teorías espirituales enlatadas, que ya me sé, sobre lo vivo y lo divino. Repites como un loro lo que libros baratos de autoayuda proclaman a gente hipersensible como vos. ¿No crees que ya es hora de pasar página y ser tú tu único referente? De todas maneras, qué pollas, hay algo en lo que tienes razón.

–¿En qué?

Y es que estaba deseoso de que le diera la razón en algo, antes de que le irritara para todo el resto del día.

-Mi vida. Mi vida está vacía. Tengo casi cuarenta tacos y soy un verdadero mierda. Adicto al sexo. Veo a las mujeres como objetos de placer. Incapaz de compartir nada con nadie, y siento que compartir es la única salvación posible.

-Yo... yo no sabía que te conocieras tan bien -suspiró tan sorprendido de mi franqueza; me pareció que fue un tortazo en toda su cara-. ¿No crees que eres demasiado duro contigo?

-No, no lo creo. Mi personalidad me provoca mucho sufrimiento. Cada vez que eyaculo con una mujer, por la que nada siento, me dan ganas de llorar. Luego me entra ira y, finalmente, acabo deseando no vivir; no existir. Y todo se reduce a que yo no me quiero. Busco en el exterior, en la carne, en el deseo femenino, lo que debería buscar, como dices, en mi interior, pero para eso no me hace falta ningún gurú. Todos sabemos de dónde cojeamos. No me gusta la gente que se cree mejor porque se va a cantar mantras o a hacer talleres de *chi-kung*, o cualquier otra cosa.

-Pues opino que te vendría bien. Sigo insistiendo en que deberías venir conmigo alguna vez. El ego hay que matarlo. Todos los maestros...

-¡Y dale con los maestros! ¡Qué espanto! La «muerte» es quitarse el disfraz del que creemos que somos y enfrentarnos a nuestra esencia verdadera. Ese abismo que tanto miedo nos da. No el que aquí está hablando. No tu personaje ni el mío. ¡El otro! ¡El que nos aterrará! ¡Ese! ¿O es que te crees que eres tú y no tu ego el que me está hablando?

-Ya, pero tú antes hablaste de compartir...

-Sí. Hay dos verdades. El mundo material y el inmaterial. Y si estamos en el material es porque no estamos preparados para el inmaterial.

-¿Por qué no? -interrogó cada vez más interesado.

-Porque para eso hay que compartir. Compartir hasta que el concepto de compartir se diluya y ni exista. Que sea porque sí. Entonces llegaremos al lugar donde todo es de todos y nada nos pertenece.

-Ehmmm..., ¿has tomado algo?

-Pues sí -confesé-. ¡Un par de cogollos antes de venir! ¡Jajajaja...!

-¡Serás cabrón! ¡No era normal tanta lucidez amorosa en ti!
¡Maldito bastardo!!!

-¡Jajajajaja...!!!

Mi amigo se levantó y se fue al baño. Me expresó que deseaba ducharse. Cerré los ojos y ahí estaban. Infinitos «mandalas» flotando en el éter. ¡Qué lugar tan hermoso! Ojalá pudiera quedarme allí para siempre. Era feliz. Momentos de abandonar mi voluntad. Creo que eso es. Abandonar mi propia voluntad. Puede que esa sea la lección más importante. Hay otra «voluntad superior» que sabe perfectamente lo que necesito en todo momento. *Papitxuli*, ese buen hombre de Dios, entró tras su ducha con un albornoz. Llevaba estampados los dibujos de los osos amorosos. Ahí estaban: *Sueñosito, Deseosito, Amorosita...* ¡Válgame el cielo! ¡Me sabía el nombre de todos! Se sentó de nuevo y sacó una bolsa cuyo interior me ofreció.

-¿Qué es?

-*Psilocybe semilanceata*.

-¿Perdón? ¿Y eso qué hostias es? Mi ignorancia, ya sabes, es infinita.

-*Monguis*.

-¿No es una seta alucinógena?

-Sí. Vas a volar; o, mejor dicho, vamos a volar los dos. Es un psicotrópico -me corrigió mientras engullía un puñado y yo daba cuenta de otros cuantos.

En ese instante, con aquella mezcla, era consciente de que el tortazo podía ser de alivio.

–Y dime, amigo, ¿tus ligues qué tal te la chupan? –preguntó a bocajarro; ya se me estaba poniendo tierno el chico.

–¡Qué rábanos! No empieces por favor...

–Nadie mejor que un hombre para una felación. ¡Sabemos perfectamente cómo nos gusta! ¡No tenemos competencia! ¡Asúmelo! –exclamó sacando pecho, orgulloso, Narcisito.

–Me flipa cómo pasas de lo espiritual a lo más básico, pero de este tema ya hemos hablado. No quiero tu boca en mi dragón.

–Eso es porque no te abres a la vida. Sabes perfectamente que todo hombre lleva una parte gay dentro porque bla, bla y bla.

Ya no escuchaba. Solo le veía gesticular y mover la boca esforzándose, por enésima vez, en las bondades de las relaciones homosexuales. Mi atención no estaba allí. Hilos de energía blancos llenaban la sala. Sentí agudizarse mis sentidos. El coctel *marihuana-mongui* estaba siendo pura dinamita. Empecé a sentirme muy cachondo. ¿Qué daño me haría que me la comiera un poco? ¡Qué cojones! Le haría feliz y yo, yo, pues eso. Me incorporé. Los hilos de energía blancos se tornaron amarillos. Le cerré los labios con mi mano.

–Por favor, cállate. Quiero presentarte a mi feroz «ego». Ese de quien vos tanto hablas.

Bajándome la cremallera, mi pene, como un caballero medieval con su lanza preparada, apuntaba a su boca. A *Papitxuli* se le dilataron aún más sus pupilas. Sin esperar a que me arrepintiera, de un bocado tragó a mi caballero andante entero con su lanza, escudo y armadura bien dura.

-Eres una buena putita. Tus maestros espirituales, esos de los que hablas, te han enseñado bien.

-¡Qué polla más rica tienes! -degustaba satisfecho, y feliz, mientras los hilos amarillos se volvían ahora verdes y se multiplicaban por miles.

-Sigue zorrita... ¡Creo que te vas a llevar el premio gordo!

Mi amigo maricón estaba en lo cierto. Un tío sabe chuparla mejor que casi cualquier mujer que hubiera conocido. Los hilos verdes ahora ya eran rojos. Al poco cambiaron a azules y, finalmente, a un lila intenso.

-¡Quiero recordar tu sabor! -ordenó.

Como en un atentado exploté en su garganta. Los miles de hilos eyacularon en un *big-bang* de millones de infinitos colores conocidos y desconocidos.

Recuperando la respiración. Repitiéndome que debía «aterrizar», volví al planeta terrenal como pude. Y tras retirar a mi «caballero medieval» de su destino y guardarlo de la batalla como pude en mis abanderados musité un «tengo que irme». Agarré mi chaqueta vaquera mientras *Papitxuli* seguía sentado con la cabeza apoyada y la boca medio abierta como buscando aire; replicó con un poco convincente «espera, no te vayas aún». Sin dilación, volví a excusarme y salí de su casa buscando el aire fresco de la noche. Decidí, es un decir, pasear por la ría, pero mis piernas y mi voluntad no me obedecían y me posé en el verde que hay cerca del Guggenheim. Era una noche estrellada; tan estrellada como puede ser en una ciudad como Bilbao y con la luna creciente sonriendo. Aunque más bien parecía que se reía de mí. Entonces apareció. Allí estaba. El gato *Risón* de Alicia en el País de las Maravillas. Carcajeándose de mí. De mi vida. De mi vacío existencial. En

definitiva, de lo gilipollas integral que era. Y entonces me habló el muy cabrón.

-Estás loco, ¡y es muy divertido!

-Yo...yo no estoy loco.

-¡Claro que lo estás! O si no, ¿qué haces hablando con un gato en el cielo?

-¡Jajajajaja...! ¡Es verdad! ¡Estoy loco!

-¡Reloco! -apuntó.

-¡Recontraloco! -corregí.

-¡Loquísimo!

-¡Como una regadera! -me lloraban los ojos de reírme, bañando de lágrimas mi rostro- ¡Miauuuu...!!!

-Esteeee, che... ¡miauuuu...!!!

-¡Huy!

-¡Es que soy un gato argentiiniino!

-¡Jajajajaja...!

Me dolía la barriga de tantas convulsiones de felicidad, y risotadas enloquecidas, hasta que una voz femenina me sacó de mi trance.

-Cariño... -escuché como un hilillo de voz en la lejanía y, sin embargo, ella estaba cerca de mí.

Era Ainhoa. Mi amiga *txirrindulari*.

-¿Eh? ¿Qué cojones? -aventuré a decir lloroso de gozo.

-¿Estás bien? -interrogó mi amiga ciclista de guantes olvidados.

-Mejor que nunca...

-Creo que mejor te llevo a casa. No imaginas el *show* que estas montando en el paseo. La gente te está mirando. Alguien llamará a

la policía o una ambulancia. Como yo te veo, si te hacen algún análisis de sangre, puedes tener problemas y, lo que es peor, ganarte una multa por altercado público con todo merecimiento.

-Sí, creo que es lo mejor -acerté a decir en un momento de lucidez.

Me ayudó a levantarme y apoyándome en ella pude caminar muy lento, pero sin pausa, allí donde mis locuras no fueran escarnio ni juicio de opiniones públicas. A la soledad de mi casa y mi habitación. Respiraba lento, intentando llevar mi concentración a mi estómago, para así controlar de alguna forma el fuego desbordado de mi ser. Entonces recordé algo y en un susurro casi imperceptible exhalé.

-*Tiernosito*.

-¿*Tiernosito*? -cuestionó mi providencial amiga-. ¿Quién es?

-Mi *Care Bear* favorito.



GUERRA



SUERTE

«Sólo los verdaderamente apasionados pueden ser verdaderamente fríos».

José Bergamín

A veces, las insípidas y encogidas tardes de invierno son deliciosas por el consecuente polvo a la casada de turno. Beneficiarte a una mujer con pareja es una experiencia liberadora. Tienes todos los derechos y ninguna obligación; el mejor sexo. Y si es en su casa, y en su cama, el placer se triplica. Además, es mi naturaleza ser así. Soy incapaz de tener pareja. Me dejan porque soy libre. Pero me da igual. Puede que no sea el marido de nadie, pero sí el amante de muchas. Amo a todas y, a la vez, a ninguna. Tal vez, sea una reflexión ególatra. Pero, lo importante en esta vida es respetar las mentiras de los demás. Y esta es la mía. Una mentira divertida para mí y, en este caso, compartida con la esposa de vete a saber quién.

–¡Ay, *amore!* –gozaba la infiel–. ¡Cómo te extrañé! ¡Sigue! No pares. Me voy a correr otra vez –un éxtasis que se tornaba eterno; yo sobre ella, poseyéndola como un toro, su dorado pelo larguísimo y

ondulado, sus ojos verdes brillantes que cegaban de tantos orgasmos, busto firme y sonrosado; caderas anchas y fuertes, que me atrapaban con sus piernas, temerosa, tal vez, de que se fuera de repente el hombre que la cubría poderoso.

El celular nos sorprendió molestando nuestro pequeño paraíso.

-Tal vez, debiera coger –señaló, interrumpiendo la magia.

-¡Ni se te ocurra responder, nena! ¡A la porra con él! –bramé-. Solo por insinuarlo, ¡date la vuelta que te voy a fornicar ese culete juguetón!

-¡Ay, sí! ¡Móntame! –y me enseñó la puerta del «reino oscuro».

Y, como es menester en estos casos, usé mi saliva como lubricante, la penetré victorioso y la puse en órbita.

-¡Ahhh! ¡Así me gusta, que entres duro! –chillaba fuera de sí.

El móvil volvió a sonar. Blasfemé y volvió a dar la lata:

-¡Ahhh! *Amore*, tal vez sea algo importante...

-Calla, anda. ¿Qué más importante hay que esto? –respondí celoso de mi sentido falócrata. Egocéntrico que es uno-. Anda, trabaja un poquito y cómemela- ordené con la tranquilidad del que conoce sus «derechos».

-¡Sí, *amore*! ¡Sabes que me encanta chupártela! –se regocijó, y empezó con la faena para descanso momentáneo mío.

Ahora, me tocaba a mí recibir atenciones libidinosas.

De repente, un ruido de llaves en la puerta y esta se abrió ante el estupor de los dos. Como dos resortes, a escape, saltamos de la cama. El inoportuno batracio mantecoso de su marido había vuelto de improviso; nos hizo la Pascua.

Me vestí en tiempo récord y, ella, aterrada, temblaba como un flan.

-¡Cariño, he vuelto! -dijo el marido al otro lado de la casa-. Te he llamado un par de veces para darte la sorpresa, pero no cogías. ¿Estás bien?

-Dile que sí y ponte el camisón para salir a recibirle -murmuré-. Inventa cualquier excusa y que se vaya a duchar.

-¡Amor mío! ¡Ahora salgo a recibirte! -y salió de la habitación obediente a su encuentro.

-¿Qué haces así medio desnuda, cariño? -interrogó sorprendido.

-¡Ay! Mira que caliente estoy... ¿Por qué no te duchas y luego vamos a la habitación?, y ahí te doy unos «besitos amorosos» ya sabes dónde... -propuso juguetona.

-¿De veras? -feliz, de sorpresa, dijo el pobre cornudo-. ¡Hace tanto ya de eso! ¡Desde que éramos novios!

-Ay, amor, he sido un poco fría, lo reconozco. Ve raudo a la ducha que tengo hambre de ti -respondió la manipuladora, y en menos de un segundo ya estaba escuchando caer el agua caliente sobre la cornamenta del feliz infeliz.

Pausadamente, y sin hacer ruido, me dirigí a la puerta de salida. Resoplando, la niña vino a despedirse segura ya de que el brete había pasado. Sin embargo, el peligro excita, y mucho. Así que me negué aún a huir. Ya volvía mi adicción por el peligro. Mi loquero, tras unos días de terapia, me había diagnosticado un cuadro obsesivo compulsivo, donde todo ese caos excitante no era más que un control desmedido que deseaba poseer. Lo único que deseaba era atención y amor.

Siempre dije que era un romántico incomprendido.

Me recetó para mi ansiedad unos antidepresivos y antipsicóticos de traca valenciana que me dejaban baldado físicamente, pero parecía que mi mente era más fuerte y, esa química en mi sangre, no era suficiente para aplacarme. Recuerdo aquello que decía Jacinto Benavente de que: «si la gente oyera nuestros

pensamientos todos acabaríamos encerrados». Esa reflexión me enternecía. Tal vez, quién sabe, no me diferenciaba tanto del resto del mundo.

La nena ligera de cascos, con un grito ahogado, me sacó de mi filosofía barata.

-¿Estás loco, *amore*?! ¡Va a salir en cualquier momento! -me rogó asustada.

-¡Qué narices, antes me tienes que acabar satisfaciendo! -ordené-.
¡Termina con el «rifle» ahora! ¡Tengo el polvorín lleno!

Y, como no tenía muchas más opciones que doblegarse ante mi chantaje, se arrodilló y mi latente pene recibió su reclamada recompensa.

-¡Ahhh! ¡Así, nena! ¡Date prisa! -gemía contenido de placer.

La niña se esforzaba en friccionar labialmente todo lo fuerte que podía la seta de mi dragoncito en llamas.

-¡Cariño! ¡Salgo en seguida...yuhúúú!!! -cantaba feliz el esposo.

Al oír al tonto del culo de su marido, la muy zorrita me tragó entero y tan intenso, que ya no pude evitar que conociera a todos mis millones de hijos de un solo golpe.

-¡Lame todo! ¡Deja limpia la huella del delito!

-¡Mmmmm...! -engulló obedientemente, sabedora de que no estaba en condiciones de negociar.

Satisfecho y feliz guardé mi «Buda» en su cueva. Me dispuse a marcharme. Ella me miraba con intensidad, pasándose la mano por la boca, limpiando cualquier resquicio de pruebas en sus labios pecadores.

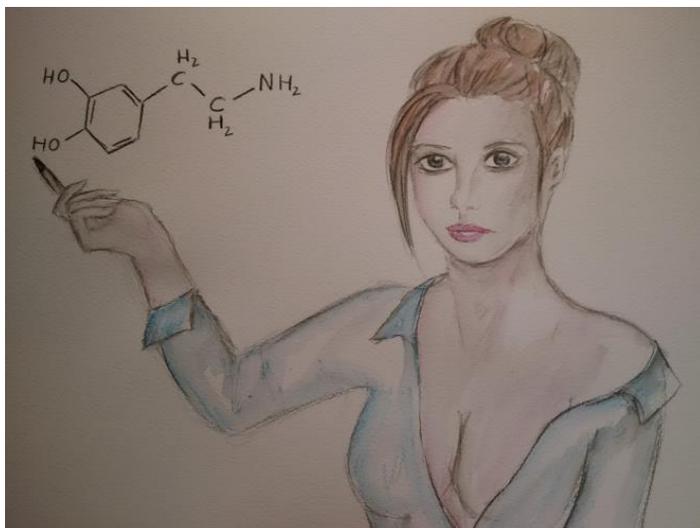
Esa tarde invernal el «amor» ya se había acabado para mí.

Un día afortunado, y suertudo, de los que me enamoran y por los que merece la pena vivir.

Dice mi loquero que mi alteración conductual y la dificultad de mi propio control impulsivo me pueden meter en problemas, como ha sido en el pasado. Estados importantes de ansiedad que influyen en mi ánimo, con sus trastornos de sueño y en el apetito. Conflictos importantes en el estado afectivo. Vamos, que tengo un cuadro de coger con pinzas; muy tocado del ala. Un trastorno adaptativo con emociones y conducta. Si no fuera por el sexo, que llena esta mierda de vida existencial que llevo, me suicidaría.

–¡Vete ya, *amore*, por favor! –rogó inquieta, sacándome de mi mismidad pensativa.

–Sí, nena, ya emigro –concedí, finalmente, con un guiño juguetón– Te deseo una bonita y romántica velada.



EXAMEN

«Los niños adivinan qué personas los aman. Es un don natural que con el tiempo se pierde»

Charles Paul de Kock

Llevo de nuevo mi *Diario* al especialista que me atiende. Me dice que todo viene de la infancia y mi obsesión por el sexo solo es una forma de querer ser querido. Supongo que doy amor a través de mi pene y por eso lo intento con todas las mujeres, de toda clase y condición. Todas quiero que me quieran y me atiendan, porque según mi «loquero» me sentí abandonado en mi infancia. Decido entonces, como dije, llevar nuevamente el *Diario* a la consulta, y le leo una de las primeras historias que escribí. Poner en papel todo esto me sirve como terapia. Sacar mis demonios me da luz curativa. Y es que después de cada encuentro sexual, y ya sé que me repito, siempre he sentido un gran vacío existencial, tristeza, ira y, al final decepción; muchas veces acabando en llanto mi soledad vivencial. Mi psiquiatra me dice que adelante; empiezo la lectura:

Decido contarle una historia de mi adolescencia sobre un examen suspendido.

‘Cierro la puerta tras de mí. Tiene mi examen entre las manos mientras la observo sentada. No digo nada y directamente rodeo la mesa. El silencio es parte de nuestra comunicación. Durante un instante permanecemos inmóviles, de pie yo y ella recostada. De forma pausada, casi vaga, me bajo la cremallera, saco mi pene flácido con una mano y con la otra, como una coreografía repetida y conocida por ambos, cojo la parte trasera de su cabeza y la empujo contra mi bragueta sin la menor resistencia. Carburante al buche. Así permanecemos durante unos minutos, sin movimiento alguno, en silencio intenso. Sintiendo el calor de su boca mi sexo empieza a agrandarse, bien gordinflón. Ella mueve su lengua circularmente, con lentos vaivenes, sin que en ningún momento saque un solo milímetro de su paladar, con mi «lingam» cada vez más grande y excitado.

No me mete prisa. Lo hace tan bien que, confieso, se me derriten hasta las uñas.

Pasados unos minutos, sigue en su sillón, donde poderosa decide los destinos de los estudiantes. Abraza con sus manos mis glúteos rodeándolos. Primero despacio. Más tarde con empujones fuertes y agresivos hacia ella. Penetrando más y más profundo en su gaznate. ¡Qué arte! ¡Me va a ventilar en un visto y no visto! Esta mujer, estaba claro, que era de la generación de «Garganta Profunda» ¡Bendita película! Llegado al clímax reprimo el grito. Apretando de forma violenta la cabeza de ella contra mí. Eyaculando toda mi esencia hasta lo más profundo de su ser; aún duro entre los labios de la mujer que en ningún instante me dejó escapar. Si fuera una vampira me dejaría a medio paso de la tumba.

Finalmente, satisfecha y asegurándose de que no quedaría gota de mí, deja respirar mi sexo; aún erguida y soberbia, con su aire

prepotente de profesora inmisericorde. Yo, jadeante y sudoroso, coloco de nuevo dentro del pantalón mi dragoncito que dio su mejor llamarada por la causa. Introduciéndolo como podía entre mis piernas, ya que el tamaño no decaía. Y es que la adolescencia tiene estas cosas. Durante unos segundos más, que parecieron eternos, me di la vuelta, y en silencio, tal y como vine me fui de allí.

Esta vez, sabía que era para siempre.

Afuera, fumando un cigarrillo, estaba mi amigo de correrías juveniles, Narciso, que al verme se acercó con una sonrisa inocente. ¡Aún no sabía que me iba a salir mariquita el muy cabrón!

–¿Cómo ha ido? ¿Has conseguido que te subiera la nota?

–Ha dicho que lo pensará, pero creo que al final me dará ese punto más en Químicas que me falta para graduarme. La verdad, no quiero estar ni un minuto ya en este Instituto –respondí con vaguedad.

Era finales de mayo y la suerte ya estaba echada para todos los estudiantes. No tenía dudas de que el examen estaba aprobado. Ella lo único que deseaba era volver a estar conmigo. Durante todo el curso escolar fuimos amantes y fue divertido. Sin reparos en poner los cuernos a su marido, el profesor de inglés, una gran persona, que me daba cierta pena porque me caía bien, y hacía que una clase tan odiosa para mí como era la lengua de Shakespeare se tornara amena y hasta divertida. Creo que fue ese inglés universal de las letras quien dijo aquello de que «en nuestros locos intentos renunciábamos a lo que somos por lo que esperamos ser». No, la vida no era nada justa con algunas personas, pero tampoco me preocupaba, estaba seguro de que nunca lo sabría. Su mujer no era de esas que entendía el sufrimiento como algo gratuito. Los secretos siempre deben ser secretos; y en mi defensa siempre diré que tampoco tuve muchas otras opciones... Bueno, sí, estudiar, pero es que yo soy de letras. ´

Termino la lectura. El «curalocos» Castaños me pregunta cómo me siento y porqué he decidido contar esa historia y no otra. Sé la respuesta. Soy un manojo de nervios. Le expreso, cabizbajo, que es porque deseo quedar como un triunfador con las mujeres, aunque sea delante de él, que podía haber elegido otra historia, pero me decidí por esta porque necesito constantemente realzar mi masculinidad.

Me sobrecojo mientras lo confieso.

Me dan ganas de llorar, pero no quiero hacerlo delante de él porque yo soy muy «hombre».

Comienza a escribir las recetas que necesito, mi medicación, como siempre que la visita llega a su fin y concluye. Me añade más química, ¡como si ya no tuviera suficiente! Me comenta que las dificultades en área impulsiva, con algunos episodios de descontrol me originan situaciones de alteración conductual con episodios de *heteroagresividad* limitados. ¡Madre, qué léxico usan estos loqueros! E insiste en más medicación. *Orfidal*, para tomar a mediodía, que se suman a los ya cansinos *Zyprexa*, *Cymbalta* y *Noctamid*.

Eso me pone negro y me pregunto: ¿no habrá tratamientos a base de *sugus*?

Las confesiones han terminado por hoy. Saldré de ese lugar como siempre, con lentitud y aullando mi dolor interno; y en el primer banco que encuentre, donde nadie me vea, me sentaré y sollozaré.



SOLEDAD

«Las pasiones son virtudes o defectos exagerados».

Johann W. Goethe

Ni sé cuánto llevaba encima de mí. Me gustaba cómo se movía. Sus cambios de ritmo. Sus gemidos reprimidos. El movimiento de sus senos. El golpe de sus glúteos sobre mí. Su piel de café, su silueta fina y su lacio pelo largo enroscado en una coleta. La cuestionaba si nunca se cansaba de «bailar».

Por aquel entonces yo vivía en un apartamento pequeño. Sin ascensor. Y siempre supe que mi primer piso de soltero iba a ser un picadero. En mi mesilla, de reojo, miraba toda la química que me metía. Mi especialista seguía con el tema del «control» y la infelicidad de que me producía. A veces, en la soledad lloraba y sentía nuevamente la vacuidad de mi vida; e intentaba llenarlo con ese cóctel de *Orfidal*, *Cymbalta* y *Ziprexa*. Una bomba que me dejaba «flipao» casi todo el día y apagaba mi libido. Y eso era peor que una cadena perpetua a galeras. Pero, hoy, me ordené una tregua, y regresé con toda mi atención a mi sexy amiga que me tenía prendido.

-¡Ya llevas una eternidad! -exclamé sorprendido-. ¿Es que no piensas correrte nunca?

-Ya me corrí hace rato. ¿Es que no lo has notado?

-No. ¡Qué leches! ¿En serio? Pues no, no he notado nada. ¿Te rozas bien desde ahí arriba?

-No, no me rozo. Ha sido un orgasmo vaginal, sin más.

-¿Eso existe? -pregunté en mi infinita ignorancia.

Bueno, la verdad es que no sé si existía o no. Lo había leído en una revista de esas para mujeres que tanto me gusta ojear. Yo pensaba y ella seguía con su pecaminosa y rítmica danza. Hasta en el sexo, que es lo que más me gusta, me evado. Seguí disertando por mi mente que hacía más eses que una lagartija. Me parecía raro que no me diera antes una depresión; muchos años antes. La depresión es la última carta que juega nuestro espíritu para no morir en vida. Veo a muchos a mi alrededor que son como «zombis caminantes». Han muerto en consciencia e inconsciencia. Mi ser consciente había muerto y el humo oscuro de la muerte fue por mi inconsciente. Mi inconsciente es como un gato. Un felino que, acorralado ante un invasor y sin escapatoria, salta a los ojos de su enemigo. Mata o muere. Mi lindo y anarquista felino sobrevivió y consiguió resucitar mi consciente. Poder sentir de nuevo ver las cosas tal y como son; como cuando éramos niños y nada juzgábamos. Sin embargo, aún tenía mucho dolor que sanar.

Ahora observaba la dogmática locura de los que me rodean y yo formaba parte. Ni siquiera es casualidad que yo tenga gatos. El gato es independiente y solo te da su amor cuando le apetece. Es un ser auténtico y nada servil como los perros. Saber, alrededor nuestro, quién tiene perro o gato ya nos dice mucho de la persona con la que te relacionas. Aunque la combinación de ambas, nos haga entender que estamos ante una persona sana en su consciente y su inconsciente ¿Tal vez tener un chucho en mi vida pudiera ayudar a cicatrizar las heridas de mi consciente? ¿Cómo

se llevarían con mis amigos felinos? Y ante este dilema, y viaje mental, mi compañera me trae de nuevo a la Madre Tierra con su rotunda respuesta.

-¡Claro que existe! Yo distingo perfectamente entre los dos orgasmos -exclamó muy digna ella.

Me pareció que lo más inteligente era no discrepar. Se bajó de encima con una sonrisa. Cogió mi sexo y empezó a hacerme suyo. Era increíble, cómo con su lengua, conseguía penetrar por las ranuras de mi pene que ni yo sabía que existían. Mi cuerpo se retorció ante tanta feliz invasión externa. Volvía a estar presente y consciente gracias a una generosa felación. En estos maravillosos momentos, es donde se muestra que lo mejor que hacemos en la vida no se estudia en ningún sitio. Sin duda, en una mamada, ¡cómo no!, uno lo puede descubrir: la locura es la luz y el dogma la oscuridad.

-¿Te quieres correr? -sonrió traviesa.

-Sí.

-Pídemelo otra vez.

-¡Sí!, quiero terminar.

-¡Suplícamelo!

-¡Por favor!

Ya no hubo tregua. Siguió y siguió. Sacudí la descarga. Sentí cómo tragaba todo el «yogurt vasco». Como un perdido en un desierto que de repente encuentra un oasis y se sacia. Llevaba ya un rato desde el orgasmo, y ella aún seguía relamiéndose, cuando salió de mi pene. No había rastro de mi esencia de vida. Decididamente, si el Nirvana existe, debe aproximarse mucho a esto.

-¿Has disfrutado? -preguntó deseosa de que le felicite.

-Sí, mucho -admití.

-Me encanta darte placer; tu placer lo hago mío -sentenció complaciente.

Posó su cabeza sobre mi vientre, y nos quedamos dormidos un rato, hasta que el frío nos despertó y nos tapamos. La luz del día siguiente nos despertó. Ella me miró:

-Tengo que hablarte de algo.

-Dime, Felicia -que era como se llamaba la susodicha y aún no lo había dicho.

-Nunca he tenido un orgasmo contigo, los he fingido -confesó.

Hablaba en serio. Curioso, la interrogué:

-¡Qué rayos! Al menos, disfrutarías.

-Fingía más que respiraba. Sin más, lo siento.

Se vistió y se fue. Sin dar más explicaciones. Sin nada más que decir me dejó más chamuscado que una colilla. Había despertado. Me había hecho vivir una mentira; su mentira. Curiosamente, en un principio no me afectó. Me quedé en la cama un buen rato con cara de lelo. Felicia se fue para no volver nunca más. Me incorporé y me fui a dar un paseo. Me senté en un banco del parque a pensar en lo vivo y lo divino. Recibí un mensaje en mi móvil. Una amiga que hacía tiempo que no veía me preguntaba qué tal me iba y si quería comer con ella. La cité en mi casa. Empezaba a tener hambre. Llegó con su melena rubia, su duro y deseable culito latino, su boca enorme de fantasía y con su franca sonrisa. Comimos, y empezamos a hablar. En el lenguaje corporal, que tan bien dominan las mujeres y que tan mal interpretamos los hombres, me expresó su deseo hacia mí.

Yo la dejé hacer.

Me besó. No tardó en bajarme los pantalones y seguir besando mi entrepierna. No me iba a correr, a veces lo sé, y no porque lo hiciera mal; simplemente lo sé y lo acepto. Supongo que es un

tema energético de guardarse un poco de «aliento» vital para uno mismo. Cuando estaba cachonda de mí intentó montarme. Le hacía daño.

-Ponte tú encima, lindo -me rogó-. Hace tanto que no lo hago. Me duele.

-¿Cuándo fue tu última vez?

-Contigo.

-¡Pero si eso fue hace meses!

-Sí, mi lindo.

No me lo creía. Aquello era más raro que toparse con una ballena beoda en el océano. Las mujeres juegan al revés de los hombres. Nosotros comemos una y contamos veinte, como en el parchís. Ellas disfrutan de un centenar, si así lo desean, y cuentan una, o ninguna. Son así de discretas. La penetré poco a poco con movimientos circulares y lentos. Seguía con molestias, pero, aun así, no me pidió que parase. Cuando ya estuve dentro de ella, le hirieron las dos primeras sacudidas. Más tarde, ya solo me pedía que le penetrara más y más impetuosamente. Le di la vuelta y, cuando notó mis oscuras y alteradas intenciones primaverales, se negó.

-Lo reservo, mi lindo, nunca lo he hecho por ahí.

-¿Lo reservas? ¿Para quién? -pregunté curioso.

-Para el amor de mi vida. Para el padre de mis hijos.

Me pareció muy bonito y, a la vez, estúpido. Pero, quién soy yo para juzgar. Así que seguimos follando sin sexo anal. Extasiado de cansancio y sudor, me derrumbé.

-¿No terminas? -interrogó.

-No.

-¿Por qué no?

-No me hace falta, he disfrutado mucho -respondí.

Y era verdad.

Me contó que se iba a arreglar y de fiesta con sus amigas. Yo creo que relacionarse con mucha gente es un error, antes prefiero que me caiga una vaca marina encima. Y es que te quita tiempo de relacionarte con la persona más importante, que es uno mismo. Hay gente que sale de fiesta y hay gente que folla. Yo prefiero alcanzar la iluminación con el sexo que con el celibato. Total, ya que vamos a llegar a la iluminación, queramos o no, al menos que el camino sea divertido.

Ella se vistió, amable y educada, se despidió agradecida.

–Yo no me levanto de aquí ni con una grúa –señalé.

Ella rio. La satisfacía dejarme para el arrastre. Me dio un cálido beso y cerró la puerta. Yo mientras, tirado en el sofá, exhausto, miraba fotos en el ordenador. Observé las imágenes en Internet de una actriz que me excitaba desde la niñez. No voy a confesar cuál es, que luego todo se sabe. Tuve una erección de rinoceronte, nuevamente, y decidí acabar el día pajeándome en soledad. Pondría el pijama perdido. Bueno, ya lo echaría a lavar al día siguiente. Cuando terminé con el «auto-amor», y dejé húmeda mi ropa de casa y mis sábanas, me levanté a por un vaso de agua y tomé el antidepresivo nocturno que tocaba.

Miré el anochecer por la ventana y me encogí de hombros...

En el cajón de la mesilla estaba la cuchilla de afeitar con la que me «acariciaba» las muñecas. Ese día no me haría falta. Demasiado ejercicio me había dejado tan hastiado que esa noche no requeriría de ese servicio «auto-mutilador». Mi mente acompañaba mi cuerpo. Se dieron la mano, gracias a Dios. Una tregua está bien de vez en cuando. Sonreí a mi patética y, a veces,

bella soledad. La gente busca emparejamientos porque es incapaz de aceptar una verdad universal: Va a morir sola.

Busqué entonces, en posición fetal, arroparme con mis reflexiones y con algún resto que me quedara de cariño hacia mí mismo.

Mañana será otro día.



EL SANDWICH

«Por desgracia, uso las cosas según me lo dicta mi pasión».

Pablo Picasso

Arantza estaba más delgada que cuando la conocí. Menos lolas que antaño; aun así, seguían de generoso tamaño para un buen mordisco. Culo firme. Respingón y duro. Llevaba unos ajustados de cuero de imitación para la ocasión. Daba infarto verla. La observaba y su pareja me hablaba de sus últimas experiencias: orgías, sexo en grupo, intercambios, de los que hacían gala orgullosos. Intuía que le excitaba que le escuchasen, lo cual era retroalimentado, ya que siempre fui morbosos con el sexo ajeno.

Decidimos emparedar a su novia rockera. Es que es halagador que a uno le elijan para una tarea tan encomiable, que es la de embutir a una dama entre dos alfas varones. Estaba claro que había que romper el hielo. Esa noche, notábamos los tres, una energía muy positiva, y no se necesitaba forzar nada. Me levanté y le di un beso, para enseguida bajar a su escote y seguir con sus senos, buscando el pezón y, al hallarlo, recorrerlo con mi lengua despacio pero intensamente. Su chico, que era muy visual y ya estaba casi a cien,

apretó su cara contra los glúteos de ella. Me recordó, por un momento, al monstruo de las galletas, *Triki*, con esa ansia de comer lo que más le gustaba.

–¡Dios, pero mira qué culo! ¡Joder! –bramaba Daniel sin dejar de frotarse la cara contra la retaguardia de su chica.

¿He dicho algo de cómo le sentaban los pantalones de cuero? No quiero repetirme, pero aquello era una obra de arte. Estábamos los dos hipnotizados. Aunque yo, en ese momento, la tenía tomada con su delantera, que no desmerecía para nada. Tenía unos pechos sugerentes, con una caída deliciosa y de sublime paladar.

–¿Me vais a follar los dos? –preguntó curiosa y pícara.

–Vas a tener dos pollas dentro, cariño. ¡La que te viene encima! –respondió su pareja, que seguía a lo suyo. Ya le había bajado los pantalones, y su boca trabajaba el sexo de ella.

Yo estaba como en casa. A veces, me sentía como un *Dexter* del sexo; mientras el de la tele no podía refrenar sus ansias de matar, yo hacía lo mismo con mis incontrolables deseos de joder. Desde luego, vaya castañazo tengo en la cocorota. Y con esta pareja de calentorros, que eran otros psicópatas del poder carnal como yo, era feliz.

Me aparté.

Hay que dejar a los maestros hacer. Así que me senté a observar. Mientras me regodeaba en mis pensamientos, él se frotaba con la mano buscando calentar la «pipa». Ella le ayudó con su sonrisa y con sus ojos fijos, como buscando transmitir la energía necesaria para la consecuencia del amor a compartir.

–¡Follad! ¡Os quiero mirar! –ordené deseoso a la vez que me sentaba cómodamente.

–¡Sí, joder! –dijo desgañitándose–, el culo te lo cedo a ti... ella quiere que sea tuyo esta noche –y volviéndose hacia ella, le repitió de nuevo como un mantra–: ¡Vas a tener dos pollas esta noche amor! ¡Te quiero!!! ¡Auuuuuuuu....!!!

–¡Sí, y tengo unas ganas! –exclamó sin dejar de sonreír feliz.

Daniel ya estaba más caliente que después de haberse pimplado entera una botella de cazalla valenciana.

Estaba claro que en esa relación mandaba la admiradora de los *Judas Priest*. Se puso encima de su pareja. Montó en su tieso *lingam* y empezó a danzar. A veces, lento y, otras, caóticamente desenfrenada. Solo con ver la cara de Daniel sabía qué le volvía loco de placer. Ella le controlaba. Le conocía. Sabía qué tenía que hacer para fijar su erección y, lo más importante, su eyaculación.

Hacía tiempo que esa pareja era UNO.

–¡Fóllame así, cabrón! –le gritaba ella en un momento de botes agresivos. Aunque me daba la sensación de que el follado, claramente, era el colega. En fin, cosas léxicas de mujeres.

–¡Quiero que te la meta ya, joder! –aulló Daniel.

–¡Ahora os voy a tener a los dos, cabrones!

–¡Joder que sí! –deseaba ver a su novia sodomizada por otro.

Sugerían, educadamente, que necesitaban de mi colaboración. A pesar de mis nervios de principiante en tales orgías que tenía una erección que debía aprovechar, y me acerqué a ella. Se agachó sobre él para que pudiera entrar.

Me acerqué. Empujé.

Ella gritó de dolor.

-Espera, lo voy a intentar otra vez -dije, metiendo esta vez antes un poco los dedos.

Y vuelvo por segunda vez, sin éxito.

-Échale mejor un poco de crema -propuso Daniel desde abajo.

Su pareja, muerto de excitación, con los ojos salidos, contemplando la escena y aguantando la explosión como buenamente podía esperando mi entrada en el «Coliseo». Así que me retiro. Busco la crema. Le echo bien a ella y, de paso, a mí. Me tomo unos segundos de respiro. Los nervios y la incomodidad de la posición me habían aflojado. Me froto manualmente y cuando vuelvo a estar excitado; y no es difícil viendo a estos dos animales jodiendo.

Entro otra vez a la carga.

Pero, la historia se repite por tercera vez. No me rindo y esta vez no me retiro. De eso nada. Meto un empujón final y ataco cual bomba devastadora.

Y, por fin, entro en gloria de los Césares.

-¡Ayyyyyy...! -esta vez su grito fue de victoria compartida.

-¡Ya nos tienes a los dos! -exclamó Daniel. Sin control y rendida a nuestras pasiones aullaba de plenitud nuestra niña-. ¡Joder! ¡Qué cachondo estoy!!!

Apenas me podía mover. Solo estar dentro de ella. No era precisamente una posición cómoda para mí. Conseguí un par de empujones duros y agresivos. De inmediato, me cercioré de que me había corrido. No habían pasado ni veinte segundos. ¡No me lo podía creer!

Lamentable...

El sueño de cualquier hombre y al hoyo; si te he visto no me acuerdo. No quise cortarles el rollo y, un pelín avergonzado, me retiré de los enamorados. Ellos seguían dale que te dale como es menester. Descansé unos minutos en mi habitación, mientras les oía.

-¡Tienes que venir tú sola para que te joda y luego me lo cuentas!
-gritaba.

El pobre no imaginaba que eso ya ocurrió hace tiempo y lo guardaba para su cumpleaños.

-¡Sí! ¡Sé que te gusta!

-¡Y quiero que le dejes que se corra en tu culo!

-¡Lo voy a hacer, cabrón!!! ¡Es eso lo que quieres!, ¿verdad?

-¡Qué zorra eres, Dios! ¡Cómo me gustas! ¡Te quiero mi amor!!! -
confesó en esos momentos que un hombre solo puede decir la verdad.

Después de oír a estos dos a mí que no me cuenten que el amor solo puede ser de una manera tradicional. Esto es AMOR con mayúsculas y no lo de Disney. Estaba otra vez erecto, pero no me fiaba. Decidí hacer otra cosa como es contemplar y aprender de los que más saben que, en el fondo, son los que más disfrutan. El segundo round debería esperar para otra ocasión mejor, pero deseaba acabar con fuegos artificiales. Así que me acerqué. Él se puso esta vez frente a ella, le levantó las caderas y la penetró analmente a la primera.

Yo me acerqué a su boca.

-¡Qué rayos! ¡Voy a correrme en su cara!

-¡Hazlo, joder! ¡Quiero verlo mientras me la follo por el culo!!! - gritaba mientras la sacudía con duras embestidas.

No les hice esperar mucho. Todo mi ser brotó chorreante, como una bomba teledirigida, sobre el rostro de ella que me miraba con los ojos llenos de satisfacción; como si el sexo anal de su pareja no existiera en ese instante. Se acercó golosa, y metió mi dragoncito en su boca.

No pude reprimir el grito y el gozo.

-¡Jodeeerrr!!! -era el alarido triunfante de Daniel. Mientras, ella aún seguía con mi pene en sus labios. Dejándomelo reluciente y limpio.

Lo que aconteció después, apenas lo recuerdo. Salvo dos hombres y una mujer, sudorosos, jadeantes, satisfechos... aunque yo ese día me empecé a sentir un poco menos solo. Había más locos como yo. Y lo que era más importante: eran felices aceptando su coherente locura.



CAPRICHOS DE MUJER

«¡Difícil elección, o filosofía o amor, o lo funcional, o a la escuela emocional!»

Cada uno su razón - Antonio Vega

–Las mujeres no necesitan el sexo para nada. Pueden estar tranquilamente sin ello –afirmó rotundo uno de mis amigos de cuadrilla.

Todos los demás asintieron. Éramos cinco, y su conclusión nadie la rebatió. Excepto yo:

–¡Qué rayos! Conozco chicas que no estarían nada de acuerdo contigo –discrepé.

–Eso no puede ser. Mi mujer, si no le pidiera, serían ya años que ni lo haríamos.

Al instante, pensé: «¡Pero si este chico es más joven que yo!» ¿Será cierto eso de que cuando te casas se acabó el sexo? O como dice otro íntimo colega mío: «La mujer cuando sabe que te ha conquistado deja de darte sexo; y no solo eso, hace chantaje

emocional con ello y lo usa como arma arrojadiza». Uf, toma del bote, Pascualote. ¿Por eso no me habré casado? ¿Porque lo intuyo y me gusta demasiado follar? ¡Bah! ¡Qué tontería! Nunca he tenido pareja porque no aguanto a nadie. Ni siquiera a mí mismo. Esa es la única realidad. Soy incapaz de tener sentimientos de convivencia por nadie. Cuando me he forzado he acabado más chamuscado que una castaña a la brasa. Por eso soy un «cañonero furtivo». Pero, ¿qué diría, Sol, mi psicóloga, de esto? En la próxima terapia se lo cuento y, de paso, a ver si consigo jodérmela sobre la mesa de su despacho de una puta vez.

–La prueba es la forma de auto–humillarnos de los hombres por sexo. Yo me avergüenzo de cosas que he hecho, y encima para luego no mojar –añadió otro de los asistentes.

–Y no digamos de las que les dicen un «hola» y, directamente, te dan la espalda –se animó otro a participar en la charla.

–Eso, a veces, es tener suerte; otras te miran con cara de asco, como diciéndote –«tú, pobre mortal, ¿cómo osas dirigirme la palabra»–.

Ahí callé. Tenían razón. He visto con mis propios ojos esas situaciones. No solo como espectador, sino también lo he padecido en primera persona. Y yo me pregunto: ¿se irán más felices y con la autoestima más alta esas mujeres? ¿Solamente por darse el gusto de humillar públicamente a un desconocido? Nunca lo he entendido bien, si ni siquiera voy a pedirles amor, ni nada tan ambicioso; solo un intercambio de fluidos y adiós muy buenas. Por no pedir, no pido ni que me hablen; así que, mira que soy fácil. En Hay más calidez en un servicio de pompas fúnebres que con algunas de estas estiradas. Bueno, supongo que sobre este tipo de reflexiones debo hablarlas en terapia; y, entonces, mi médico me dirá que la falta de amor en la niñez me ha llevado a una búsqueda de atención y amor en el sexo con desconocidos y bla, bla, bla,...

Mientras pensaba una sonrisa se escapó de mis labios. Creo que debería escribir un *post* sobre las dificultades de ligar en mi amada villa bilbaína; me iría de perilla para desahogarme. Los compañeros seguían con su animada conversación.

–Es que la mujer vasca tiene capado al hombre de aquí. No existe fémica más estrecha en toda España –señaló otro, y ya no recuerdo quién y qué más da. En fin, un comentario típico entre vascos y repetido hasta la saciedad.

Yo siempre he creído que aquí se jode mucho y bien, pero con discreción. Por eso, callé.

–Pero las cosas están cambiando gracias a las chicas que vienen de fuera, que son mucho más abiertas. Las de aquí ven que nos vamos con ellas, y no han tenido más remedio que espabilar –replicó uno esperanzado.

–Yo, gracias a Dios, todos los veranos me iba al pueblo y allí podía mojar, porque el resto del año aquí... –confesó otro.

–Los vascos somos los más pajilleros, no de Europa, ¡sino del mundo! –se sentenció alguien finalmente y todos reímos.

Decidí intervenir y contar una anécdota que me parecía instructiva y jocosa: `Yo tenía un amigo en la mili, que estuvo destinado en el Cuartel de Munguía conmigo. Me decía constantemente: «Tienes que venir a Granada»-. -«¿Y eso por qué colega?» –respondía yo divertido. –¡Porque allí no hace falta hablar para follar!» –exclamaba. El pobre, se quejaba de que desde que estaba aquí no picaba nada, y no fue el único que conocí que protestara amargamente por la «sociabilidad» de las vascas. Me contó que conoció una chica en Bilbao, ¡y tuvo que esperar tres meses para poder «triunfar» con ella!

-Tu amigo granadino, aun así, tuvo suerte -me interrumpió el más animado de todos ellos- ¡Yo, me tiré cinco años con mi novia de toda la vida para poder meter en caliente!

Todos carcajamos. La conversación prosiguió con más zumo de uva con cola, para unos, y de cebada, otros. Instantes después me llamó una amiga esa tarde de primavera que ya concluía; el verano empezaba a saludar. La chica contagiaba su apetito desde el celular. Generalmente, cuando salgo con los amigos no voy de caza. Me parece una pérdida de tiempo porque jodes y luego se acabó la noche. Pero ya era hora y tocaba retirada, así que acepté. Nos despedimos, y me fui a casa. Ella ya estaba en el portal esperándome. Ansiosa. Con sus *jeans* negros ajustados. Su pequeño culo redondo, su fino cuello, sus marrones y grandes ojos; su rizado pelo largo y dorado. Su boca con ansias de mí. Mientras subíamos las escaleras me detuvo en el tercer piso, no sé si he comentado que soy pobre y vivo en un quinto sin ascensor, mal que me pese. Me besó. Bajó mi cremallera con rapidez y agachó su cabeza lista para el león de la *Metro Goldwyn Mayer*. En cualquier momento podía salir un vecino, pero yo solo pensaba en que siguiera; y ella, ansiosa, exigía su premio gordo ya. La juventud no tiene paciencia; una virtud a explorar.

Al final, la detuve.

-Necesito ponerme cómodo en casa para poder disfrutar, Sonia. ¡Qué hostias! Soy un mendrugo y he bebido demasiado; necesito un poco de posición horizontal.

Seguramente, parecería ridículo comentando esto con la bragueta abierta y el miembro erecto en medio de las escaleras del portal, pero ella asintió y entramos a casa. Me puse cómodo en el sofá, y ella siguió con su divino quehacer.

-¿Es que no has tenido suficiente sexo con tu novio esta semana?

-¡A él no se la adoro! Solo a ti, y ¡me encanta! ¡No me canso!
-¿Te vas a poner encima y me bailas una bachatita? -imploré.
-Eso tampoco lo hago con él, es muy aburrido. Solo me abro de piernas, miro al techo y grito fuerte con la esperanza de que se corra pronto. Pero hoy no quiero «bailar» para ti. Solo tengo hambre de tu sexo, de adorártela, chupártela y que finalmente me sacies.
-Entonces, ¿no me vas a dejar estar dentro de ti?
-¡Ya estas dentro de mí! -replicó con toda razón.

Ya no hablamos más. Cuando estaba a punto de eyacular paraba, quería estar horas y horas saboreando el heladito. Tuve que rogarle que me dejara finalizar ya. Cuando decidió que ya había «sufrido» lo suficiente hice erupción dentro de su agradecida lengua. Ella no se movió un ápice en el momento del estallido. Quieta e inmóvil. Aspirando. Inmisericorde, y sin piedad, no quería dejar rastro de su infidelidad.

Pasado un rato se empezó a vestir.

Me gustaba verla. Esa piel morena y brillante. Cómo se ponía el sujetador y toda la parafernalia siguiente. Un ritual que no me cansaba de ver tirado en la cama. Mucho mejor que cualquier película. No sé por qué me relaja ver vestirse a una mujer después de hacer el amor, ¿tal vez sea porque tengo la esperanza de que se vayan? Qué egoísta y mal me siento por pensar esto. Debo intentar recordar lo que me aconsejó Sol y aplicar lo que me dice de no ser tan rígido conmigo mismo.

-Me tengo que ir. Mi novio me llamará en una hora y debo estar en casa para cuando suene el teléfono -dijo con sequedad.

Total, ya había conseguido lo que quería.

Yo no protesté. No iba, para nada, a frustrar sus planes. Asumí, hacía tiempo, que hay mujeres con las que no puedes aspirar a nada más que a ser el capricho ocasional de sus deseos, lo cual no

representaba ningún sufrimiento para mí; bueno, a veces, mi ego protestaba por una absurda razón de importancia, pero tras ese disfraz mi corazón aplaudía porque se fuera y me dejara en el silencio post-orgásmico. Además, ¿no sé de qué me quejo! Me gusta dormir solo. Tal vez, accedería a la compañía femenina en el descanso nocturno si tuviera miedo. Pero hace tiempo que dejé, desde la infancia, de ver todo tipo visiones grotescas, fantasmas y tener pesadillas. Cerró la puerta, y la habitación me empezó a dar vueltas.

Los excesos y el alcohol consideraron que era ya el momento de cobrarse su precio.



GAYS

«No olvide antes de maldecirme que tuvo usted la carne firme, y un sueño en la piel, y un sueño en la piel, y un sueño en la piel, señora»

Señora - Joan Manuel Serrat

Hubo un tiempo, en el que los fines de semana los pasaba en casa con un grupo de amigos. Todos ellos *gays*, debo decir, aunque Narciso no estaba entre los presentes. Y, no quiero que parezca que la tomo con ellos pero, desde entonces, empecé a darme cuenta de la cantidad de maricones que hay en nuestra honorable villa. Eran adictos, los sábados por la noche, a un *reality-show*. Yo lo veía con ellos y lo pasaba muy bien, más que por el programa, que no soporto más de dos segundos seguidos si lo veo en la soledad, por las ocurrencias de los chicos. Para los chicos, ciertos famosos eran casi modelos a seguir. Me sorprendía cómo los idolatraban. ¡Con qué fervor! Por ejemplo, a una mediática mujer, de la que no diré nombre, que la llamaban sorprendentemente «princesa del pueblo», y que aparte de abrirse piernas para un asesino de toros en su momento, que yo sepa, no se le reconoce ningún otro «mérito» más.

Bueno, y ahora que lo pienso, ¿qué méritos tiene una princesa de verdad? ¿Se estudia una carrera para ello acaso?

Un buen día o, mejor dicho, una noche de comienzo de verano, me animé a ir con ellos a lugares llamados «de ambiente». Fuimos, después de ver su programa fetiche al Pub más frecuentado por ellos de la ciudad. Yo no pagué entrada. Tampoco lo iba a hacer si me obligaban. Todavía hay clases y mi religión de heterosexual lo prohíbe. Pero observé que las mujeres sí pagaban por entrar, «es que son competencia» decía un amigo mío de la otra acera.

Aquí tengo que comentar que los hombres más machistas o, tal vez, mejor dicho «críticos» con las mujeres que he conocido, son *gays*. Lo más acojonante y sorprendente es que ellas los adoran. Los besan siempre que pueden y les flipa que les toquen las tetas. A continuación, les pregunté qué hacían mujeres entrando ahí si se iban a encontrar todo maricas. Y me contestaron que las mujeres van allí porque no les apetece «heteros babosos y molestos». ¡Qué gracioso! Mujeres que se maquillan durante horas, se gastan un dineral en trapos y luego van a lugares donde nadie puede admirarlas. Desde luego, creo que me equivoqué de planeta; normal que necesite ayuda psicológica.

Nada más entrar casi me caigo al suelo. La entrada era en bajada y no estaba avisado. Aunque también podría ser por la cantidad de «aceite» que se perdía allí por metro cuadrado (ya lo sé, chiste malo). Eso sí, bromas aparte, lo que me encontré fue un espectáculo surrealista para un poco, o nada, acostumbrado personaje como el menda. Un montón de «locas» bailando como si alguien les hubiera metido un enchufe por el recto. Otra cosa de la que me di cuenta es del culto y trabajo que dan a su ropa y cuerpo, mucho más que la media de cualquier otra persona que conozca. Miré al *Disc-Jockey* y reconocí a un tipo con el que solía salir de adolescente de fiesta. Él también me miró y me guiñó un ojo

cómplice, como diciéndome: «Tú también?». En ese momento, sospeché que aquel batracio iba a ser toda mi aspiración de ligue esa noche.

Observé unas pocas chicas. Muy monas de la muerte, eso sí. Bailando sin que ningún «moscardón» les perturbara. Estaba claro que allí irían todas las asexuales de la noche, ¡qué cosas y qué mundo este! ¿Verdad? La música era deplorable. Pero, imagino que sería el único que debía de pensar así a tenor de lo que veía a mi alrededor. No me atreví a pedir una copa; primero, por el precio, y segundo, porque me avisaron de que era de garrafón. Siempre se cumple la norma no escrita: «cuanto más de moda y caro, menos calidad». Somos así de subnormales y masoquistas con nuestro bolsillo y nuestro hígado.

Me aventuré a ir al baño y me ofrecieron droga mientras me sacaba la pilula. Y de paso me la observaban. Uno de ellos me comentó: «¡Uy chico! ¡Aféitate eso que ya no se lleva así de poblado! ¡jijiji!». Le di las gracias por el consejo y tomé las de Villadiego. Al volver con los coleguitas mariquitas, jocosamente, me preguntaron cómo era posible que hubiera salido vivo de los baños. Cuando ya me pareció que había tenido bastante tute en el Edén de los *gays*, salí por donde había entrado; y allí andaba otro que conocía de otras noches. Me dio la bienvenida y empezamos una interesante charla.

–Los *heteros* sois unos pobres diablos; me dais pena –me soltó de repente el muy canalla.

–¡Qué leches! ¿Y eso? –pregunté curioso.

–Porque sois unos infelices sexuales.

–No entiendo.

–Porque una mujer os manda a tomar por culo, o te dice que eres un hijo de mala madre y, aun así, te la puedes follar si ella te deja. Sin embargo, entre hombres, un «no» es un no. Las mujeres, al contrario, son víboras; no dicen lo que desean.

-Entiendo, digo... comprendo -no quería malentendidos, ya que yo de «entender», nada de nada (sí, ya sé, otro chiste penoso). Y es que soy un *hetero* tan ridículamente creído...

Siguió comentándome, durante un rato más, las excelencias de ser un «rompeculos» y la suerte que él había tenido de nacer así de bujarrón. Al cabo de un tiempo, cuando decidí que no deseaba que me diera más depresión por mi mala suerte de nacer «normal», me despedí de él y le deseé buena caza.

Mientras caminaba rumbo a mi casa, sonó el móvil. Acepté la llamada. Al otro lado sonó una voz que me era muy familiar.

-¿Adónde vas tan solito? -sonó una voz divertida.

-¿Dónde estás? -me sorprendí.

-Detrás de ti.

Instantáneamente, me di la vuelta y allí estaba Sonia. Con sus pantalones pirata que tan bien le sentaban, una camisa negra con los botones superiores estratégicamente desabrochados, su dorada y larga melena rizada que ya me era conocida, sus generosos labios que aún conocía mejor; brillantes, dedicándome la mejor de sus sonrisas.

-¿Es que te vas ya a casa? -preguntó.

-Sí.

-¿Y eso? ¿Es que eres un aburrido como mi novio?

-No tengo nada mejor que hacer.

-Yo te daré una opción mejor que la de irte a casa ya -dijo con picardía.

-¿Y tus amigas?

-Al verte pasar, les he dicho que me ausentaba un momento para llamar por teléfono a mi chico, y ya saben que mis llamadas son largas -contestó aguantándose la risa.

Esta chica no tiene remedio, pero yo pregunté:

-¿Qué opción es esa tan buena que me vas a ofrecer?

Me agarró de la mano como respuesta y me llevó a una de las calles del Casco, poco o nada frecuentada, esos eternos sábados noche. En una esquina, donde las luces mueren y las sombras vencen, se acercó a mi oído y me susurró:

-Siempre he tenido la fantasía de chupártela en la calle -estaba claro que esta nena tenía una obsesión con mi «leoncito»-. Una mamada que te haga perder el sentido en una noche calurosa como esta, para que te vayas bien «servidito» a casa.

Solo de escuchar su plan sibilino ya estaba empalmado contra la pared. Sonia me enseñaba, que las mujeres también podían ver a los hombres como simplemente objetos de placer. Puso su dedo sobre mis labios. No quería que me resistiera; tampoco me iba a quejar. Tonta no era; sabía qué amante elegir para sus perversiones. Se puso manos a la obra con diligencia y bajó a mi entrepierna. En silencio acarició la cremallera. Sacó mi sexo, y empezó a lamer suave al principio, para introducirse entero en su boca y empezar a satisfacer su sueño veraniego.

Miraba al cielo. Era una buena noche. Se veía alguna estrella. Siempre supe que el paraíso tenía que parecerse mucho a lo que me acontecía en ese momento. Pasados unos minutos, agarré su cabeza y la hice girar de modo que fue ella la que quedó contra la pared. Así, si algún despistado nocturno me veía, podría pensar que estaba meando, ya que mi compañera era casi invisible entre las sombras; de este modo, podría follarme más cómodamente su garganta. Sentí que me iba a correr. Pero me dije que esa noche no pensaba ser su juguete. La aparté. Y me miró con los ojos de un bebé al que le han quitado su chupete. La alcé, y puse su rostro

contra el edificio de cemento, mientras le bajaba los piratas lo suficiente para vislumbrar su trasero.

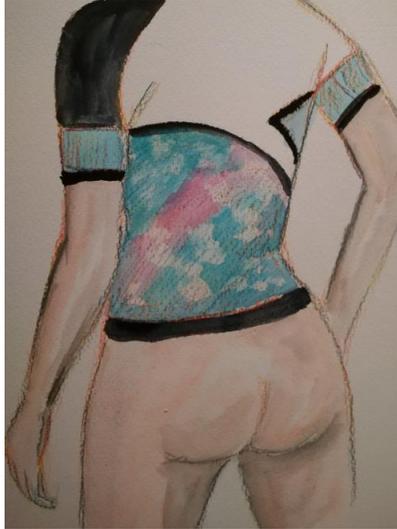
La penetré analmente fuerte y brusco; la tenía como un mortero del cuarenta.

Veloz, tapé su boca con mi mano. De forma vigorosa. Para ahogar el grito. Estaba claro que ella esperaba una penetración vaginal. Y la verdad es que a mí también me dolió. No me rompí el frenillo de milagro. Unos segundos estuvimos quietos. Asimilando la dura entrada. Cuando recuperamos unas pulsaciones normales empecé a moverme. Aparté mi mano cuando vi que ya no había peligro y sus músculos se habían relajado. Pude escuchar sus suaves gemidos junto con los míos. Acerté a oír un: «hijo de puta, sigue...sigue..., ahora no te pares...». Bueno, supongo que me merecía esa «flor». Lo asumí y seguí con lo mío, que no era moco de pavo, para acabar dando unos lentos pero fuertes «arreones» que me provocaron una eyaculación de toro semental. Sonia, con un grito contenido ahogado en medio de la calle, tocándose, tuvo su orgasmo casi a la vez que yo.

En esos instantes, de supremo gozo, casi no nos importaba que nos descubrieran. Llegada la calma me aparté con mi pene aún erecto. Saqué un botellín de agua mineral, empezada de algún bar nocturno, que tenía guardada en mi chaqueta vaquera, y vertí el poco líquido que quedaba sobre mi verga. Le pedí un *kleenex* para secarme. Ella estaba medio de rodillas con las piernas temblando. Al ver el panorama la espeté un: «Déjalo, da igual», para a continuación añadir: «Date vida, hostia, ha pasado casi media hora. Las amigas esperan que termines tu llamada». Me subí la bragueta y guardé el león, duro, como mejor pude; aún quería rugir.

Le deseé buenas noches a Sonia, y ahora, sí tomé dirección a mi hogar. Mientras me alejaba, acerté a escuchar, como un susurro, otra vez: «Muy bien hijo de puta... muy bien».

No me di la vuelta. Seguí mi camino a casa. Además, me empezaba a entrar sueño. ¡Siempre me pasa después de un buen «polvazo»!



EL INFIERNO ES PARA LOS COBARDES (EL REGATO II)

«La vida no es significado. La vida es deseo».

Charles Chaplin

Si es lo que tiene, volver a las andadas o, mejor dicho, a los pedales, y pocos placeres he conocido en este planeta, que me ha tocado vivir en esta última reencarnación: la combinación de bici y sexo. Deberían escribirse libros sobre ello; y, yo, practicarlo más. Volar sobre «mi zorra de aluminio» me mejora el humor. Me sube la energía. Da color y viveza a mi ser. Ennoblece y agiganta la sonrisa de mi corazón. Y me hace escribir corrosivamente cursi. Me da igual: ¡pedaleo es latir!

Volvimos a subir a la presa del Regato. Esta vez, con ritmo más pausado; y yo con menos forma física que la otra vez, a la rueda de Ainhoa. Pero las cosas no pasan porque sí, si sigues la rueda también sigues el contoneo del culo que, afortunado uno, alguna vez ha tenido suerte de sodomizar; es que lo del sexo anal para mí es como el chocolate, que cuanto más pruebo más quiero, y no paro hasta terminarme la tableta entera.

Bajo un sol de justicia, llegamos a la cima, con resultado dispar; ella primero y yo unos metros más atrás, por lógico placer visual y porque las piernas no me daban más de sí. Vamos, ¡que no voy a buscar excusas! Ainhoa me ganó.

–Aquí dejaste los guantes –señalé recuperando el resuello con amplias bocanadas–. Después de un año, sería hasta gracioso que aun estuvieran.

Lo que sí sería gracioso es que se crea que vengo a por los guantes. Claro, que esta nena siempre ha tenido esa mezcla de niña buena que te susurra al oído: «puede que me creas tonta, pero sé más que tú». ¡No me diréis que eso no pone!, pues a mí mucho, oye.

Ahí en la cima, bajo ese silencio que llama al sexo, suena el móvil de la compañera de fatigas. Al ver que al cogerlo se alejaba tímidamente pensé para mis adentros si fuese su pareja y, sobre todo, qué fascinante es a veces la ignorancia. Se sentó sobre una roca, y yo junto a ella contemplando el majestuoso valle.

Pronto, se me fue la mirada hacia su maillot con la cremallera justamente bajada a mitad de esos pechos enormes, que parecía que «buscaban a *Jacq's*». Sólo verlos recreaba las veces que había gozado de ellos. Seguía dale que te dale, con el *noviete* al aparato, me dije: «El Infierno es para los cobardes». Así que, bajé el cuello en busca de lo que los tántricos llaman «el segundo alimento» (el primero es el oxígeno), y mientras yo lamía con adoración, en busca del corazón mamario, mi *partenaire* seguía en comunicación con el celular en frágil lucha por apartarme, y medio reprimirse del gusto que mi boca daba a tales regalos de la madre naturaleza. Después de un rato colgó, ya sin resistencia, y acariciando mi cabeza yo seguía en el tajo, como buen obrero que era; como el ciudadano respetuoso y modélico que soy.

–Siempre te ha gustado mi cuerpo –y lo dijo con tanto cariño que casi me estremezco. Respondí con más intensidad en mi quehacer, que es como son siempre las respuestas sinceras.

La situación se estaba poniendo a temperatura máxima *Fahrenheit*, acompañado por el tiempo y por el magnífico «arsenal» de la *txirrindulari*. Eso era el calor del paraíso y lo demás son pamplinas. Me puse de pie, y ella con esos fantásticos senos totalmente descubiertos, me bajé el maillot. Ahí estaba mi sexo erguido y sonriente. Ainhoa, me devolvió con su boca, el amor que le di yo hace unos instantes multiplicado hasta el infinito. Parecía una historia algo repetida, pero esta segunda vez no era a mi espalda desnuda la que le quemaba el sol, sino el pompis, ¡qué mira que lo tengo blanco!, pero una mamada así, ¡por Dios!, ¡creedme que merece chamuscarse un poco este mes de julio! Menudo espectáculo íbamos a dar si nos descubren. Habría que salir pitando; o, tal vez, no.

Con un calor que te seca la nariz, y como en los actos de amor siempre llega un momento en el que la mente se detiene, y solo existe el «sentir», la cogí de la cabeza separándole de mi revolver cargado preparado para disparar. Nos miramos un momento y ya lo sabíamos todo. Se levantó. De espaldas, en la roca en la que había estado sentada, apoyó sus manos. Se agachó, y bajé su culote. Mi *Remington Magnum 44* ya no podía más, y penetró su *yoní*.

Una oleada de ardientes llamas me estremeció todo el cuerpo.

–¡Ay, ay, sigue, sigue... te siento! –gritaba con toda su alma.

Sus palabras eran para mí la palabra del Señor. Seguro, que eso mismo sentían los apóstoles al escuchar a Jesús, y si no era eso, no saben lo que se pierden, porque yo estaba en la iluminación y más allá.

-¡Dale más! ¡Dale más! ¡Daleeee máaasss!!! -no se cansaba de repetir.

Buda nos enseñó: *Buddhatvam Yosityonisamasritam*, o lo que es lo mismo: «la iluminación está en la vagina». Y yo doy fe de ello. Follar es como andar en bici; si tu disfrutas, el universo disfruta. Nos fusionamos con el valle en plena naturaleza. Incluso, ya ni me preocupaba si mi culo era blanco o rojo fuego. De repente, un todoterreno llegó por sorpresa. Era el guarda de la presa, que nos pitaba para que quitáramos las bicis que obstaculizaban el paso, y ahí estábamos nosotros con el «baile del perrito». Atónitos, sin creérnoslo del todo.

-Quédate aquí -acerté a decir dubitativo a mi amada.

El buen señor, que nos había visto sin ningún tipo de censura, casi ni nos miraba a modo de excusa. Lo más divertido fue ver que iba con su señora, también testigo de tanto amor «natural». Aparté las bicis y les presenté mis excusas. Creo que no me miraban porque iba empalmado y, aunque llevaba el culote puesto, el asunto debía ser más escandaloso que el toro de Osborne cuando visita a las vacas. Azarosamente, el guarda y su esposa se fueron sin mediar palabra.

Menudo cretino; «no hay para tanto», pensé.

Regresé con mi nena, que ya se había vestido, y ahí nos quedamos absortos como dos maestros zen contemplando el atardecer. Un momento de quietud tras una erupción de placer, y pienso cuál de las dos es más placentera. Sin duda, las dos juntas y complementadas; como la guerra y la paz, como el dulce y el salado, como el yin y el yang. Nos subimos a nuestras bicis. Bajamos, placenteramente, el puerto con destino a Bilbao. ¡De nuevo se nos olvidaron los guantes! No importa; siempre habrá más veranos.



EL VIAJE

«En la primera pasión, la mujer ama a su amante; en las otras, todo lo que ama es al amor».

Lord Byron

Viernes por la tarde.

¡Cómo me agobia viajar! Solo me gusta desplazarme en mi mente. Ahí todo es más idílico, sin problemas, y si los hay, mi conciencia los elimina y soluciona placentera y fácilmente. Sin embargo, hay veces que me desplazo por esas tierras de Dios, y lo que es peor, en trayectos de horas y horas. Cuando el aburrimiento y la pesadez están presentes, la imaginación vuela, y, a veces, los pensamientos se materializan. Dice mi loquero, el bonachón del doctor Castaños, que cuando viajo es una forma de escapar de mí mismo y de no enfrentarme a mis problemas. Buscar soluciones fuera cuando están dentro. En definitiva, no me gusta mirar en mi interior, la raíz de todo. Supongo que tiene razón. Siempre es uno mismo, y sus circunstancias, los causantes de nuestra realidad exterior. Debo entender que no me vale solo conocer la teoría; también aplicarla a mi modo de vida. Seguro que gano en salud

física y sobre todo mental. Ahí estaba en la parada de descanso, a mitad de trayecto, mi amiga turista, la que conocí aquella tarde de invierno en Bilbao. La vi arribar en su coche particular. Con cara aburrida y desidia en sus ojos, pero con ese aire intelectual que tanto me pone. Su cuidado pelo caoba, liso y a capas, como lo recordaba; su estatura media y deliciosa voluptuosidad, vaqueros ajustados, camisa blanca generosamente desabrochada para el verano reinante y para deleite de mis ojos. Siempre gusté de admirar una delantera cuidada y abundante. Y es que unas buenas tetas más burro que el Capitán Trueno liquidando sarracenos. Entró en el restaurante y se sentó frente a mí sin mirarme, como si no hubiéramos quedado; como si aquello fuera casual.

–A mí también me aburren los viajes, Mari, y mucho, –acerté a decir sin presentarme– doy gracias a que después de aquel episodio invernal un poco loco, casi con el perro *Puppy* de testigo, nos intercambiáramos los números de teléfono. ¡Qué rayos! Te he echado de menos.

–Bueno, jodo, pues ya somos dos –respondió contenta de que alguien le diera charla. Ansiosa, tal vez, de escuchar alguna voz más allá de la radio de su coche.

–Ese carro es nuevo. ¿Un *BMW* tal vez? ¡Qué bonito el rojo! –dije por decir, porque yo de autos ni idea y siempre me importaron muy poco.

–Ehhh..., jodo, ¡no! Es un *Rover* –y al instante sentí que ella tampoco tenía ni idea de coches. Además, el carruaje que a mí me importaba era el suyo.

–¿De veras? ¿Un *Rover*? Siempre quise sentir en mis manos el volante de uno de ellos, y más ese. Se nota que es el famoso modelo que tiene «dirección resistida» y abertura a «tonto remoto» –solté con sorna.

Ella se rio y me dijo que, si tanta ilusión me hacía, podíamos ir a verlo. Estaba cansada de su buga tanto como del viaje. Así que entramos y le pedí permiso para dar una arrancada. Una vuelta

por la extensa área de descanso. Me ocupé de ir al lugar más remoto y desolado, y, allí dejé el coche pausadamente.

-Tiene una dirección muy suave. Ahora vamos a probar «la palanca de cambios» -sugerí mientras me bajaba la bragueta. Ella sonrió, y con premura dio buena cuenta de ella-. ¿Cómo ves la revisión? -musité- ¡Ufff...!!! Creo que necesita un cambio de aceite, ¿verdad?

-Mmm... estoy en ello, ¡jodo! -contestó con la seguridad que dan los años en el ejercicio del oficio.

-¡Qué narices! ¡Déjalo todo a punto para pasar la ITV! -aullé emocionado.

Atrapé bien su cabeza entre mis manos para que me trabajara más intensamente. Estaba disfrutando de un examen muy exhaustivo, cuando se me fue la mirada al salpicadero y exclamé:

-¡La hostia! ¡Puñetas! ¡Que el bus se va sin mí!!!

-¿Y me vas a dejar así, chico? -suplicó.

-El domingo por la noche estaré de regreso. Sobre las 3 a.m. del lunes en este mismo lugar. Si quieres seguir examinando el cambio y la dirección, aquí me encontrarás.

-Me gusta terminar lo que empiezo, ¡jodo! -dijo cachonda.

-Eres una buena mujer, Mari -dije con esa mofa que tan a tono pone a las niñas, y no tan niñas.

Arranqué el *Rover* y salí pitando al bus, al que llegué a subir por un pelo ante la mirada inquisitiva del conductor.

Gracias a las diosas del amor me tocó ventanilla. Me despedí de Mari con la pena de no haber aprovechado más el tiempo, y con la promesa de compensarla en el futuro. Ya en carretera, veía pasar ante mí el paisaje. Empecé a reflexionar sobre la posibilidad de «cambiar». Idea que rondaba en mi cabeza antes de la clase de conducción que tuve que dar a la «señorita *Rover*». No estaba

dispuesto a ser un yonqui de los fármacos. Aquello no era vida; era un «sálvese quien pueda». Sí, ¡estaba decidido a hacerlo desde ya!

Bueno, mejor empezaré la semana que viene...



EL VIAJE (PARTE II)

«La única diferencia entre un capricho y una pasión eterna es que el capricho suele durar algo más».

Oscar Wilde

Domingo noche.

¡Qué asco de Seminario! Creo que no aprendí nada y, seguramente, lo único que hice fue malgastar el dinero. Como se entere Sol, que me lo ofrece gratis y por la Seguridad Social, ¡que desperdicio de mi tiempo y de mis energías en tratamientos alternativos! Si es que nunca aprenderé. Voy a cursos que creo que serán trascendentales en mi vida y resulta que más trascendental hubiera sido quedarme en casa con cualquier cómic de Neil Gaiman o Alan Moore, o leyendo entero a Marcial Lafuente Estefanía. ¡Ay, qué gozada! ¡Qué éxtasis me da pensarlo! Bueno, cualquiera puede equivocarse. Menos mal que la «turista Mari» me compensaría un poco de tanto fracaso en la parada de descanso camino a Bilbao.

Allí estaba, en la Terminal de Buses de una ciudad que no era la mía, esperando la hora de partida, cuando a mi izquierda noté la presencia de una pelirroja de bote, con un turgente vestido negro largo y prometedora boca para el pecado oral de la carne.

–Hola, ¿usted es de aquí? Verá, es que me vuelvo a mi ciudad y querría saber dónde están los excusados –pregunté a la susodicha.

–Sí, claro, están justo enfrente –contestó educada.

–¡Que percebe soy y qué ciego estoy!

Confieso que soy muy despistado. Aunque creo que ella, en su vanidad, pensó que era por darle cháchara. Me incorporé y fui directo a cambiar de agua al «dragoncito». Justo cuando estaba a punto de entrar por la puerta, un dedo a la altura del hombro requirió mi atención. Era, de nuevo, la pelirroja de boca excitante.

–Jijiji... pero, ¿dónde va usted? ¡Este es el de damas! –dijo con una guasa que ya me empezó a molestar.

Seguido, entró segura de que la miraba, moviendo sus caderas cadenciosamente. Estaba claro que era un «no tienes huevos chaval». Y yo no temo ni al fisco. Me fijé desde el umbral de la puerta y, en el de señoritas, no había nadie más que ella. Muy coqueta, entró cerrando la puerta, sin mirarme, en uno de los varios cubículos. Así que, me invoqué el mantra *Om mani padme hum*, que debe significar: «Dios está dentro de mí» o algo similar. «¡Ánimo y fóllatela!», me dije.

Total, si me voy a arrepentir siempre, entonces mejor lo hago.

Empujé la puerta, que sabía que había dejado a posta abierta. Ella calló al verme. Se le acabó el pitorreo. Tal vez pensó que no tenía huevos o, simplemente, desconocía que era de Bilbao. Tenía ese silencio que solo puede izar la bandera de la rendición.

–¡Siéntate! –dije firme, pero acojonado por dentro.

¿¡Qué demonios hacía!? ¡Solo pienso con la entrepierna! Para mi tranquilidad, la mujer se posó en el inodoro. Raudo me bajé la cremallera. Mientras que con la izquierda sacaba la promesa vertical, con la derecha agarré su artificial pelo rojizo por detrás, y, con determinación la acerqué a mi tigre.

Y es que estas mujeres, necesitan la seguridad del macho alfa.

–Fóllame la boca fuerte. ¡Ahora!

Tengo que decir que me flipan las mujeres que saben lo que quieren. Así que, empecé con empujones duros y lentos. ¡Dios que forma de dar «amor»! Pedía más y más fuerte. Entonces, puso sus manos tras mis glúteos obligándome a follarla más violento. Me volví tarumba y pensé que, si el gaznate es un músculo, entonces, el de esta mujer era por lo menos de competición en las próximas olimpiadas pornográficas. Cuando estaba a punto de explotar ella lo intuyó, y me apartó.

–¡Fóllame! –ordenó.

Se levantó y me dio la espalda. Se bajó los pantys y el tanga. Se puso en cuclillas apoyando manos y brazos en el inodoro. Ahí estaba el culo firme y pomposo, esperando que mi «Tigretón» le diera cariño y atención.

–¡Vamos! ¡Entra ya! ¿O es que eres un cobarde? –me retó.

–Tápate la boca, niña, porque vas a gritar –y seguido, entré brusco en su vagina que me recibió caliente y húmeda.

–¡AH! Así. ¡Asíí! ¡No tengas piedad!

–¡Toma! Esto es lo que querías, ¿verdad?

–¡Sííí! No pares. ¡No pares!

De repente, paramos en seco. Dos voces de mujeres habían entrado y podíamos oírlas desde nuestro cubículo. Esperamos inmóviles a que terminaran lo que demonios habían venido a hacer, para seguir con nuestro deber didáctico, ¡pero no se marchaban! Oí que entraban en cada compartimento y..., ¡eran las de mantenimiento! Estaba claro que no se irían sin terminar de limpiar. Tocaron nuestra puerta. Nos vestimos torpemente, y con más sofoco que un «pimiento morrón» salí de allí sin mirarlas a los ojos. De refilón pude ver que nos juzgaban escandalizadas por usar los servicios públicos para tan bajos instintos. Sin embargo, mi desconocida nueva amiga salió descojonándose. Ciertamente, este tipo de gente siempre me causa admiración. Me refiero a las personas que se ríen de todo lo vergonzante que les acontece. Confieso que yo no estoy en tamaña evolución personal; así que, sin mirarla, sin correr pero sin pausa, me dirigí a mi bus.

No me despedí de la pelirroja; soy un maleducado.

Aunque creo que ella tampoco esperaba un adiós.



EL VIAJE (PARTE III)

«A las flores les pedimos que tengan perfume. A los hombres, educación».

Proverbio inglés

Lunes, madrugada.

Malditos viajes y malditos buses. Qué ganas de llegar a mi casita y volver a la rutina. Era de capital importancia regresar a esa soledad que tan bien me hace. Aunque aún me quedaban los «deberes» de vuelta. Quién sabe si la «Srta. Rover» y «turista favorita» estaría esperando dar buena cuenta de mí.

Yo lo deseaba.

Bueno, ¡qué pollas!, dejémonos de modestias chorras; estaba seguro de que allí iba a estar la muy calentorra. Desde la ventanilla la vislumbré en el área de descanso. Al llegar, Mari estaba apoyando su lindo trasero en la parte delantera del cochecito «leré», con los brazos cruzados, mirada inquisitiva y media sonrisa; como una profesora exigente que le va a preguntar

al alumno si ha estudiado la lección o no. Y es que una buena docente es como una mujer que te ama, que te hace sentir que estas cuando no estás. Con lo creído que soy, reflexionaba, si se había enamorado de mí o de mi piruleta de fresa. El conductor nos avisó que teníamos media hora de «recreo». Esto era como cuando iba a la escuela y tenía que ir a recuperación mientras mis compañeros le daban al balón, con la salvedad de que este «castigo» era algo más divertido que el de antaño en mi infancia.

–¡Jodo, venga, sube al coche! –dijo *Miss. Rover*, y yo pensé para mí: «¿qué hay de un saludo, o de qué tal el viaje, o lo has pasado bien, cariño? En fin, qué cruz señor, qué cruz...».

Suspiré y le pedí las llaves. Quería conducir yo. Esta vez, de noche era más seguro que la anterior para cuidarnos de fisgones y curiosos. No tuvimos que alejarnos demasiado. Tampoco era plan de irnos hasta los arrecifes de Madagascar. Detuve el coche entre dos camiones de mercancías para buscar más la penumbra. Le sugerí que mejor nos fuéramos a la parte trasera de su humilde 200 caballos.

–Vamos a conocer el asiento de atrás de tu coche, Mari, como reza el tema de Loquillo en su «Cadillac solitario»; aunque tú eres pelirroja y la afortunada de la canción era rubia –y es que cuando me pongo tierno soy irresistible.

–Mmm..., ¡jodo! Veo que eres un romántico.

–Sí, tengo muchos defectos.

Una vez ya cómodos en el buga del amor ella buscó afanosamente mi entrepierna con ganas. Iba a ser un encuentro de poca conversación y mucho de estar en el ajo. Aquí cobra sentido el dicho «menos es más»; es decir, menos hablar y más follar en la vida. «Joder» como lenguaje universal único que nos hace a todos iguales. Como elevador de consciencia. Es normal que las sociedades y religiones hayan mutilado el sexo. Es el camino a la

autonomía, a la independencia de pensamiento, a la autenticidad del ser, a la unidad con el universo; a la fuente de la vida, al abrazo de la verdad. Al no hay ayer ni mañana, solo hoy y ahora. La mejor meditación. La unión. La comprensión de lo no verbal. El enemigo de las sociedades dogmáticas y represivas. Bofetada de los ejércitos, las armas, el poder material y el ego. Una patada al deseo de aquello que nada debería importarnos. No. No nos quieren así. No les interesamos libres. Solo quieren darnos el humo de lo que no existe, y sacarnos nuestra energía. Vampiros. Cerdos cebados de sombras de autoridad. Así estamos controlados. Así somos serviles. En plena diarrea mental, mi linda amiga me despierta con esas hermosas decisiones que esa madrugada decidió compartir conmigo.

-Como te dije, debo terminar lo que empecé hace dos días, chico. Veamos cómo está el depósito, ¡jodo!

-Oh, te puedo asegurar que está lleno. Incluso más que desde nuestro último encuentro -afirmé recordando que mis últimos escarceos no llegaron a «gol». Y a mí me gusta meterlas por toda la escuadra. Imparables para el cancerbero.

-¿De veras? ¡Uy, ya se ve! ¡Jodo! Lo noto juguetón... ¡Si lo tienes ya erecto!!!

-Mari, no pierdas más tiempo. Tengo que darte mucho «amor» acumulado de días.

-¡Dios, qué gordito y duro! Te voy a comer entero, chico -amenazó mientras chupaba el cucurucho.

-Joder, métela toda en la boca. ¡Inténtalo, coño!!!

-Mmm... Tienes tanto calor en la polla que siento hasta sus propias pulsaciones en mi boca -se relamió gozosa y feliz, la muy bruja.

Mari me hizo ver más estrellas que las que me ofrecía la noche ya de por sí. Tras unos instantes se puso de lado, y mientras con la derecha sujetaba la base de mi pene y me engullía una y otra vez, con la mano izquierda halló su ardiente y mojado sexo para

tocarse. Dejó claro que no iba a irse a medias a su casa. Había trasnochado por algo y quería su premio. Quería su helado triple de chocolate y nata. Lo demandaba. Estaba en su derecho. Cada vez era más y más intensa la felación, ya había pasado de mirar las estrellas a contemplar varias vías lácteas.

-¡Mmm! ¡Mmmm...!!! -gimió y explotó orgásmicamente, la muy golfa.

Sin quitar ni un solo momento su boca y su lengua de mi erecto *lingam*. Un subidón de energía desde lo más profundo de su ser, con mi pene como enchufe, pasó a todo mi cuerpo. En unos pocos segundos gané más que todo un fin de semana en un seminario absurdo ¡Qué ironía de vida! Temí. incluso, por un momento, que me arrancara de cuajo mi máspreciado tesoro.

-¡Qué pasada, jodo! ¡Qué viaje he tenido!

-Sí, nena, has perdido el control y he sentido el roce de tus dientes por todo el frenillo ¡Por un instante, un sudor frío recorrió mi frente!!!

-¡Ahhh...! ¡Qué pasada, qué pasada...! -repetía como un bucle.

-No es por romper este momento tan mágico, pero en breve debo regresar.

-Quiero que termines dentro de mi boca. ¡Quiero llevarme todo lo tuyo a casa! -suplicó.

Quería dejarme más seco que el desierto del Gobi. Y como soy un caballero me relajé y empecé a respirar pausadamente. Miraba el techo del coche y, de vez en cuando, veía su cabeza moviéndose mecánicamente arriba y abajo. Sabía lo que hacía, ¡y lo hacía muy bien! Estaba perdido. Me la tenía jurada: iba a eyacular quisiera o no. Era una maestra o más bien una bruja, y de ahí, yo no escaparía sin darle lo mejor de mí. No había salida, pero si lo deseaba tanto, no iba a tolerar que dejara nada. En el cenit del gozo agarré su cabeza animalmente. Empujé todo mi pene hacia

arriba golpeando duro su gaznate y el semen de días acumulado de relaciones sin explosión varonil. Brotó la vainilla de mi majestuoso cucurucho, hecho con leche artesana, dentro de ella. Exigiendo celoso que todo se aprovechara, y es que ni una gota toleraría ver rodar por su coche. Ya lo dice el refrán: «En abril, eyaculaciones mil». ¿Pero qué digo? ¡Si estamos en Julio! Desde luego, ¡pienso en cada bobada!

–¡Ahhhhhh...!!!! ¡Mariiiii!!!! -vociferé loco. Cuando satisfecho, al fin, di tregua y le dejé levantarse.

–Jodo, chico, con qué sabor más rico voy a irme a casa. Conduciré feliz hasta mi cama, donde me espera un sueño reparador –dijo con un brillo en los ojos de infinita gratitud.

–¡Y yo, nena, y yo! –repliqué–. Morfeo me espera en el bus.



EL SOL

«Las personas fuertes crean sus acontecimientos; las débiles sufren lo que les impone el destino».

Alfred Víctor de Vigny

No sé qué hago en la playa. No soporto el calor, el sol, ni nada que supere más allá de los 20 grados. El bochorno me apelmaza y me agota. Un agosto tórrido, abrasador, que te seca el alma. Me da envidia la gente que dice que el sol les alimenta, y les da un plus de alegría, que a mí me quita. En fin, ¡qué se le va a hacer! Cada uno es como es.

Estaba con una compañera más aburrido, y acabado, que la programación veraniega de Tele 5. Ella se tostaba horas y horas al sol, con las gafas puestas impertérrita chupando y obligando a su piel a absorber cada rayo; como si de oro se tratara. ¡Ya me podría «absorber» una cosa que yo me sé! ¿Para qué he venido con esta estrecha? Me levanté y me di una vuelta por la orilla. Chapoteando los pies con el vaivén de las olas, ensimismado en mis pensamientos, bucles y bucles de vivencias ya vividas y de otras deseadas.

Pasado un rato, una voz pidió mi atención.

–¡Hola, qué sorpresa verte por aquí, cielo! –dijo una voz femenina muy familiar para mí.

Allí estaba ella. Hacía años que no la veía. La primera mujer casada que me llevé al catre y que durante años me tiré, hasta que emigró con su marido e hijos a otras tierras. Por qué se fue nunca me importó, solo eché de menos ese sexo sin complicaciones que solo una mujer casada te puede dar. No era especialmente guapa. Ni tenía un tipazo de morirse; pero era ese tipo de mujeres que todo hombre deseamos y muchos no confesamos. Una hembra imponente de curvas rotundas, abundante pecho y graciosamente simple en el trato; tan infantil que, a veces, uno se pregunta si no hace un papel de todo esto.

–Hace mucho que no nos veíamos, mi cielo –me dijo con sus enormes pechos apuntándome.

Llevaba un bikini con refuerzos para desafiar la fuerza de la gravedad. Siempre tuve dificultad de mirar a los ojos a esta señora, madre de dos hijos, pero que bien a gusto me montaba cuando me dejaba.

–Sí que hace mucho, sí –repliqué, y en ese momento supe que me la quería joder.

Vaya novedad, ¿verdad?

–Estoy con mis dos hijos, que están allí jugando a las palas –me informé.

–¡Ajá! –es lo único que acerté a decir, y sé de buena tinta que una mujer no da información extra si no desea algo.

–¿Te parece si paseamos juntos, mozalbetes? Es lo que iba a hacer hasta que te vi haciendo lo mismo –propuso.

-De acuerdo.

Estuvimos recorriendo la larga playa hasta la otra punta. Ella hablaba y hablaba, y no dejaba de hablar. ¿De qué? Pues no lo sé ni me importa. Mi mente estaba demasiado ocupada reflexionando un lugar donde poder penetrarla a gusto. Imagino, que no os pilla de sorpresa, ya me empezáis a conocer. Cuando ya no había más arena que recorrer y sólo rocas irregulares delante de nosotros, la invité a meternos un rato en el agua.

-Vale cielo, pero despacio; el agua me da miedo.

«No es del agua de quien debes tener miedo», pensé para mis adentros. Y, así, con valentía y arrojo, nos adentramos en el mar hasta que nos cubrió casi enteros. Ver su exagerado busto flotar, hizo que tuviera una erección bajo el agua. Me acerqué a traición por detrás y agarré sus exageradas lolas.

-Ay, cielo mío, ¿qué haces? ¡Nos pueden ver!!! -dijo con fingida preocupación.

-Tranquila, a esta parte de la playa nadie se aventura a venir. Los demás están lejos de nuestro campo de visión y, ¡qué rayos!, nosotros de ellos.

-Te noto duro ahí atrás, cielo.

-Y dentro de ti también me vas a notar.

-Ay, cielito, hace tanto de esto... Nunca me olvidé de ti.

-Pues te voy a refrescar la memoria igualmente, «ojazos».

Solté el velcro adhesivo de mi bañador. Bajo el agua, aparté lo justo la parte de debajo de su bikini. La penetré entre olas. Eso sí, en ningún momento dejé de soltar sus melones. Cada vez más excitada se dejó poseer, a la vez que buscaba una penetración profunda que colmara mis deseos; y los suyos.

-¡Ay, loquillo, sigue por favor, no quiero que pares!

-Me pones muy bruto, gordi, ¡te voy a empalar dentro del agua! -
exclamé inestable de gozo.

Sin salir de ella introduje un par de dedos en su ano.
Inmediatamente, gritó.

-¡Ahhh! ¡Has perdido el juicio!
-Así es, chalado y sin camisa de fuerza.

Saqué los dedos a la vez que mi pene de su vagina. Entré en su
culazo. Fuerte y potente a la vez que suave; gracias al agua del mar
con su ir y venir. Y es que, cuando quiero, soy un romántico poeta.

-¡Cieloooo! ¡Cómo te sientooo! -soltó con un alarido apagado,
temerosa de que alguien nos oyera y se percatara.

-Por eso dicen que el agua es el elemento de la emoción. ¡Estoy
emocionado de placer! -bramé-.

Y al sentir próxima mi ebullición desplazé mis manos de sus
inmensos senos a su cintura; sin dejar la penetración en ningún
momento, la levanté hasta la orilla.

-¡Ayyyyy, locazo! ¿Qué me vas a hacer? ¡No estás cuerdo!
-¡No sabes hasta qué punto! Ahora te voy a dar lo que te mereces
sobre la arena.

Afuera del agua salí agresivamente de ella. La giré y la arrojé boca
arriba. Con los ojos como globos me observó con mitad deseo,
mitad temor, mi siguiente y último paso. Abrí mis piernas y me
posé de rodillas sobre su vientre con mi dragón erecto. Duro
frente a sus pechos y su cara. Friccioné mi ser mitológico
enérgicamente. Buscando la llamarada final en esa aciaga tarde de
verano donde, a veces, sin quererlo ni buscarlo, el destino te
manda una hermosa mujer que, al menos, te consuele el día.

Sin duda, un acontecimiento feliz.

-¡Rayos, truenos y centellas! Te voy a dar lo que querías. Lo quieres, ¿verdad?

-Sí, loco, por favor, dámelo, ¡dámelo! -suplicaba.

-¡JODER!!!

El primer chorro, a traición, impactó en todo el ojo izquierdo de lleno. El segundo, ya más modesto, entre sus pechos, los cuales recibieron gozosos mi esencia de vida; poniéndose aún más vitales, brillantes y alegres al instante. Debe ser «abono» para las mujeres, eso está claro. Las últimas gotas las acerqué a su boca y la obligué a relamer todo; y es que en el mundo hay mucha «hambre» y no me gusta que se desaproveche nada.

Tras unos breves segundos en los que me permití recuperarme, me incorporé, guardé el animalito en su cueva, y me despedí.

-Bueno, *gorditxu*, un placer. Ya nos veremos.

-¡Loco! ¿Y me vas a dejar así? ¿En estas condiciones?

-Creo que te dejo mejor de lo que te he encontrado -dije con esa chulería innata del que sabe que ha hecho un buen trabajito.

Aunque hay que reconocer que yo también me iba mucho mejor que antes de volver a verla.

Me di la vuelta y, sin volverme, empecé el camino hasta la otra punta donde esperaban mi toalla y mi compañera. Según volvía al punto de partida empecé a recordar mi última sesión con Sol. Última y definitiva debo remarcar. Tras casi cuatro años de intensa terapia llegaba el adiós.

Y ella estaba muy interesada en cómo reaccionaría.

-¿Te sientes abandonado? ¿Enfadado, tal vez, por acabar esta etapa de psicoanálisis?

-¡Qué mierda! No puedo evitar pensar que soy un fraude, casi como al principio, y que no tengo derecho a ayuda.

-De todas maneras, tu patología psicológica ya no tiene una evolución tan tórpida como antaño -indicó-. La medicación del doctor Castaños te va bien.

-A veces, pienso que debo parar mi mente, que no soy el centro del universo.

-Es una buena reflexión.

-Durante estos años siempre he deseado tener sexo con usted. El no controlar esos pensamientos me hace sentir culpable.

-Ya te lo dije hace mucho. No te permites nada. Intentas controlar todo. Te pones metas casi inalcanzables y cuando no consigues lo que deseas, ¡te machacas!

-¡Quiero no volver a mentir a nadie nunca más! -exclamé con firmeza.

Al instante, vi una mueca de desaprobación en su rostro.

-¿Ves? -contestó compasiva- Otro reto..., y si no lo consigues te culparás hasta el infinito. Es como un bucle. Conseguirás con esa actitud más y más descompensaciones emocionales y reagudizaciones depresivas en tu ánimo.

-Entiendo -dije como un lamento.

-Recuerda que los factores externos que se te manifiestan como estresantes están en el juicio propio que das tú mismo a ellos.

-Sí... -contesté, casi inaudiblemente.

Tenía ganas de llorar. Por primera vez empecé a ser consciente de que esto se acababa. En ese momento, me di cuenta de que durante esos tres años había recibido la atención y el cariño de alguien. Por fin lo estaba valorando.

Al final, la voz se me entrecortó y sollocé.

-¿Qué te pasa? -interrogó interesada y, a la vez, intuí que complacida. Creo que por primera vez vio humanidad emocional en mí.

-Jamás vi en usted más que una mujer a la que desear y poder tener sexo. ¡Qué rayos! ¡Me siento fatal por eso!

-Tienes que dejar de atormentarte -prosiguió en su frialdad profesional, pero un matiz en su voz me hizo sentirla más cercana-. La luz está más cerca de lo que crees.

-¡No me soporto!

-Es porque tu cabeza no para. Irónicamente, a pesar de tu nula capacidad de atención, de tu merma de interés cuando algo no te llama, hay mucha ineptitud en desarrollar, por tu parte con continuidad y eficacia, lo que no te motiva en la vida. Y se te nota mucho. Te evades. Vuelves con la rapidez en la que se enciende y apaga una cerilla.

-Voy a intentar mejorar. Lo prometo. Compartir más. Cultivar más empatía por el de al lado...

-No lo dudo. No eres la misma persona que entró por primera vez a mi despacho. Hace ya mucho. ¡Ahora eres consciente! Puedes evolucionar. Tener una vida sin tanto potencial de siniestralidad destructiva hacia tu persona.

Recordaba aquella conversación a fuego. Salí de allí renovado. Aunque seguía medicado por el psiquiatra decidí hacer borrón y cuenta nueva de mi vida. Creo que había que empezar ya. ¡Sí! ¡Ya mismo! Ahora iba más tranquilo y sosegado. Paseaba calmado contemplando el océano y su horizonte. Me cercioré de que el mar, dependiendo del cielo, puede tener todos los colores y ninguno a la vez. He ahí su grandeza. Al cabo de media hora, llegué donde mi quemada compañera playera. Me esperaba sentada con las manos apoyadas en las rodillas. Eso sí, ¡sin quitarse esas malditas gafas de sol!

-¡Vaya!, el paseo te ha sentado bien. Ya no tienes cara de besugo al horno.

-Pues sí, ¡qué leches! Yo creo que esto del sol es una cuestión de actitud -contesté- Fíjate, creo que ahora, ¡hasta me gusta!



LIBERACIÓN



«QUIERO ESTAR CONTIGO»

«Puede haber amor sin celos, pero no sin temores»

Miguel de Cervantes

Martes.

-¿Quieres ser mi novio?

Pregunta directa y seca por *WhatsApp*. Virgi es una mujer de mediana edad; menudita, muy sexy y coqueta. Había tenido una relación de casi un año con ella hacía ya tiempo. Después, siempre quise volver a llevármela a la cama. Nunca me ha importado demasiado que me dejaran. Lo que sí me ha molestado es que por tal nimiedad se cortara la fuente del sexo. Mira que intentaba volver a llevarme al catre a esta bonita mujer; rubia, de esplendoroso trasero, guapa como una diva, risueña y romántica.

-Quiero estar contigo, *telarero*. El jueves tengo libre, ¿qué te parece si quedamos para comer y pasamos la tarde juntos? - insistía al ver que no contestaba.

Siempre usaba esa expresión: «telarero». No sé por qué, ni qué significaba. Pero me daba igual. Estaba pensando en mi promesa de sinceridad que ya había reflexionado hace algo más de una semana en aquel viaje odioso. Aquel inútil seminario espiritual de mierda al que acudí. También hablé con mi loquero en la última terapia de mi «auto-juramento», como forma de ser más honesto y feliz. Me prometí honradez extrema. La mentira ya no cabría en mi vida. Al psiquiatra Castaños, al igual que a Sol, la idea no le gustó mucho. Me insinuó, que era otra forma mía de control, de ser excesivamente riguroso conmigo y no perdonarme nada. No le entendía, ¿cómo podía ser el camino de la sinceridad plena una ruta equivocada? Además, sabía que el ofrecimiento incondicional de la chica no era lo que parecía; así que como ella expresaba lo que quería, ¡era justo que yo también!

–De acuerdo, Virgi. Podemos comer en mi casa. Pasar toda la tarde follando me apeetece un montón –respondí.

Me sentí, al instante, liberado con mi recién estrenada sinceridad.

–No, gracias, *telarero* –escribió tras unos segundos tensos, para preguntar a continuación–: ¿Cómo eres así?

Antes esa respuesta me sentí como me he sentido muchas veces en mi vida: no querido ni respetado. Porque, como dije, tuve una relación con esta rubita durante casi un año. ¿Acaso nunca se molestó en conocerme? Y si pedir que me conociera era demasiado, al menos, podría aceptarme; con eso me bastaría. Tampoco necesito que me hagan un perfil psicológico. No soy tan ambicioso. Que solo acepten mi persona siempre me ha parecido suficiente. Y como en esta nueva etapa abracé la verdad volví a contestarle.

–Dices que quieres estar conmigo, ¡pero quieres estar conmigo para hacer lo que tú quieres!, y no lo que yo quiero.

-¡Ay! Pero yo quiero ir al cine, pasear... hacer el amor es algo muy íntimo y no se programa -insistió.

Reflexioné, pero callé. Comprometerse a decir la verdad siempre no quiere decir meterse en debates, que está claro son inútiles. Así que, omití expresar mi pensamiento: «no se programará en tu mundo de primaveras y príncipes azules, pero en el mío sí se programa, como se programa quedar para emborracharse con mis amigos».

-Bueno, déjalo, no queremos lo mismo. Aunque ser «novios» un día a la semana, estaría bien -contesté cortés y amable, con la decisión de seguir con mis quehaceres.

-¿Una vez a la semana, *telarero*? -preguntó incrédula. Me encanta provocar y ella exigió claridad-. ¿Cómo se hace eso?

-Con muy poca ambición -sentenció.

Y ya no hubo respuesta.

Es fascinante el empeño de las mujeres que desean algo de mí, que no tengo ni puedo ofrecer, porque mi naturaleza es otra. Encima, lo dicen como si fuera lo mejor para uno, como haciéndome un favor; como si así fuera a ser más feliz.

Me di cuenta de que la valentía emocional siempre es ganadora, por mucho que parezca riesgo. Supongo que nada pierdes en esa energía; solo se puede ganar. Me sentía satisfecho y noble por decir lo que deseaba y no tomarme como algo personal una negativa. Por supuesto, decidí en ese momento dejar de juzgar el coloquio que acababa de tener. Así que me vestí y fui a la cita con mi jefe. Mi año de «asuntos propios» estaba expirando y debía renegociar mi incorporación en el trabajo. Decidí ir andando. Al cruzar la puerta principal de mi santa empresa estaba la secretaria, con su moreno y extenso pelo ondulado; grandes y hermosos ojos azules, y una amplia sonrisa de luz.

-¡Golfo! -me dijo en forma de saludo-. ¿Para cuándo sale tu novela?

-Para febrero Purita, espero -contesté mientras cogía un sugus, lo degustaba y arrojaba el envoltorio entre la obertura de su generoso pecho. Lamentablemente, esta vez tapado para mi desgracia personal y visual.

-¡Travieso! -bramó dulce-. Imagina que si por casual tuviera los botones desabrochados. ¡Hubieras hecho canasta! -y yo sonreí. Mi sucia mente había imaginado eso y más.

-¡Ay, *Puritxu!* ¿Cuándo vamos a quedar tú y yo?

-¡Nunca! Ya me engañaste una vez. ¡Eres un picaflor!

-Anda, deja de decir bobadas, a mí me pones...

-¡Que no me engañas más! ¡jajajajaja...! -rio con ganas.

El «engaño» al que ella se refería fue un *affaire* que tuvimos haría ya dos veranos. Gocé de sus alucinantes pechos y mi sexo de su boca. Unos días más tarde, cuando le solicité sodomizarla, se enojó y dijo que no quería verme más. Parece que el enfado se le pasó rápido. Tal vez, solo fue una pose y le di una excusa para no joder más conmigo. Seguramente, el engañado fui yo-. ¿Y qué tal tus gatos? -siempre me preguntaba por ellos y eso tranquilizaba mi vanidad varonil. Me hacía suponer que usaba los felinos como excusa de debate y que, en el fondo, se había ido satisfecha de mi cama. Lo que pasa es que como soy un vicioso siempre quiero repetir y, como dije antes, a mi no me importa que me dejen mientras no me corten la «fuente» del placer sexual.

-Preguntan por ti... -me mofé. La esperanza no la pierdo cuando pienso con el pito -aún recuerdan aquella tarde apoteósica que tuvimos y...

-¡Que no me engañas más! ¡Que eres un pillo y yo no soy así! - siguió riendo esplendorosa, y yo pensé: «Sí, claro, tú no eres así. ¡Tú eres la Virgen María, no te jode!» -. Anda, sube, que el *boss* te espera.

-Adiós, *amore*. Como siempre, un placer verte -me despedí.

Y, sí, era un placer verla. Ya no miento, ¿recuerdan? Otra cosa, es que me quede con las ganas de soltarle una llamarada de mi dragoncito en sus ojos color mar; pero eso es otra historia.

Tras la aburrida entrevista con el mandamás de Recursos Humanos por la noche quedé con una amiga; Tina. Ella era sudamericana y habíamos hecho amistad solo como una mujer y hombre pueden serlo; es decir, que no haya tensión sexual de ningún tipo. O que la haya habido y hubiera sido resuelta en su momento; en este caso era por la primera opción y, aunque era una mujer que tenía su atractivo para los hombres, confieso que para mí era un descanso porque no necesitaba pasármela por la piedra.

Quedamos en el bar de una conocida suya. Celebramos mi cumpleaños, del que ya habían pasado un par de días, tomando unas cervezas. Me gustaba quedar, de vez en cuando, con ella. Era una mujer generosa y eso me animaba a serlo yo más. Siempre me he visto como una persona egoísta e interesada y Tina calmaba esa parte oscura de mi corazón; encendía una llama de esperanza. Incluso sabía que le caía bien como ser humano, cosa que no dejaba de sorprenderme. Eso era que, en el fondo, no me conocía bien. Degustando nuestra consumición empezó a conversar con la camarera que, curiosamente, era también de su mismo país. Entendí que, en parte, me utilizó para conocerla y entablar amistad con ella. Para acompañarla, vamos. Pero no me importó lo más mínimo. Yo he hecho tantas veces lo mismo... La camarera se llamaba... no me acuerdo y, ¡qué más da! Se contaron sus vidas y orígenes. Me quedé embelesado escuchándolas. Me recordaban a los niños que hablan a la vez, y a veces de cosas diferentes, parecía que no se escuchaban, pero era su forma de agradarse y querer intimar, de presentar sus «credenciales».

Tina, mi acompañante, era una mujer bajita, de media melena; tal vez unos treinta, con pechos voluptuosos. ¡Ay, como me fijo en las

tetas! ¿Estaré enfermo? ¿Tal vez mi madre me dio poco de *txiki* e intento equilibrar, inconscientemente, una falta de mamas maternas? Si existiera una carrera universitaria de ello sacaría un doctorado *cum laude*. Sea lo que fuere, nos invitó a unos pinchos y a esperarle al cierre para invitarnos a tomar algo en otro bar. Huelga decir que aceptamos; y yo encantado. Me gusta que me vean por el barrio con mujeres hermosas.

En ese momento, recibí un *WhatsApp* de «quierosertunovia» sorpresivo para mí.

–De acuerdo, *telarero*, comemos y luego hacemos el amor –me escribió Virgi–, pero prepara una peli, que sea de miedo ¡Ya sabes que son las que me gustan!

Jueves.

Era una mañana de frío y lluvias intensas. Me había levantado a primera hora para limpiar y asear mi casa. La princesa de aires, huracanes diría yo, románticos iba a venir. No podía evitar sentirme intranquilo. Suponía que no era armonioso que ella cediera a mis deseos de cómo pasar la tarde juntos, pero me repetía que no debía juzgar tal cosa; era una mujer madura y responsable de sus actos. Y, si así lo había decidido, era porque lo deseaba también. Decidí dejar de pajearme mentalmente tanto y me impliqué en poner mi casa de la mejor manera posible. Viendo el día tan feo empecé a tener una corazonada. Me decía que ella no iba a venir. Seguramente, me insinuaría que fuera yo a la suya. Volví a repetirme que yo no tengo por qué pensar por los demás, pero no podía evitar tener esa intuición, y es lo que tiene cuando conoces a alguien bien; amén, que mi intuición siempre me ha dicho la verdad, y cuando no la he escuchado me ha castigado con severidad.

Empecé a media mañana con un *WhatsApp* de Virgi: «¡Ay que frío hace, *telarero*, y qué bien se está en la camita!». Yo ni contesté. Me dediqué a seguir limpiando. Cuando acabé me vestí y fui a mi cita de mediodía con mi masajista personal. Me esperaba para darme un buen meneo corporal y sensitivo. No me importaba gastarme semanalmente un dinero en que acariciaran mi cuerpo. Sentía que tal trabajo sobre mí era acumulativo. Mi interior agradecía recibir calor y cariño manual por todo mi ser. Mientras acudía a mi cita bajo una intensa tormenta bilbaína vino el temido *WhatsApp*: «¡Ay llueve mucho, *telarero*! ¿Por qué no vienes tú?». Supongo que pensaría que solo llueve para ella. Pero decidí seguir con mi práctica de amor y no juzgarlo. Aunque lo primero que me fluyó decir era un NO rotundo «y que ya quedaríamos otro día». Pero el deseo de tener sexo me hizo tener una respuesta moderada: «Voy a hacer unas cosas, cuando termine te contesto».

Después del masaje seguro que sabría mejor lo que quería.

–Hola –saludó mi bruja de manos curativas al abrirme la puerta de su acogedor lugar de trabajo.

Era un alto donde se veía la villa y, sobre todo, tejados (los tejados me fascinan; desde pequeño siempre he soñado caminar sobre ellos, saltar de uno a otro y contemplarlos aviva mi imaginación y mi niñez, tiene un poder relajante sobre mí).

–Hola Itsaso.

–Voy a poner tu música para el masaje.

–¡Qué rayos! ¡Genial!

Poco más hablamos. Los primeros días yo charlaba mucho, pero cada vez que acudía hablaba algo menos. Me di cuenta de que cuanto menos abría la boca, mas seguridad tenía en mí mismo, y a ella le gustaba trabajar en silencio. El silencio también tiene su lenguaje, llenos de ricos matices, interrogantes, exclamaciones,

afirmaciones y respuestas. El trabajo se estiró más de una hora en curativas caricias. Trató un poco más intensamente mi segundo chacra que bien sabe debo sanar. Tras finalizar, pensamos en ir a comer juntos, pero antes *WhatsApeé* a la perezosa coqueta.

–Acabo de terminar lo que tenía que hacer –le escribí.

–¿Sí? –contestó–. Ven ya. Mi hijo vendrá a comer con nosotros, pero luego se irá con sus amigos y nos quedaremos solos. Quiero estar contigo.

En ese momento, lo supe. La respuesta no estaba en mi pene, que decía: «¡Ve por Dios! Vas a echar un polvo genial. ¿O es que no te acuerdas de lo bien que te lo pasabas con ella en la cama?». Ni en mi mente que respondía: «¡Dile que no! ¡Te usa a su capricho! ¿Qué se ha creído que es para cambiarte los planes una y otra vez?». No. La respuesta no estaba ni en mi sexo ni en mi cabeza; la respuesta estaba en mi corazón.

Y mi órgano latiente respondió:

–Mejor, lo dejamos para otro momento. De veras, te deseo que pases un gran día –le escribí lo más amoroso que pude, y tras unos instantes me contestó–: Gracias, *telarero*, lo mismo para ti.

Admití que, más que posiblemente, no tendría oportunidad de tener sexo con esa mujer nunca más. Pero estaba feliz de mi respuesta. Fui a comer con mi especialista; una buena compañía. Otra mujer con la que me sentía espontáneo y con momentos dichosos. Supongo que, porque como dije con mi otra amiga latina, Tina, no tenía ninguna inclinación ni deseo sexual por ella. Y eso que era una mujer linda, de ojos hipnóticos, hermoso pelo largo y rizado que me gustaba admirar. Comimos y debatimos de cosas intrascendentes, que son las charlas que a mí me gustan, y cuando saciamos nuestro estómago y mente, nos despedimos con un «hasta la próxima».

Me fui a mi casa empapado de aceite de masaje y sirimiri bilbaíno. Al llegar me duché. Me puse cómodo para ver la película, que tan detalladamente había preparado, para compartir hoy con la promesa de un gran revolcón. Era muy buena y me hizo pasar buenos sustos. Y, si no fuera porque convivo con mis dos hermosos gatos, creo que hubiera pasado una noche intranquila. Pero, tras terminar el film, pedí que me guarden a mis protectores celestiales. Esotérico que es uno. Me dispuse a sobar no sin antes reflexionar que, como pensé, la valentía personal puede ser muy sanadora para el corazón; pero para «mojar» era fatal. Y ya llevaba varios días con el dragoncito seco, seco.

Esto empezaba a ser preocupante...



ESTO NO VA A FUNCIONAR

«El amor de los jóvenes en verdad no está en su corazón, sino más bien en sus ojos».

Ovidio

Había pasado un mes desde mi promesa al especialista, el cual seguía dándome más droga, y no estaba de acuerdo con mi actitud. Además, mi vida no solo emocional, sino social, era un caos. La gente cada vez me veía más como un bicho raro. Antes recuerdo que también, pero al menos era un bicho raro «tolerable». Ahora era cada vez algo más parecido a un paria. Sentía como la gente me huía y evitaba con una mezcla de repulsa y, aunque suene narcisista, siento que tal vez también envidia. Concepto que me incomodaba porque la negatividad de tal energía es tan palpable como un puñetazo en pleno rostro. Posiblemente, elegir el sendero de la verdad, honestidad y sinceridad con uno mismo y los demás, era el camino de la individualidad más completa. O, simplemente, era cosa para habitantes de otros planetas más evolucionados. No sé si estaba preparado para aislarme o, más bien que me aislen; no era de mi gusto desearlo así. Supongo que ser consecuente con una forma de vida en la que la mentira no

tiene cabida el resultado era el castigo. Tal vez, porque proyectas en los otros lo que no les gusta de ellos mismos. Y antes que aceptar la autocrítica siempre es mejor, o mejor dicho más fácil, señalar con el dedo al otro. Mientras reflexionaba, como siempre este tipo de estúpidas masturbaciones mentales, me daba cuenta de lo malo que es pensar, que seguramente no sirva para nada y, además, solo crea sufrimiento.

Mucho sufrimiento.

Descansaba de mi jornada laboral en un banco del Arenal de Bilbao. Decidí silenciar mi mente. No deseaba analizar más. No quería, ni podía controlar el pensamiento de los demás; ni el mío. Estaba claro que deseaba la aprobación, amor y aceptación de los que me rodeaban, como un sediento en un desierto; pero sonreí. Entendí que el control es inseguridad, infelicidad, y puede que cierta locura patológica. Sentí temblar ante tal afirmación que vibró como luz mi ser. Eso es lo que mi loquero me insistía: no debería ser siempre sincero, ni obligarme a ello, ni autoflagelarme por no ser perfecto; sabía que debía abrazar esta afirmación, siempre he querido ser aceptado, pero antes no me aceptaba yo.

Durante un instante mi mente me dio tregua y simplemente estaba ahí sentado. Respirando. Sin juicios. Viendo a la gente. Las personas pasando con sus prisas y sus sueños. Las palomas revoloteando. El viento meciendo las hojas de los árboles. Respirando, sí, respirando sin más ambición que estar aquí. ¡Y qué bella es la observación sin apego! Entendiendo que cada momento, gesto, luz y sombra no se volverá a repetir jamás. Irrepetible, en un continuo y eterno fluir. Nada volverá a ser igual tras el instante que acaba de pasar; y yo tampoco. ¿Me iba a dar la enhorabuena por estar un mes sin mentir? ¿Acaso alguien me iba a dar un premio? ¿Una medalla tal vez? Mi vida era un desastre. Me quedaba sin amigos. Y sin amantes. Erraba, tal vez, al pensar que no eran mis amigos si no me aceptaban como tal, pero es que

me estaba engañando. Yo no era así. Yo era un ser imperfecto. Inseguro. Muchas veces egoísta. Un humano que sobrevive, y siente, como buenamente puede en este mundo; igual que los demás, igual que todo bicho viviente.

Creo que era momento de dejar de evadirme de mí mismo cuando una dulce voz interrumpió, de nuevo, otra más, mi estúpida disertación existencial.

–Hola, guapo... ¿En qué piensas tan absorto? –me preguntó la fémina curiosa.

Era una compañera de clase de yoga. Ya dije que hago mil cosas alternativas y esotéricas. Me apunto a todo. Supongo que porque no soy feliz. Si lo fuera me conformaba con un plato de huevo con patatas fritas y lomo como el nirvana absoluto.

La gente «básica» sí que es dichosa.

–Hola, Ana –contesté enrojecido–, mejor no quieras saberlo –dije recordando que me había autoimpuesto la sinceridad–. Tan solo te diré, que me siento avergonzado de que me hayas visto en esta situación.

–¡Ay, tonto! –exclamó satisfecha con mi respuesta– Yo también, a veces, estoy como ida, en trance, incluso hablo sola, ¿sabes? –concedió mi acompañante.

Era una mujer joven. No llegaba aun a la treintena. De pelo castaño oscuro en media melena. Delgadita y con lindas curvas. Tez morena y de perfume intenso. Confieso que siempre me la he querido follar, ¡qué raro en mí!, y mientras yo tenía tan profundos pensamientos espirituales por ella, siguió hablándome:

–¿Sabes una cosa, guapo? Mañana es fiesta y podríamos salir juntos. Hay una nueva zona nocturna que me gustaría conocer y

tengo entendido que hay muy buen ambiente. Ay, sería genial que fuéramos a tomar unas copas –me invitó con gracia.

Sin embargo, no tenía ninguna gana de vida nocturna.

–Eres muy amable, pero no me apetece.

–¿No te apetece ir conmigo?

–¡Qué carajo! No me apetece ir.

–¿Y qué te apetece?

–Me apetece tener sexo contigo –confesé como un niño que confiesa una mala acción porque no le queda más remedio.

Anita calló unos instantes anonadada por mi franqueza. Por un segundo creí que me iba a abofetear. O algo peor. Pero se recompuso, y muy diplomática me contestó:

–Bueno, mira, salimos y luego ya se verá –contestó para mi sorpresa, ácidamente.

–Lo siento, pero no.

–¡¿No?! –bramó, y ahora sí que le cambió la energía del rostro, pero ya de forma permanente–. ¿No te parece justo?

–Pues no. Me parece un trato. Un intercambio comercial. Un acuerdo. Y no deseo hacer nada que no me apetezca solo por el simple hecho de que luego habrá «recompensa».

–¡Grosero! –gritó enfurecida.

Ahora sí fue demasiado para ella. Su mano abierta sacudió mi cara con tanto frenesí que me castañearon los dientes. Se levantó y se largó como alma que persigue el diablo en pantalones cortos. No solo me quedé con la mejilla izquierda como un tomate, también con los viandantes que habían visto la escenita y me observaban como un jurado en un juicio sumarísimo.

¡Anda, vámonos a casa! –me dije– y al incorporarme empecé a carcajearme mientras la gente atónita murmuraba y me señalaba

con el dedo. No tenía prisa por llegar al hogar. Decidí disfrutar de la «caricia» aún caliente en mi rostro como un acto de amor; como un orgasmo intenso que se deleita pasados unos minutos después. Recordé que en un bolsillo interior de la chaqueta llevaba en una pequeña cajita redonda un poco de mantequilla de marihuana casera. Decidí celebrar este estupendo día degustando un poco de «felicidad». Tomé todo el contenido. Si ya iba con una sonrisa sutil, al poco, debía de ser cada vez más bufona. Enseguida empecé a tener los sentidos más intensos. Oía cercana a la gente de mi alrededor. Los perfumes de los que se me cruzaban llegaban a mi fácilmente y una sensación de placidez, y paz, me recorría las venas. Mi imaginación empezó a volar. Las calles se deformaban y empecé a asustarme un poco. La «maría» me estaba haciendo demasiado efecto. Mezclada con la química antidepresiva que me metía era aún peor.

Mejor llegaba a mi casa y allí disfrutaba del viaje solo y seguro.

Comencé a tener miedo de nuevo. Mis pensamientos de hacía un par de horas volvieron a invadirme. ¿Me quedaré solo? ¿La situación de antes será el modus operandi de mi vida a partir de ahora? Llegué a mi portal con temblores. Entré al ascensor y timbré el quinto piso. Había vendido mi antiguo piso y adquirido uno nuevo y moderno. Al menos en eso, en comodidad y calidad de vida, evolucionaba favorablemente. Me observé en el espejo del interior. Me fijé que a pesar del miedo la sonrisa no se me iba.

Ya estaba en el segundo piso.

¡Joder que ganas tenía de entrar por la puerta y olvidarme del mundo! Nada más entrar por la puerta me lancé sobre la cama. Mis gatos saltaron en busca de su «colchón» favorito. Cerré los ojos. Empecé a disertar, a ver el mundo inmaterial más allá de mi refugio de hormigón. Allí no había mentiras. Tal vez, tampoco verdad; sino más bien todo lo contrario.

¡Qué descanso viajar de vez en cuando a ese universo donde existe sin existir! Y es que esto, en este mundo material, lo mío no iba a salir bien; así no.

Tenía que volver a ser el que era. Ver el placer de la carne sin culpa. Rendir solo cuentas a mí mismo. ¡Dejar de pensar tanto, por Lucifer! Dejar de ser un merluzo y abrazar más mi instinto.

Darme más amor; pero muchísimo más.

Y aceptarme, por fin, con mis luces y sombras.



INSTINTO

«Sin el animal que habita dentro de nosotros somos ángeles castrados»

Herman Hesse

A lo largo de la vida tengo el conflicto en los acontecimientos que surgen diariamente entre el control y el descontrol. Me desvelo entre lo racional y el deseo; lo correcto y el instinto que llama a la puerta cada vez que reprimo los impulsos propios de mi naturaleza. No solo sexuales, también de comportamiento. Y es que esta cárcel que es la vida, o más bien, la sociedad humana en que me muevo, es repugnante. Por eso, a veces, pienso si no es mejor para la salud estar loco de atar y tirar la llave. En mis terapias siempre me dicen que busco autoridades que derribar. Pienso que, en el fondo, solo son formas de pedir amor y atenciones; y puede que tenga razón.

Es más: estoy seguro de que es así.

Supongo que si no existiera el artificial concepto de castigo sería mucho más feliz. Me repito a mí mismo, como un mantra desde

hace un tiempo, la afirmación «placer sin culpa»; como un hedonista ilustrado.

Y así seguiré hasta que mi inconsciente la digiera.

Otro fin de semana de mediados de septiembre, en un lugar en el que no me apetece estar, me hallo. Culpa de mi falta de carácter o, simplemente, porque no quiero enfrentarme a mi soledad en casa. O, lo que es lo mismo, a mi mayor enemigo que soy yo. Frecuentaba un pub de gente que no me gustaba y de música que detestaba aún más. Esa noche, y en ese mismo lugar, me alegró ver esa chica que anhelaba desde hacía años y que siempre pasaba de mí. Pero el aburrimiento llama a la valentía. Me acerqué a ella de nuevo, con la seguridad del que nada tiene que perder.

–¿Cómo te va? ¿Estás bien? Te noto mareada –pregunté.

Y pregunté con verdadera preocupación. Era notorio que la noche le estaba pasando factura. Me miró. Enseguida me etiquetó como el chico que siempre le da conversación, pero que nunca conseguiría nada; aquel que nunca penetraría en su morada por falta de valor alfa, según su cuadrada mente femenina.

Llevaba una camiseta de cuello alto rosa y, encima, un jersey de pico. Siempre vestía ese tipo de ropa porque, aunque lo intentara esconder, era una mujer de mucho pecho. Se notaba que le acomplejaba vistiéndose un poco «monja»; siempre con collares largos y ostentosos. De intensos ojos azules y de tez muy blanca, con pecas, pelo corto y moreno; de estatura media y, cuando se animaba, una sonrisa llena de luz que me hacía sentir deseos de poseerla, como un diablo que se siente atraído por esas mujeres «ángel»; precisamente por eso mismo, porque son opuestos.

–*Kontxo*, la verdad es que debería irme a casa. Estoy cansada, pero tampoco quiero molestar a mis amigas con que me acompañen, y fastidiarles la fiesta –confesó.

Y yo me sentí identificado; otra sin personalidad. Otra como yo. Anteponiendo sus necesidades a otras «imaginarias» de terceras personas.

–¡Qué hostias! Yo también quiero irme. Déjame acompañarte hasta tu portal y ahí te dejo –me ofrecí–, y sin ninguna intención de nada más –por supuesto, mentí como el bellaco que soy.

Durante un instante lo reflexionó y asintió. Supongo que tenía demasiadas ganas de irse al nido y nada mejor había como opción.

Me despedí yo también de mis amigos. Estaban demasiado ocupados con unas insoportables pijas de esas que les gustan a ellos. Salimos de ese odioso lugar camino de la casa de la angelita. Suplicando que fuera algo lejos con la esperanza de tener un acercamiento, a través de la conversación, en esa apacible madrugada de finales de verano y principios de otoño.

–Vivo cerca, pero, *kontxo*, gracias por acompañarme –dijo con un hilo de voz.

–De acuerdo, vamos para allá –respondí intentando que no se notara mi decepción. «Mi gozo en un pozo», pensé.

Y, como no andaba muy recta, le ofrecí mi brazo. Ella accedió casi por necesidad.

–Gracias por llevarme. Eres muy amable.

–De nada, gracias a ti.

Y, en ese momento, me di cuenta de que era «demasiado bueno». Demasiado predecible. Demasiado correcto. En definitiva: demasiado idiota.

Nada excitante había en mi comportamiento.

Llegamos a su portal y, en ese santiamén, decidí matar a Jekyll y resucitar al Hyde que todos llevamos dentro; como medida desesperada.

–Creo que debo subir contigo –dije firmemente.

–*Kontxo*, ¿y eso por qué? –respondió sorprendida.

–Este trabajo tan inhumano de acompañarte merece que me invites a un té caliente antes de irme; así veré tu casa. Quiero juzgar si la tienes tan bien adornada como esos collares, tan exagerados, que te pones y que parecen más caros que un cinto de cocodrilo.

–¡Vaya, me has hecho reír, y hasta me siento mejor! De acuerdo. Subes. Tomas tu té y te vas. ¿Conforme?

–Palabra de caballero –prometí.

Meditaba si no me estaba ganando el infierno, y el fuego eterno, con tanta falacia que salía de mi boca. ¡Madre del amor hermoso! ¡Dios me libre y me guarde!

Subimos por el ascensor. Vivía en una fantástica buhardilla de aire bohemio de la que me enamoré nada más verla. Llena de cuadros sin marcos y ventanas desplegadas en el techo. Mientras, ella puso el agua, preparó la tetera y las tazas. Me senté y me preguntó si quería azúcar.

Señalé que lo tomaba solo.

–Toma. Deja que repose un rato y, si no te importa, yo me voy a duchar. Estaré un buen rato para despejarme. Cuando termines,

por favor, cierra bien la puerta al salir. Sin hacer mucho ruido a ser posible –dijo.

Y lo dijo tan desapasionadamente que, interiormente, entendí que ningún interés sexual había despertado en ella; que casi mejor me dedicara al parchís. Solo era alguien gracioso, amable e inofensivo, que le había acompañado y le había hecho reír un instante de fácil olvido.

No respondí y ella tampoco lo esperó. Con desgana entró en el WC con puerta corredera. Cerrando me dejó ahí, como un pasmarote, con mi té de las narices. Al poco, empecé a oír la ducha. Pasados unos minutos me tomé mi infusión. Triste por mi cobardía, me levanté con la intención de salir sin molestar; como alguien que se avergüenza de perturbar con su presencia.

Justo al abrir la puerta para irme, me pregunté si esa era la persona que quería ser. Un reprimido, un tipejo inmundo, que no pide lo que quiere. ¡Hasta un recién nacido con sus lloros pidiendo teta demuestra más carácter! Me dirigí a la puerta corredera del baño. Respiré. La abrí. Se estaba duchando tras los ventanales cerrados. Escasamente se veía la silueta. Era de esas mamparas imitación cristal y, junto con el vapor del agua caliente, apenas se veía su figura. Me desnudé tranquilamente. Había entrado en un trance y en un convencimiento de que ya no había vuelta atrás. Me acerqué. Abrí la mampara. Lo que encontré allí era una mujer de ley, ¡Dios qué hembra!, ¡qué senos grandes y firmes!

¡Qué cuerpo de bandera!

–¡Pero, *kontxo*, tú estás chiflado! ¡Sal de aquí ahora mismo!!! –gritó loca.

Sin mediar palabra alguna me introduje dentro con ella. Con el agua sin dejar de correr. El jabón recorriendo por su espalda. Se cubría los deliciosos pechos como buenamente podía.

-¡No entres o gritaré! -amenazó.

-¡Qué cojones! Claro que vas a gritar -repuse mientras la agarré por detrás con fuerza-, pero vas a dar alaridos de placer.

Sin más dilación y con la erección de elefante que se me puso al admirarla imponente. La penetré de pie, ferozmente, a mi «ángel» de grandes alas mamarias.

Vociferó. La embestida fue tan agresiva que tuvo que apartar las manos, que cubrían sus senos, para apoyarse en la pared como buenamente pudo. Yo estaba ya fuera de mí. O era mi yo real y el resto del tiempo iba con un disfraz que me pongo para ir por esta puta mierda de sociedad, sin que le tachen a uno de chalado. ¿Estoy loco? Pues lo estaré. Lo acepto. Me gusta estarlo. Estar turuleta me hace sentir la vida; así, las cosas que me acontecen, son más intensas.

-¿Y ahora? ¿Quieres que me quite? ¿Quieres que me aparte? ¿Quieres que salga de ti? -nada contestó. Solo chillaba más y más-. ¿Quieres que salga? ¿Quieres que pare? -insistí mientras empujaba más y más fuerte, y ella absorbía la fuerza de mi sexo en su *yoni* como podía.

-No... -musitó casi inaudible- No, *kontxo*, no. Sigue, sigue...

-¡Ahhh! ¿Quieres más fuerte?

-Sí, sííí... -suplicó.

Yo no sé de donde sacaba esa fuerza animal. Parecía una bestia. Pero, la penetré más jodidamente fuerte. Golpeando duro sus nalgas contra mí. Viendo como bailaban sus voluptuosos senos boca abajo mientras seguía apoyándose contra los azulejos con máxima dificultad, pero sin queja alguna. Empecé a azotar ese culo

pomposo. Me picaba la mano de tan intenso que le daba. Su trasero ya parecía una bandeja de fresones silvestres

-¡Estás de atar! ¡No me des tan fuerte!

-¡Esto no es nada comparado con lo que te voy a hacer ahora! -e introduje el dedo índice, y corazón, en su retaguardia.

-¡No! ¡No te atreverás! ¡No te atreverás!

-¡Ya es muy tarde para arrepentirse! -y cambié los dedos por mi *lingam*. Creía iba a explotar de lo volcánico que lo tenía. Sodomizándola. El diablo montando a su ángel.

Ella dio un alarido que aun no entiendo cómo ningún vecino llamó a la bofia.

-¡Konttxooooooooo! ¡Me vas a matar, cabrón! -gritaba. Gozosa de dolor. Tanto placer dolía-. Quiero que te corras dentro, hijoputa. ¡Quiero sentir cómo te estremeces dentro de mí!

-¡Ahhhhhh...! ¡Toma, zorraaaa...!

-¡Córrete, hijoputa! ¡Córreteeeeeeeeeee!

-¡AHHH!!! -y con un latigazo final, duro y seco, exploté dentro de mi pecosa pechugona.

-¡Hijoputa, hijoputa!! ¡Maldito hijoputa...! ¡Qué bien! ¡Qué bien me has follado, cabrón! -suspiró complacida y satisfecha. ¡Joder con la angelita!

Salí de ella tras varios espasmos finales y salvajes. Agarré el mango de la ducha. Apunté a mi pene con el fin de limpiar mi tesoro cuidadosamente ante la mirada inquieta de ella. Cuando quedé satisfecho, y la herramienta quedó en perfecto estado de revisión, salí de allí. Agarré una toalla. Silenciosamente, me fui secando. Vistiéndome. Arreglándome el pelo para salir. Después de un buen polvo siempre me sentía coqueto. Ella seguía en la ducha. Hipnótica. Atontada. Aún sin capacidad de reacción.

-Kontxo! ¿Te vas? -preguntó, con cierto aire de tristeza.

-Sí -respondí-. Ya terminé lo que vine a hacer.

-¿Te volveré a ver? -me interrogó con un hilo de esperanza.

Me detuve un momento justo antes de salir de su casa. La miré. Y observé sus ojos suplicantes de más. Tras un instante, decidí responderla sincera y llanamente:

-No lo sé; ya veremos. ¡Gracias por el té!

Y cerré sin hacer ruido. Tal y como mi «ángel» me había pedido.



«¡AY, DOCTOR!»

«Las locuras que más se lamentan en la vida de un hombre son las que no se cometieron cuando se tuvo la oportunidad».

Helen Rowland

Ahí estaba. Aburrido en la sala de espera de mi loquero bonachón. Ojeaba una revista de cotilleos para matar el tiempo. Me fijaba en esas mujeres tan hermosas de vestidos tan ostentosos y elegantes. Siempre me detenía en las modelos más atrevidas con escotes y faldas más generosos. Entró la chica de mantenimiento. Iba con los cascos de música puestos. Se dedicaba a barrer y vaciar las papeleras. Ella estaba en su mundo. Ni reparó en mí, pero yo sí en ella. Estábamos solos. Era el último paciente y pude observarla sin rubor. Tendría bien pasada la treintena. Bajita. Vestida de uniforme blanco sufrido. Acertaba a ver un tipo formidable y un culo de infarto de esos con los que se fantasea dejar más «rotos» que un pantalón hippie. A mí me gustaban así; pequeñas y voluptuosillas. Acerté a ver un lindo lunar cerca del labio superior derecho. En ese momento, me llamó el campechano «curalocos» al que le gustaba recibirme informalmente.

– ¡Adelante, muchacho!
–Gracias, doctor Castaños.

Salí de la sala de espera sin que ella reparara en ninguno de nosotros mientras tarareaba alguna canción actual. Juraría que de Marc Anthony. ¡En música qué mal gusto tenía! Bueno, perfecto no se podía ser. El especialista en mentes enfermas me invitó a sentarme cuando entramos a su despacho. Y comenzó el ritual sin escapatoria: «Qué tal estas. Te voy a mantener la medicación. Tienes un trastorno obsesivo compulsivo de manía al orden y al control. Repites enfermizamente actos cotidianos por tu inseguridad. Usas el sexo como arma para reafirmar tu masculinidad. Te evades de la realidad muy fácilmente. Tu baja autoestima y culpabilidad te producen muchas neurosis ansioso-depresivas y blablablá». Además, yo ya sabía por fin la raíz de todo, ¡lo que me decía este buen hombre solo eran las hojas que mecía el viento!

Hace pocos días estuve en cama enfermo y la enfermedad me dio tiempo para pensar, acompañado de una revelación. La semilla que germinó en mí desde la tierna infancia. Yo era así porque vivía la vida que mi *Aita* habría deseado. ¡Libre y ácrata! Pero, al nacer yo, todo eso se frustró. Siempre me sentí responsable por ello. Y siempre parecía que nada de lo que hiciera sería suficiente para cambiar eso. Vivir su vida soñada no era más que la última forma de intentar que me quisiera y aceptara. Craso error. Convencido de no ser lo suficientemente «bueno» invertí años de mi existencia en competir conmigo mismo para perfeccionarme. ¡Qué triste! Al final hacemos lo que nuestros padres no han podido llegar a hacer. Queremos que nos amen y les honramos, de forma inconsciente, cumpliendo con lo que ellos, en su juventud, anhelaron. ¡Toda la vida tenía la respuesta delante! Y unas simples anginas me respondieron. Ahora quería liberarme de ese yugo. Perdonarme. Volver a la inocencia ultrajada. En ese instante, el teléfono de la

consulta sonó. Mi amado doctor atendió y pronto se le cambió el rostro. Tras colgar, nervioso, me pidió que esperara en su despacho; que no tardaría más que diez minutos. Una urgencia que no acerté a escuchar bien le reclamaba. No porque no oiga bien, sino porque tenía razón, me evadía con suma facilidad y a los dos minutos dejaba de prestarle atención. Se largó raudo como un rayo, y allí me quedé. Aguantando el tirón. Cuando oí de nuevo el canturreo de la mujer de la limpieza. Delante de mí estaba la bata blanca de trabajo que el majete de mi doctor jamás se ponía.

Me sonreí.

-Disculpe señorita, ¿pero antes de irse puede darle un repaso a mi mesa? Está llena de polvo y soy alérgico a los ácaros.

-¡Ay, doctor, con sumo gusto! -respondió quitándose ufana esos malditos cascos del infierno.

-No sabe cómo se lo agradezco...

-Es un placer, doctor.

-Muchas gracias.

-¿Sabe que mi hija es hiperactiva y está en tratamiento? -me empezó a hablar mientras pasaba el trapo por la mesa y apartaba, como podía, informes de otros tan o más locos que yo.

-¿De veras? ¿Y está en buenas manos?

-Ay, doctor, gracias a Dios, sí. ¡Ha mejorado mucho!

-No sabe cuánto me alegro... -musité, mientras me acercaba a ella por detrás y la agarré, súbitamente, con decisión. Había poco tiempo, y me iba a saltar el «romance».

-¡Ay, doctor! ¿Qué hace? ¿Está loco?

-Cariño, desde que llegué aquí te he visto y deseado. Eres cruel porque jamás has reparado en mí. Siempre enchufada a esa música odiosa.

-¡Ay, doctor, no era consciente! Yo... -acertaba a responder con turbación.

Le di la vuelta y le comí la boca, como un náufrago en el desierto que de repente vislumbra un oasis y corre a saciarse. Al principio asustada, y más tarde respondiendo a mis deseos tímidamente. Sobé sus pechos con descaro. El uniforme sobraba y, tenaz, le desabroché la parte superior hasta poder asombrarme de las impecables grandiosidades que me esperaban. No me habían defraudado y me propuse a degustarlos. Habían nacido para ser mamados; y yo para dar excelente cuenta de ellos.

-¡Ay, doctor, esto es una locura!

-Tengo que darte un tratamiento «especial». -dije, poseído, mientras me bajaba la bragueta, y sacaba la «receta médica».

-¡Ay, doctor, esto no está bien!

-¡Por favor, nena, coge mi «micrófono» y cántame una de esas canciones que tanto me gusta escucharte cuando limpias! -dije con falsedad y desfachatez. Desde luego, qué asco me doy a veces.

-¿De veras le gusta cómo canto?

-¡Sí! ¡Qué porras! ¡Mi corazón palpita al oírte!

-¡Ay, doctor, es usted tan dulce! -y ufana bajó a por esa medicación tan «especial» que tenía para ella entre mis piernas; abarcándome con su boca ansiosa.

Es que una mujer que me sabe atender me hace feliz. Me hace olvidar de obsesiones, culpas, traumas infantiles, y demás polleces teóricas y conceptuales. Además, su lengua conocía su misión. Era una licenciada de los besos prohibidos. Poco iba a durar mi sexo en compañía de tan buen hacer y proceder. Reclamaba su diagnóstico individual e intransferible. Y yo se lo iba a ofrecer; como profesional de la medicina que era.

-¡Toma receta con copago!!!

-¡Mmm...!

-¡Joderrrr! ¡Para que luego digan que no tenemos una Seguridad Social de calidad! -bramé- ¡Ha sido increíble!

-Ay, doctor, ¡qué rico! ¡Nunca imaginé que en este gris ambulatorio había alguien tan hombre, prodigioso y viril como usted!

-Quedamos pocos así, la verdad. Mira mona, me agradas, pero ahora debes irte. Mi paciente va a entrar en cualquier momento y no es de recibo que nos vean en esta situación. ¿Te haces cargo, verdad?

-¡Ay, doctor!, puede estar usted tranquilo y confiar en mí -me respondió con satisfacción, mientras se abrochaba la ropa y acicalaba su pelo.

Se adecentó rápida y, en la puerta del despacho, justo antes de despedirse, me mandó un besito cómplice. ¡Qué maja!

-¡La volveré a llamar a consulta, señorita! -amenacé pícaro.

-¡Ay, doctor!, por favor, ¡hágalo!

-Adiós -me despedí disfrazando mi impaciencia. El tiempo se me echaba encima.

-¡Adiós, doctor!

Como un resorte salté tras perder su visión. Dejé la bata en su sitio y desordené la mesa lo más parecido a como estaba originalmente. Me senté y respiré hondo. El «curalocos» entró mascullando algo justo en ese momento; cerrando tras de sí. Excusándose de nuevo por su ausencia, y por haber tardado más de los diez minutos que me pidió.

Le contesté cortésmente, con la educación que da haber ido a un colegio de pago, de que no se preocupara y que pelillos a la mar.



O ELLA O NADIE

«Todo lo que no sea un amor loco y apasionado es una pérdida de tiempo»

¡Qué feliz soy leyendo! Es mi meditación. Si la lectura me atrapa, entonces, mi ser es absorbido y me evado tanto que me pierdo en las viñetas. Y, digo viñetas, porque son los cómics lo que me fascinan con sus ilustraciones acompañadas de narrativa y diálogos. La mezcla perfecta entre verbo e imaginación. Colorido y fantasía. A veces, levantaba la vista y miraba a mi alrededor. Veía, sobre todo, estudiantes con caras sufridas, intensas y lúgubres. Sabía que estaban allí por obligación, no por devoción. Eso me diferenciaba.

Tras una viñeta especialmente divertida, y con una risa apagada para no molestar al vecindario estudiantil, levanté de nuevo la mirada y la vi. Ella también me observaba. Concentrada con ojos en llamas, quemando. Me turbé y bajé la mirada avergonzado. No estaba acostumbrado a que una mujer tuviera el papel activo en un acercamiento. ¿Ellas se sentirían así de incómodas cuando yo era el «acosador»? Me sentía invadido en mi intimidad. Violado.

Volví a alzar la vista y ahí seguía. Imperturbable. Empezaba a tener la sensación de cierta desnudez en mí. Cuando me quise dar cuenta ya estaba frente a mí. Alta. Erguida. Potente. Dura y, a la vez, tan linda; de fuertes rasgos morenos y juveniles. Poco más de veinte primaveras. Con jersey gris de cuello alto ceñido, que no ocultaba su voluptuosa línea, vaqueros claros y botas marrones. Me sonrío ligeramente. Puedo ver su blanca dentadura separando sus jugosos y grandes labios. Un instante más tarde decido atreverme a mirarla mejor. Veo sus oscuros ojos color de tierra y fuego. Podía olerla. Sabía que, si se iba en ese preciso momento, su perfume lo llevaría conmigo; quien sabe si días o años. Soberbia, me lanza un trozo papel cuidadosamente doblado, y frunciendo el ceño, y con pícaro sonrisa, sigue su camino. No me faltó tiempo en leer el contenido de aquella misiva. Siempre fui de tez fantasmal, pero mi rostro, aquella tarde, debía de ser una oda al tema eterno de «Con su blanca palidez» – *A whiter shade of pale* de Procol Harum.

«Eres el único dichoso en esta sala, eso me divierte y me excita. Ya son muchas semanas las que te observo. Te espero en la puerta del excusado de chicas. Te deseo. Estoy segura de que vendrás»

Empecé a mirar a mi alrededor. Dudé. ¿Había alguna cámara oculta? ¿Era la víctima de alguna broma televisiva? Esto no podía estar pasando. Mis manos temblaban. ¡Estaba aterrorizado! Intenté levantarme, pero sentí un mareo. Respiré tres veces hondo, sobre todo la última, llenando bien de aire el abdomen, como si quisiera insuflar valor y, como un cohete, fui a su encuentro. Allí estaba con su mueca de autosuficiencia que empezaba a ponérmela dura de cojones. Cogió mi mano y, aunque la biblioteca estaba llena, para mí, ya no había nadie más que ella y yo. Me condujo a una sala de actos que estaba casi diáfana, con una amplia mesa de reuniones, y sillas a su alrededor. Cerró la puerta y quedamos en penumbra. Quise encender la luz, pero ella me detuvo y me susurró: «La luz de nuestra llama es suficiente».

Me besó. La humedad caliente de su boca empapó mi lengua. Sus manos atraparon mi nuca y mi cintura. Me estaban seduciendo y, la sensación de rendición, era la única victoria honorable que se me ocurría. De la cintura bajó a mi bragueta mientras olía mi pelo y, a cada exhalación, parecía excitarse aún más. Buscó afanosa a mi pequeño «Buda». No tardó en encontrarlo. «Me parece que no me han presentado a tu amiguito» dijo, sonriente de luz. Caí en que no sabía su nombre. Ni ella el mío. Y, lo que era mejor, no le importaba. Con agresividad *yin* me arrastró hasta la amplia mesa donde apoyé mi trasero como pude. Ella me miró con tanta intensidad que casi eyaculo en ese momento. Hacía el amor con los ojos. Entonces lo adiviné. ¡Adiviné lo que deseaba con todo mi ser en ese momento! Deseaba saber cómo huelen sus ojos. Anhelaba saber cómo miran sus pechos. A qué saben sus labios. Cómo danza su pelo y, sobre todo, como grita su cuerpo. Lujuriosa señaló guiñándome un ojo: «Voy a presentar mis respetos a tu amigo. Tú no te vayas de aquí». Y me regaló su amor. Ardiente. Líquido que se mezclaba con el mío. Ella quería todo. Y lo tomó. No podía ser de otro modo. Profundo. Oscuro y latiente. Mi corazón y mi pene, en su paladar, corrían en diferentes pulsaciones. Guió mis manos a su cabeza, me pedía ayuda, gustoso se la ofrecí e indiqué el ritmo que convenía a mí, hoy, extasiado «dragoncito», que se sentía protegido y amado. Empecé a ver mandalas de colores en esa oscura habitación. Primero, rojos. Más tarde naranjas. Amarillos. Verdes. Azul claro. Luego, azul índigo, para terminar en infinitos chorros de lilas y violetas explosivos; orgásmicos. El amor es el afrodisíaco, y el sexo, la iluminación. Se irguió de su «nirvánico» quehacer y, entredientes, con el deseo a flor de piel, se quitó su jersey de cuello alto y su sujetador de color morado. Embelesado. Admirando sus turgentes y, ambiciosos pechos, me dijo con la seguridad que solo una mujer convencida puede hacer: «Ahora me vas a pertenecer». Miró mi «Buda» reluciente y, con el amor de una madre, lo acarició no solo con los dedos, también con el corazón. Se lo introdujo, cuidadosamente, en su nuevo hogar. En su casa. Donde cuando la chimenea está

encendida y, la cena preparada, uno sabe que es querido. Mientras, con lentos vaivenes, mi «budita» navegaba feliz en el universo vaginal seguía reclamando mi mirar. Mi dragón estaba dentro de ella y sus ojos dentro de mí. «Más», supliqué. «¿Cómo dices niño?» respondió incrementado el ritmo. «¡Quiero más!» imploré. «¡Ruégamelo!» ordenó. «¡Más, por favor!!!» rogué obediente. Se me iban a caer las lágrimas de felicidad. Esto era poesía. Violentamente, como una diosa de la destrucción, buscó mi esencia vital. Sus paredes vaginales se contraían y vencían a mi sexo. Yo era un río y ella era el mar donde quería desembocar y morir. Tembló. Temblamos. Me arrojé y me fundí. Nos fundimos. Jadeando cayó sobre mí. Éramos un océano de sudor. Entonces lo supe.

Era ella o nadie.

El calor acogedor de nuestros cuerpos que late como las buenas brasas que duran. Con nuestro fuego ya lento y protector pude recuperar el aliento y, como una caricia, me dijo al oído:

«Bienvenido, niño mío. Hoy has nacido de nuevo».



LA EDITORA

«Con las pasiones uno no se aburre jamás; sin ellas, se idiotiza»

Stendhal

Me quedo ojeando en la salita de espera de la editorial. Busco encontrar algún «Conan, el Bárbaro». O, tal vez, alguna novela gráfica de Moebius o Richard Corben. Nada. Nunca hay suerte. Y me quedo imaginando con el salvaje protagonista de *Cimmeria*, en cómo, en cada final de los capítulos acababa siempre cabalgando a lomos de una despampanante mujer, y eso que mira que era feo el tío. Pero feo de narices. Sin embargo, por arte de magia, esa voluptuosa mujer que acompañaba a mi héroe desaparecía en la siguiente aventura; sin dar el guionista ninguna explicación. Eso no importaba porque sabía que, en las siguientes andanzas de mi musculoso amigo, otra mujer de igual o mayor belleza aparecería; y, por supuesto, caería ante los brutos encantos de mi idolatrado personaje. Eso era un macho alfa y lo demás son tonterías. Robert E. Howard, su creador, leí que fue un joven de salud frágil. Tal vez, por eso creaba personajes idealizados de cómo a él le hubiera gustado ser. Su prematura muerte por suicidio, y lleno de deudas ante los retrasos de pago de su editorial por sus historias (las famosas *Pulp* de principios de siglo XX), nos privó a mí y a los

amantes de la fantasía, la belleza y la evasión de más de sus ágiles relatos e imaginativa narrativa. Años más tarde, un avisado guionista llamado Roy Thomas, y un prometedor dibujante, que respondía al nombre de Barry Windsor Smith, llevaron sus aventuras a las viñetas; y lo demás es historia. Se convirtió en uno de los cómics más vendidos de todos los tiempos, y con uno de los personajes más carismáticos. Un guerrero y un ácrata, que solo respondía a la ley de su moral, que la mayoría de las veces, demostraba ser más digna y coherente que el hombre actual. Con estas reflexiones la puerta se abre, mi adorada editora que llamaré Bélit, me saluda y me ruega que pase a su despacho.

Aunque el guiño es evidente, ella no era el tipo de mujer de las que se beneficiaba el violento personaje al que hacía referencia; pero tenía su punto. Morena, de mediana edad, voz quebrosa, oscuros ojos que denotaban intuición para los negocios, y un aire de niña aplicada y buena estudiante que parecía que le había acompañado toda su vida, hasta al tiempo presente, que daba imagen de empresaria pulcra e inteligente. Siempre pensé en que, si me la tiraba, a lo mejor tendría algún trato de favor. Supongo que, porque en cierto modo, era el rol superior, y, claro, ella decidía lo que era publicable y lo que no. La autoridad. ¿Y quién no quiere tirarse un símbolo de poder y, encima, femenino? Pues yo, sí. El caso es que empezó su disertación haciéndome bajar a la tierra. Lo cual siempre me ha molestado. Me gusta mucho soñar y me quedaría siempre allí; es más agradable que la realidad.

El mundo material al que estamos apegados está lleno de cadenas, pero el mundo inmaterial es infinito; sin normas ni dogmas, ni ley que lo rija. Y hago con mi imaginación lo que me plazca, ¡como en mis novelas! El triunfo de la fantasía sobre la tristeza y la vida gris. Y, a veces, solo a veces, siento que ese universo de luz y de eternas posibilidades sea el real; y, este, solo sea un sueño «oscuro» del que hay que despertar. Quiero creer que es así. A menudo, incluso, lo puedo sentir. La magia existe; solo hay que dejar que nos toque.

-No puedo publicar tu último trabajo.

-¿Por qué?

-Nos vas a meter a «Ediciones Teta» en un problema. Tus narraciones son muy agresivas en lo sexual; ¡las feministas, y asociaciones de mujeres, se nos van a lanzar al cuello!

-¡Joder! ¡Qué mierda! ¡Siempre la misma cantilena! ¿Y cómo follan ellas, si puede saberse? ¿Por qué no se quejan de las guerras, del hambre, de la injusticia, y dejan que cada uno disfrute del sexo como le plazca cuando no hace daño a nadie?

-Mira, a ver si te enteras de una vez -suspiró-. Tienes que ser más sutil, más elegante. Son las mujeres las que leen y compran libros, ¿es que aún no te has enterado? -me abroncó-. Te voy a imprimir unos pasos, que se me han ocurrido, para mejorar estos textos tuyos que no hay por dónde cogerlos.... ¡Mierda!

-¿Qué ocurre?

-¡La impresora no funciona! -exclama Bélit y, rauda, por línea interna llama al secretario que se persona a los pocos segundos.

-Dígame, directora - acudió inmediatamente un joven con gafas y delgado, casi famélico, con aspecto de «Pitagorín».

-Mira, ya sé que es viernes, que estamos a punto de cerrar, y que ya solo quedas tú en las oficinas pero, por favor, ve al almacén y tráeme un tóner nuevo.

-De acuerdo -respondió servil-. Vuelvo enseguida.

-Gracias.

Nos quedamos solos, pero para mi desgracia, seguía con su soliloquio indicándome cómo debo seducir con mi lenguaje, cómo ser más inteligente con mi narrativa, y un montón de soplapolleces, que para qué os voy a contar. Claro que mi cuerpo estaba allí, en ese despacho, pero mi mente no. Pensaba: «¿Qué haría Conan ante este desaguisado?». Seguro que huir en su corcel, o ir a emborracharse a una taberna oscura llena de asesinos y forajidos como él y, para mi disfrute, todo acabaría con una estupenda pelea, donde acabarían heridos y magullados, con el

Cimmerio dando buena cuenta de ellos. Y, para acabar la aventura, buscaría la intimidad de unos aposentos con alguna fémica de dudosa reputación.

–Mira, ¿has comprendido? No puedo publicarte este trabajo, este «El diario del buen amor», ¿lo entiendes? Debes rectificar y... pero, ¿cuándo vendrá este chico con el tóner? –se preguntaba cada vez más impaciente.

–Verá, directora –dije levantándome y, en ese instante, sentí correr la sangre bárbara de mi héroe de la infancia–, creo que vemos las cosas de manera diferente. Me pide usted «matar» al protagonista. Hacerle un pusilánime, un personajillo romántico tipo Corín Tellado, y por ahí no voy a pasar...

–¿Qué insinúas?

–Insinúo que usted leyó muchos cómics de «Esther y su mundo», y me parece que ya somos mayorcitos, ¿no le parece?

–Mira, no te entiendo y no sé dónde quieres ir a parar –balbuceaba nerviosa.

–¡Pues exactamente quiero ir «aquí»! –contesté solemne, bajándome la bragueta e indicando mi «espada salvaje» que pedía revolución.

–Pero, pero, ¿tú estás loco? Mira, compórtate, ¿eh?

–Le voy a enseñar lo que es un «verbo» elegante, directora.

–¡No te tolero! ¡Por Dios, el secretario va a volver con el tóner en cualquier momento! –exclamaba ya fuera de sí.

–Mientras ese buen chaval va a por el tóner... ¡Yo le voy a poner a usted a tono! ¡Por *Crom*!!! –aullé invocando al Dios de mi héroe y acerqué su protesta boca a mi sexo.

No sé si porque las circunstancias le sobrepasaban, o porque en ese momento yo era el bárbaro que siempre soñé ser y que toda mujer desea en su inconsciente, dio buena cuenta de mi afilado «cuchillo».

–Pero, pero... ¡Mmmmmmm...! ¡Mmmmmmmmm...!

–Relájese, así, así... ¿Ve? Ahora más tranquila, ¿verdad? Si es que no es bueno excitarse...–señalé con la seguridad de que las mujeres necesitan humildad, y eso se consigue comiendo rabo.

La directora, en trance, sobrepasada por las circunstancias quizá, empezó a explicarme esos pasos, con «sumo detalle», para mejorar mis textos.

–¡Siga así! ¡Siga!!! Le voy a dar el *happy ending* que tanto me ha reclamado. ¡Un superventas! ¡El *best-seller* que usted deseaba!!! –vociferé al eyacular todos los sujetos, verbos y predicados del universo conocido.

–¡Diossss...! ¿Qué hemos hecho? –se preguntaba mi, ahora más que nunca, queridísima editora.

Oímos la puerta. El secretario «Pitagorín» se acercaba de su quehacer y nos pusimos dignos; uno frente al otro. Ella se acicaló como pudo, y yo guardé mi «pluma estilográfica» en su tintero. El chico entró y dejó el tóner en la mesa. Pidió retirarse y la directora le deseó buen fin de semana. Yo también pensé que debía tomar las de Villadiego, que allí ya no había más bacalao que cortar. Mi carrera de escritor acababa aquí y me puse a marchar de la forma más digna que se me ocurría: huyendo. Justo en el momento en el que iba a salir del despacho, un carraspeo a modo de atención, me hizo volverme. La editora tenía una sutil y brillante mueca en su rostro. Nunca la vi así. Por un momento, me dio miedo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y sentí caer por mi frente un helado sudor.

–Mira, lo he reconsiderado y creo que empezaremos con una primera tirada de 100.000 ejemplares para «El diario del buen amor» –dijo a modo de sentencia– ¡Has mejorado mucho! ¡Te felicito!



CREPÚSCULO

«Vacía la mente y encontrarás la felicidad, sal de la mente y encontrarás la eternidad»

Budismo zen

La meditación. Eso es, ni más ni menos. El momento del abandono en la acción del cuerpo y el apagado mental. Pedalear suave. Cadencioso, con el respirar armonioso y profundo. Desconectar para conectar. Poco más de una hora queda para que el sol se ponga. Para mí, es uno de los momentos más sublimes; más placenteros. Generalmente, a la gente le gusta salir a primera hora de la mañana, se sienten más llenos de energía y, dicen, aprovechan más el día. Yo, no. Prefiero salir a media tarde e ir regresando cuando la noche empieza a llamar y feliz voy a su encuentro. Mientras la luz se va a apagando, yo me apago con ella. Es el descanso. La emoción. El silencio. El nirvana existencial de la bici y el ciclista. La muerte florida. La nada absoluta. La felicidad plena del ego que se disuelve y fallece con cada día: porque así es siempre, y ya está. Solo «soy».

Me levanto. Apoyo mi cuerpo en la parte delantera. Empujo un poco y subo el ritmo. Sin pensar, como dicen que hacen los sabios, por instinto; porque es lo que toca, y no me pregunto lo que no tiene respuesta. Es así, porque debe ser así, y nada más. Vuelvo a sentarme. Miro a mi derecha. Veo el paisaje de mi bella Bizkaia, con el Valle y La Arboleda al fondo, en media hora estaré en mi hogar. Bajo piñón y vuelvo a subirme encima de la bicicleta. No sufro ya; solo gozo. El tiempo se detiene y cada pedaleo es eternidad. No querría hacer otra cosa más que la que estoy haciendo en este momento. Ni estar en ningún otro sitio que donde me encuentro ahora. Sigo. Miro, esta vez, a mi izquierda y veo la ría. Calmada. Lenta. Con su imparable seguir, como yo sobre mi amiga de metal, con su misión infinita; ella tampoco se pregunta nada.

Y todo es como debe ser.

Acabo de pasar Sestao y, entro en dominios de Barakaldo, con la ría siempre a mi lado emocional; y así será siempre que vuelva por ese camino. El sol ilumina en tono rojizo las capas de la atmósfera. Es el crepúsculo. El momento mágico donde, el padre sol, va dejando el espacio que ocupará la madre luna. Y ese rojo intenso del cielo, parece que invade todas las células de mi ser, me hacen sentir vivo; es cuando más belleza veo en el mundo y cuando más iluminación siento en el planeta. Entonces, sonrío. Porque sí; porque es lo que toca. Paso Cruces y cojo el *Bidegorri* de Olabeaga. La impassible ría bilbaína de espectadora. La gente está dando paseos. Departen y debaten sus ambiciones, deseos, fracasos y éxitos. Otros se recogen, con sus miserias unos y alegrías otros. Algunos sacan sus perros y comparten un momento de paz con ese animal de compañía que no te juzga; solo te quiere porque sí. Cruzo el Casco Viejo, de por siempre corazón juvenil, donde la fiesta, los desengaños, la aventura, el alcohol, el sexo, la música, las luces mate de las farolas; los cajeros quemados, las tribus urbanas, los ideales, los sueños, y el amor, están aquí reunidas para tantas

generaciones de bilbaínos y bilbaínas, condensadas en ese espacio de energía vital; viejo de nombre, pero joven de alma. Y yo siempre lo he conocido así y nunca me he cuestionado por qué; es así, y ya está.

Llego a mi barrio actual de Atxuri. Cruzo el parque con mi «amante» de aluminio. Agradeciéndole su existencia y el servicio que me presta. Una ráfaga de pasión insatisfecha llueve en mi mente. Me doy cuenta de que aún no quiero bajarme del éxtasis de pedalear. Decido que yo, el casco, las gafas y los guantes en el manillar, van a continuar como un solo cuerpo unos kilómetros más allá. Mi máquina nunca me contradice mis pasiones. Nunca se pregunta su misión en la vida. Es una bici y estoy seguro de que, aunque inerte, es feliz porque sabe de su naturaleza; y no la discute. Ha nacido para ser montada, disfrutada, y libre. Y, tras una tarde de esplendoroso pedalear, me doy un postre de amor por la ciudad, con el sentido reconocimiento de su dueño. Ni yo ni «ella» tenemos conflictos en esta perfecta relación; es el convenio ideal, y eterno, porque así lo ha querido la providencia. Así es, y será por siempre; y ya está.

Cojo el camino de Los Arcos dirección al barrio bilbaíno de La Peña. Pienso en mis gatos que me esperan en casa. Mis felinos de amor incondicional. El macho, Micifú, siempre a mi encuentro pidiendo atenciones a raudales; y la gata, Kuka, desde la distancia observando, haciéndose la distraída, y si me exployo en los mimos a su compañero de travesuras, decorosamente, se acerca celosa. Medito en ello siempre acompañado por la ría. Esta vez, a mi derecha; en este día perfecto. Con la tranquilidad de haber dejado ya todo mi fuego en el asfalto. Todas las capas de lo que creo ser las he abandonado en la carretera. Solo quedo yo, mi alma gozosa. Me seco el sudor de la frente mientras cruzo el puente y cojo carretera Buia. Visualizo Montefuerte a mi izquierda. Tras un poco menos de un kilómetro de subida y, pasando un túnel bajo la A-8, casi a continuación, otro túnel. Esta vez, bajo la A-68, cojo una

vieja carretera que fluye hacia mi diestra. Me dirijo a *Bolintxu*. El asfalto acaba y un camino se adivina. Es la hora de la ruta por piedras y tierra. Gracias a Dios el camino está seco. Paso una valla y sigo. Subiendo la senda en busca de la paz del Valle, donde fluye su arroyo de mismo nombre, que nace en el lado norte del monte Pagasarri. Tras unos metros accidentados subiendo por la pista, donde incluso me debo bajar de la bici, por fin llego donde deseaba.

Este lugar me reconforta.

Leí que antaño, a finales del siglo XIX, se construyeron dos presas para abastecer Bilbao. En su día este lugar fue un área de recreo y ocio. Sin embargo, el tiempo, el desuso y la contaminación, en los años 60 de una cantera a pie del monte de Pastorekorta, lo dejaron malamente, y destrozaron la piscifactoría del lugar. No obstante, a día de hoy, me resulta encantador. El abandono humano es también el resurgir de la madre naturaleza. Este sitio es la prueba de que todo lo que toca el hombre es contaminado y que, cuando este no está, resucita. Y cuando quiero meditar, o abandonarme, busco el enorme tubo que construyó el Consorcio de Aguas de Bilbao. Este tubo cruza todo el valle de un extremo a otro. Me ubico en el extremo opuesto a las canteras, desde donde se puede empezar a subir el Pagasarri. Dejo mi bici y me siento a respirar el silencio. Contemplo el orgásmico final del día que huye. El ocaso. La feliz muerte. La oscuridad que llega con el sol que se pone y mece tras las montañas. Rojo cielo. Empiezo a escuchar la música del silencio y la vacuidad. La partitura llega a sus últimos compases. Es un momento mágico. Ojalá la loca mente humana no recuerde este lugar más que lo necesario y se quede así para los que sabemos apreciarlo. Protegido por el Pagasarri y el Arnotegi. Debajo la inmensa caída. El vértigo y la adrenalina. Con placer, respiro su vegetación; robles centenarios, fresnos, alisos, helechos *paleotropicales*...

El hombre, en su afán insaciable de cambiar todo, de jugar a ser Dios, no hace mucho, casi acaba allí una variante de la red de autopistas llamada la «Súper Sur». Yo la llamaría la «Súper Mierda». Este tipo de cosas nos definen. Arrasamos lo natural en nombre de la comodidad. Al final, menos mal, decidieron terminarlos en las faldas del Pagasarri a la altura de la antigua cantera del Peñascal. Dicen que éste lugar es un entorno a cuidar; una joya de Bilbao. Entonces, me pregunto, qué informe medioambiental ha pasado la prueba de construir aquí cerca. Pero no quiero hacerme mala sangre y decido mirar en mi espejo interior. Solo tengo paz en estos momentos; en la soledad acompañada de más soledad. Desprecio al ser humano tanto como me desprecio a mí. He intentado ser «normal» y no ha funcionado. El último paso fue aceptarme como soy. Volver al camino que quema en mi corazón, pero con una sonrisa. Sí, ¿y el amor? Me cuesta sentir empatía por el otro y los momentos que decidí seguir las «normas» fueron los más estresantes de mi vida. Si pudiera tan solo retener este momento de dicha por un momento. O, tal vez, sí pueda; solo tengo que seguir. Seguir pedaleando. El silencioso «sifón» del Consorcio de Aguas parece que me habla. «Ven», me dice. El abismo que recorre un extremo del otro, y bajo su plácido arroyo, que va a desembocar al Nervión. Esta vaguada que cruza la tubería siempre me ha atraído. Su camino es la respuesta y el fin de mi sufrimiento. La desdicha se acaba al otro lado cogiendo el camino más recto.

Limpio mis gafas, con los últimos rayos de luz parpadeantes, y me las acomodo junto a mi casco. Aunque sé que de poco me va a servir allí a donde me dirijo. Tenso mis guantes y agarro mi bici. Pienso en mis gatos. Me vuelvo dubitativo por un momento, ¿qué será de ellos? Entiendo, entonces, que es una excusa, mañana cualquier montañero me encontrará y mis *aitas* se encargarán de ellos. Me gustaría decirles que les quiero antes de partir. También, una última vez, acariciar los lomos de mis felinos, con el ronroneo sanador que tantos años ha aplacado mi loco ego. Es la hora y el

momento. «Ven a mí», me sigue reclamando el valle. Mi bicicleta ya está lista; y yo también. Me acomodo en el sillín y acaricio su cuadro. También le muestro mi gratitud. Supongo que querer más un cacho de aluminio, que los latidos de muchos de mi especie, me da más fuerza y coraje para el reto de volar. Cierro ojos. Inspiro profundo hasta el abdomen. Mi pierna derecha sube el pedal hasta la altitud necesaria que necesito para un golpe de riñón seco. Como el final de un sprint donde busco llegar primero a meta. Cuento hasta siete, antes de abrir mis párpados, y doy la primera pedalada. La acompaño con mi izquierda y le doy el empuje definitivo.

Voy para no volver.

Paro mi mente. Una sonrisa sutil y relajada ilumina mi rostro. Mi latir se acompasa y ralentiza. Mi corazón solo «es». La luz y la oscuridad, junto al último rayo de luz del día, hacen el amor como amantes eternos que son. Me diluyo en el espacio-tiempo y ya no soy yo. Abrazo la eternidad. Ya no hay dolor. Ni traumas. Ni sufrimiento. Siempre es ahora y nunca es mañana. Abro los brazos como el líder que llega al final de una dura batalla y agradece, mirando al cielo, la fortuna que ha tenido de no solo llegar vivo; sino también, victorioso.

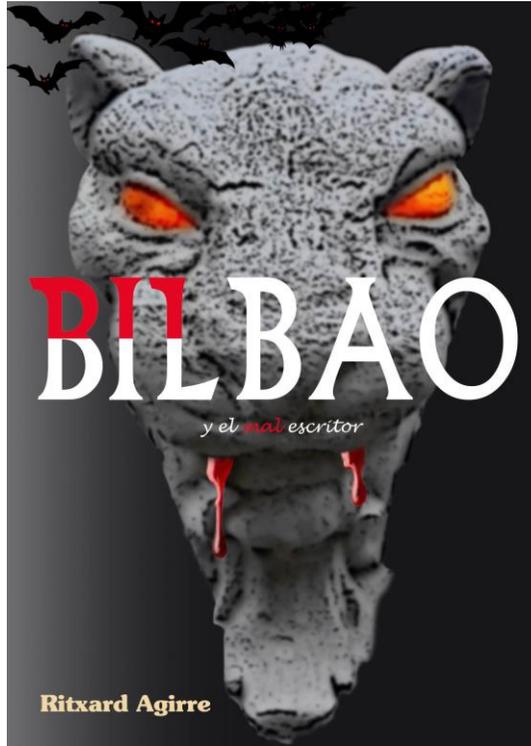
Entonces la paz me encuentra, y solo «soy».



«El abandono conduce, irremediabilmente, al encuentro»
Ritxard Agirre

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**BILBAO y el mal escritor**» (Kindle)

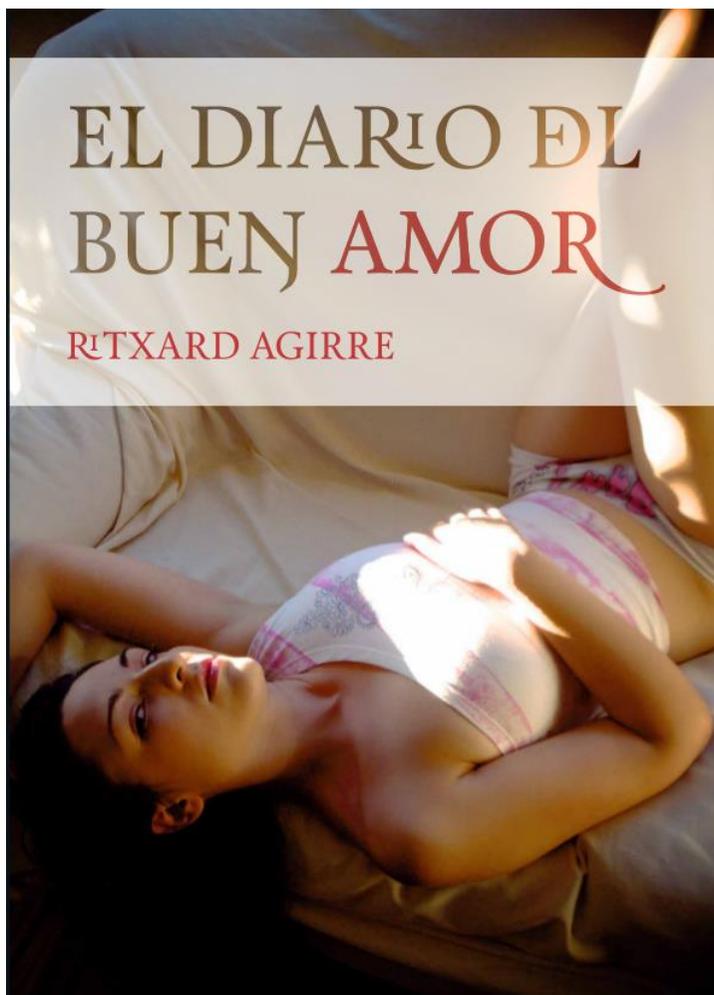


Teo es un escritor frustrado y hedonista que oye una voz a la que intenta obedecer. Tras un par de proyectos literarios fallidos, decide contar la historia de Lukas, el vampiro que, cual oscuro señor feudal, guarda Bilbao desde las sombras. Mientras Teo tiene que luchar con sus propios conflictos internos, Lukas deberá librar una batalla que puede cambiar el destino de la noble villa para siempre.

«BILBAO y el mal escritor» es una historia dentro de otra historia. Fantasía y realidad se fusionan en una aventura impregnada por el espíritu único de la ciudad.

«**BILBAO y el mal escritor**» también disponible en formato físico en oraculodedelfos.com

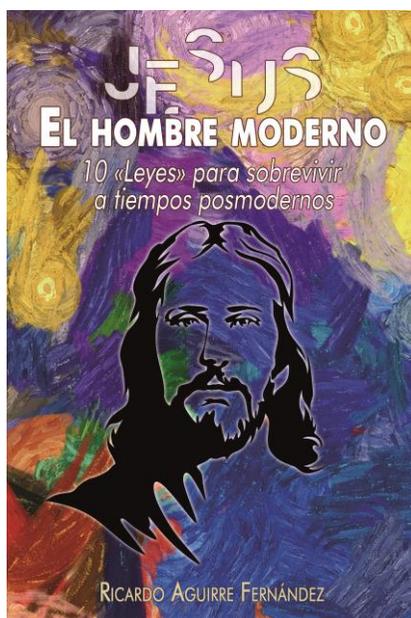
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



«[EL DIARIO DEL BUEN AMOR](#)» también disponible en formato físico en oraculodedelfos.com

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

««JESÚS, EL HOMBRE MODERNO. 10 «leyes» para sobrevivir a tiempos posmodernos»»
(Kindle)



En un mundo hiperconectado y con movimientos que ganan cada vez más fuerza en el Estado y en nuestra cotidianeidad, el individuo, paradójicamente, se ve más forzado a autocensurarse, más restringido en su libertad de opinión y confuso ante una nueva «realidad» que lo desborda.

Es la era de internet y de la sobreinformación, en la que es complicado saber cómo comportarnos. En resumen, una dictadura blanda y sutil que va ganando terreno en pilares como el derecho romano (la igualdad ante la ley), la lógica griega (el razonamiento por sobre las emociones) y la libertad de expresión, que son algunas de las raíces de nuestras democracias modernas occidentales.

««JESÚS, EL HOMBRE MODERNO. 10 «leyes» para sobrevivir a tiempos posmodernos»» es un ensayo que toma a Jesús como arquetipo del hombre moderno, y toma sus dichos y actos para contraponerlos con la actual doctrina posmoderna, en un intento por construir una guía que ponga un poco de luz en una época tan oscura.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«**EL RUGIDO SECRETO**» (Kindle)



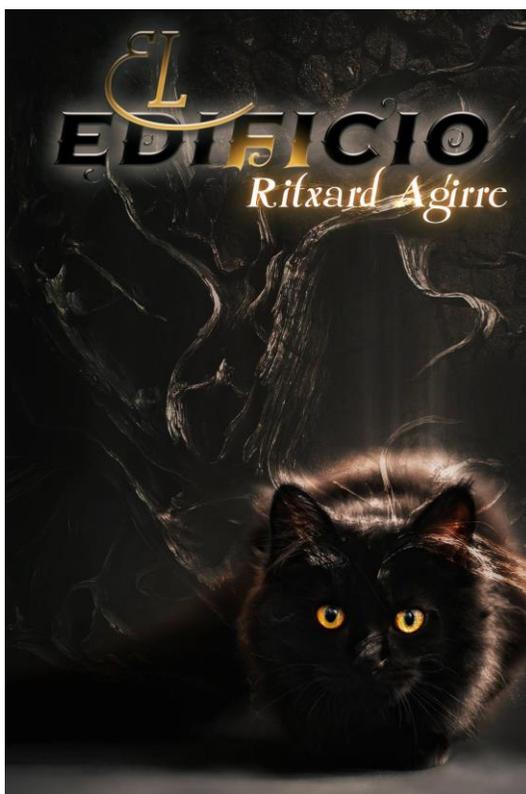
Ander turriaga es el delantero estrella de los leones, y Nagore Muñoz, la líder del partido conservador en Euskadi. Sus caminos se cruzarán con un destino incierto.

«El Rugido Secreto» es una novela de amor, pasión, fútbol y política. La ciudad de Bilbao y el Athletic se suman a la historia como personajes destacados y le aportan su carisma. Esta historia narra el feroz partido que se disputa entre la mente y el corazón, sin un claro favorito.

«**El Rugido Secreto**» también disponible en formato físico en oraculodedelfos.com

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

VERSIÓN KINDLE «[EL EDIFICIO](#)»



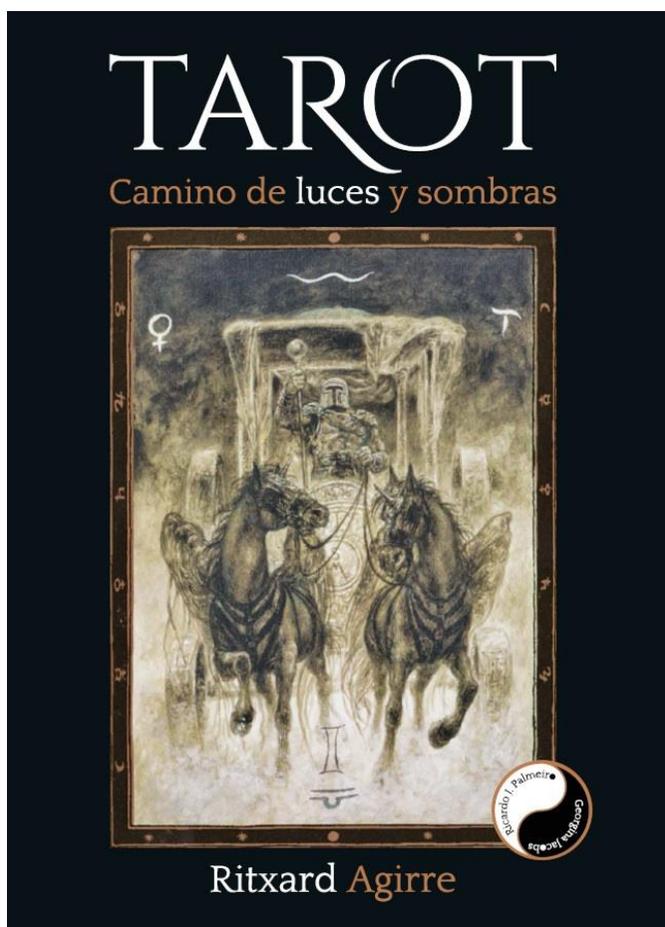
«Un gato negro se cruza en la rutina de Ricardo y lo conduce a un extraño edificio. Un universo insólito de personajes lo aguardan y lo retan a conocer el inmueble con la recompensa de un fabuloso viaje, pero antes deberá superar las más asombrosas pruebas. En un principio, el miedo lo impulsa a salir de allí, pero la curiosidad puede más, y decide quedarse. A partir de ese momento, su destino cambiará para siempre.

El edificio. Pasión, aventura, fantasía, magia, y revelaciones sorprendentes en una novela para adultos que aún llevan un niño en el corazón.»

«[El Edificio](#)» también disponible en formato físico en oraculodedelfos.com

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«[TAROT. CAMINO DE LUCES Y SOMBRAS](#)» en VERSIÓN KINDLE. ¡EDICIÓN ESPECIAL A TODO COLOR!

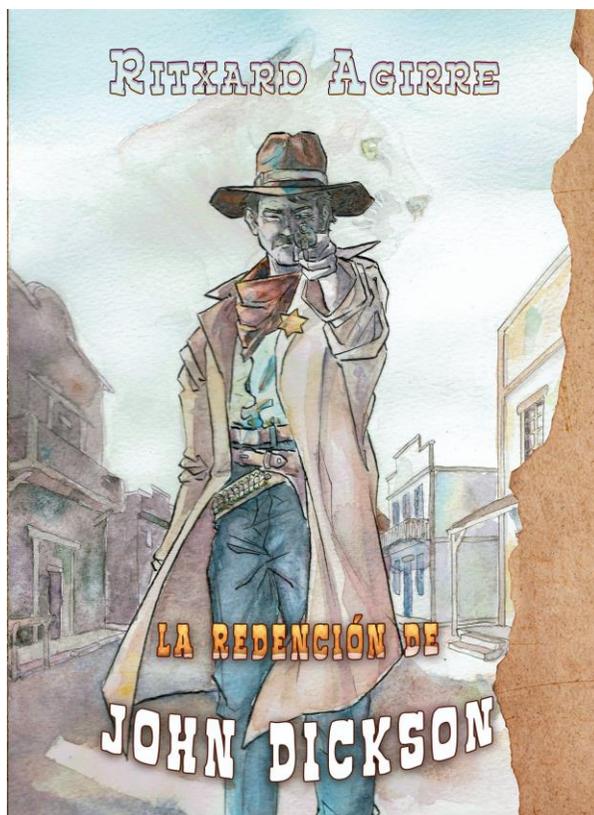


En este ensayo conoceremos los arcanos mayores de forma sencilla y básica, junto al capítulo extra, de Ricardo J. Palmeiro (Historiador y Tarotista), sobre los arcanos menores. Con paciencia, cariño, dedicación y amor, los arcanos empezarán a hablarnos y ya no les dejaremos ir. Serán una parte importante en nuestra vida para siempre.

«[TAROT. Camino de luces y sombras](#)» también disponible en formato físico en oraculodedelfos.com

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«[LA REDENCIÓN DE JOHN DICKSON](#)» (Kindle)

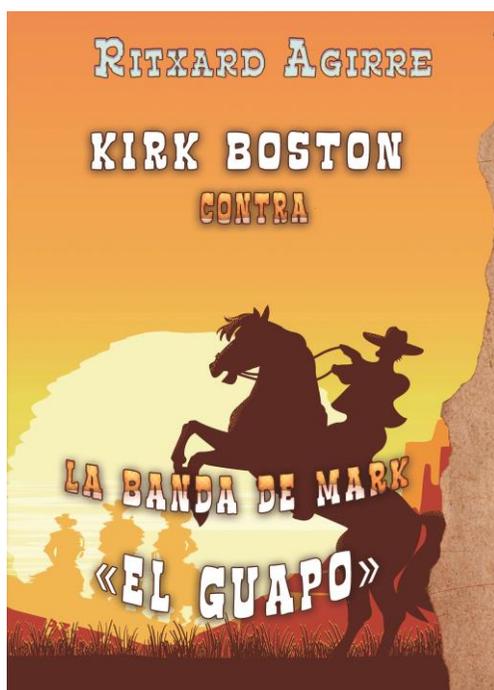


Un nuevo sheriff llega a la ciudad de Jackson City para hacer cumplir la ley y pronto deberá enfrentarse a Lander Watson, el rico terrateniente que somete al pueblo con la ayuda de sus pistoleros, los hermanos Dylan. En esta contienda, el nuevo agente de la ley solo contará con Harvey Wills, un pequeño ganadero, y Frank Moore, el borracho del pueblo.

«La redención de John Dickson» es un western clásico lleno de acción, aires épicos, romance, humor mordaz y tenso dramatismo, que homenajea aquellos films de la edad de oro hollywoodense.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR (AMAZON)

«[KIRK BOSTON contra la banda de Mark «el Guapo»](#)» (Kindle)

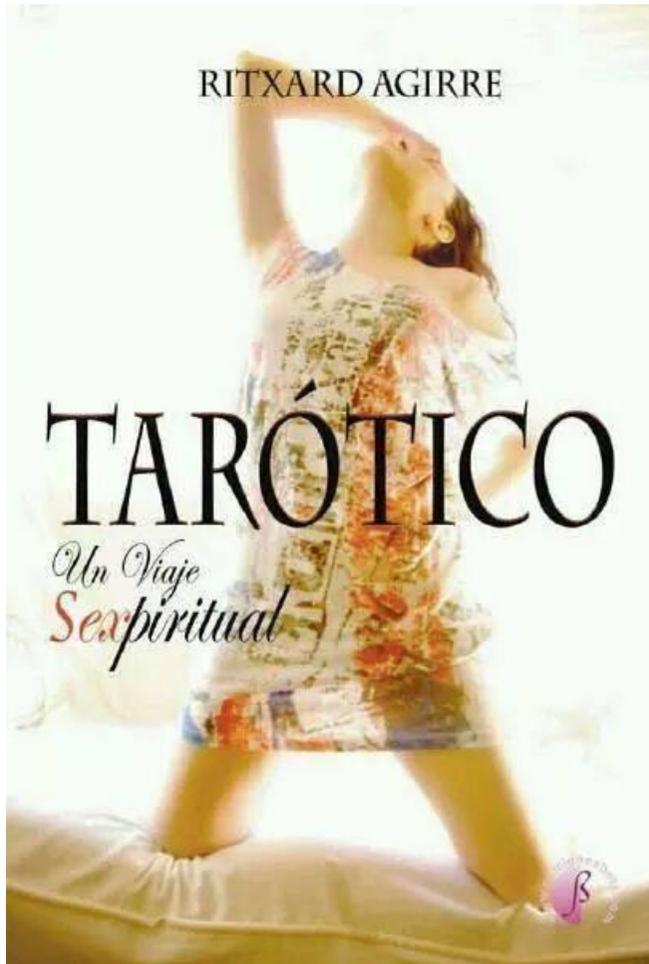


Kirk Boston vive tranquilamente junto a su hijo y su mujer en las afueras de la emergente ciudad texana de Jackson City. Pero esa calma se verá interrumpida por la visita de un forastero que viene a buscarlo en nombre de un poderoso senador para que capture con vida al forajido más sanguinario: Mark Thomas, alias «el Guapo», quien va dejando un rastro de terror, saqueos y asesinatos, allí por donde pasa con su banda.

«KIRK BOSTON contra la banda de Mark «el Guapo»» es un *western* para los amantes del género y para todo aquel que disfrute con una buena historia en la que se combinan acción trepidante, gotas de humor y el dilema del protagonista entre la responsabilidad para con su familia y su profundo sentido del deber: hacer frente y detener al bandido más despiadado del Oeste.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

«[TARÓTICO. Un viaje *sexpiritual*](#)»



«*TARÓTICO. Un viaje sexpiritual*» es una novela que toma como base los veintidós Arcanos Mayores del Tarot y combina erotismo, fantasía, humor y aventura para llevarnos en el viaje personal del protagonista. Un personaje complejo que nos despierta sentimientos de simpatía, aversión, ternura, desprecio, y hasta deseo.

Es una obra llena de sensualidad y espiritualidad, capaz de arrancarnos sonrisas e, incluso, llegar a excitarnos.

«[TARÓTICO. Un viaje *sexpiritual*](#)» también disponible en formato físico en oraclodedelfos.com

BLOG DEL AUTOR

<https://ri2chard.wordpress.com/>



No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).